BIBLIOTECA NAZIONALE VITT. EMANUELE
12
27 C
32

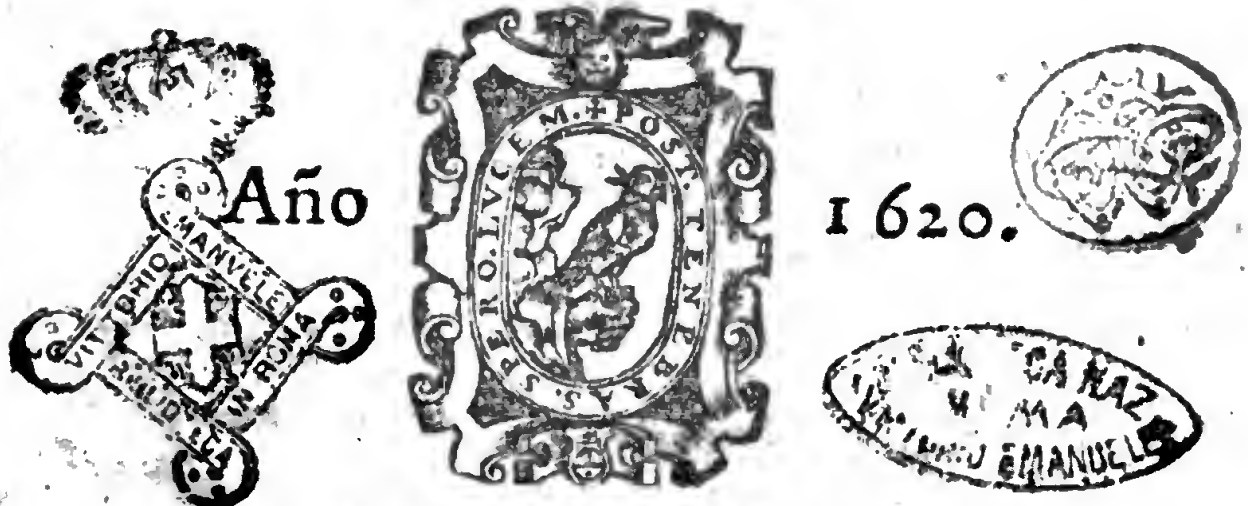
14-16. C. 27

EL CAVALLERO PERFECTO.

EN CVYOS HECHOS, Y DIchos se propone á los ojos vn exemplo moral y politico, digna imitacion de los Nobles, y necessaria para la perfeccion de sus costumbres.

A ESTOS REYNOS juntos en Cortes.

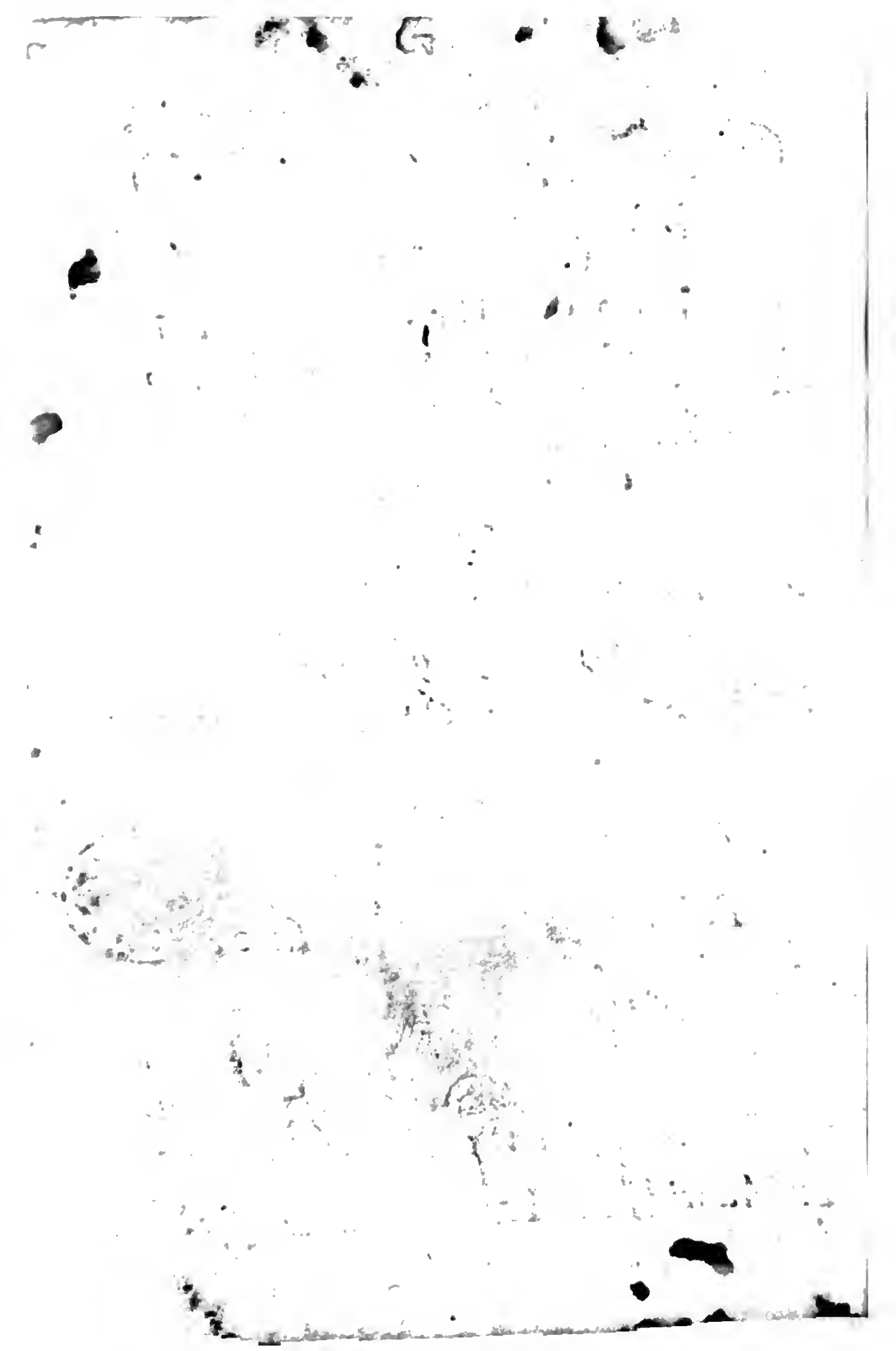
POR ALONSO GERONYMO de Salas Barbadillo.



Año 1620.

CON PRIVILEGIO.

En Madrid, Por Iuan de la Cuesta.



APROVACION DE EL ORDINARIO.

POR mandado de los Señores de el Consejo de su Magestad he hecho ver vn libro contenido en este memorial, y decreto, intitulado, *El Cauallero Perfecto*, cõpuesto por Alonso Geronymo de Salas Barbadillo, y no tiene cosa cõtra la fè, y buenas costũbres, antes es digno de imprimirse por el buẽ estilo de su raro ingenio. En Madrid à 30. de Agosto de 1619.

El Licenciado Alonso de Illescas.

BIBLIOTECA NAZ. ROMA VITTORIO EMANUE

APROVACION.

POR *Comissionde los Señores del Consejo de Castilla, examiné vn libro intitulado,* El Cauallero Perfecto, *compuesto por Alonso Geronymo de Salas Barbadillo, y en el no hallè cosa, que à la Religion Christiana, ni à las buenas costumbres ofenda: antes con grande perfeccion, mucha doctrina moral, aguda inuencion, facil, y marauillosa elegancia, siendo en su genero el mejor, que en nuestros tiẽpos ha salido, y igual con los illustres Autores que celebran la antiguedad Griega, y Latina digno de la fertilidad de su feliciſsimo ingenio, que con tantas obras cada dia illustra su nacion, y enriqueze su lengua, por cuyas causas, siendo Vuestra Alteza seruido, le puede bazer la merced que suplica. Tal es mi parecer. En Madrid à ocho de Setiembre de mil seyscientos diez y nueue.*

El Licenciado Antonio Luys de el Rio.

SVMA

SVMA DEL PRIVILEGIO.

TIene Priuilegio Alonſo Geronymo de Salas Barbadillo, vezino de la Villa de Madrid, para poder imprimir por tiempo de diez años, vn libro, que compuſo intitulado, *El Caualleró Perfecto*, y que durante el dicho tiempo ninguna perſona, ſin ſu poder, le pueda imprimir, ſo las penas en el contenidas. Su data en Lisboa à veintiocho de Setiembre de 1619. años.

Pedro de Co[illegible]eras.

TASSA.

ESta taſſado por los Señores de el Real Conſejo à quatro marauedis cada pliego. Su data à ſeys del mes de Deziembre, de 1619. años ante mi Hernando de Vallejo Eſcriuano de Camara de el Rey nueſtro ſeñor.

Hernando de Vallejo.

FE DE ERRATAS.

PAgina. 9. lin. 9. inmortalidad, lee mortalidad.

Pag. 12. buelta, lin. 14. tiemos, lee tiempos.

Con eſtas erratas correſponde con ſu original. Dada en Madrid à 28. de Nouiembre de 1619.

Licenciado Murcia
de la Llana.

DON

DON FERNANDO Bermudez, y Caruajal, en alabança de el Autor.

DECIMA.

COn eſte parto dichoſo
oy à los demas igualas
de tu ingenio, Illuſtre Salas,
util ſiempre, y deleytoſo:
prudente quanto ambicioſo
te mueſtras oy igualmente,
y aſsi nacen de vna fuente,
con induſtria, y atencion,
la politica ambicion,
la moralidad prudente.

A ESTOS REYNOS IVNTOS EN CORTES.

AVIENDO yo determinado formar la idea de vn Cauallero Perfecto, para proponer en ella vn exemplo imitable, ſino en todo en la mayor parte, a la noble juuentud de eſtos Reynos, quiſe, pues eſtaua a mi eleccion hazelle deſcẽdiẽte de quatro familias de las mas illuſtres de ellos, para que perſuadieſſe con mayor fuerça con la ſemejança. Y como eſte intento mira al bien comun de la patria, y todas las materias, que Vueſa Señoria trata, no tienen otro fin, me pareciò, por eſta razon, que deuia conſagrarſele, y por ella miſma eſperar ſu patrocinio en eſta, y en otras ocaſiones mayores, guarde nueſtro Señor a Vueſa Señoria. En Madrid a quatro de Nouiembre de 1619.

Alonſo Geronymo de Salas Barbadillo.

EL

EL CAVALLERO Perfecto passa de España à Italia, visita los lugares sagrados de Roma con deuocion, y despues lleuado de la curiosidad à Napoles, se queda en el seruicio de su Rey.

ESPAÑA NOBLISsima parte de la Europa, tan pia en el culto de la verdadera religion, quanto felicissima en triunfos, que el cielo estiende su Imperio por toda la tierra, porque los pechos de sus naturales,

turales lleuan en ſu alabança ſu gloria, y aſsi los elige, para pregoneros de ſu verdad, y verdugos de los que con ſacrilego atreuimiento la perſiguen. Entre otras prouincias poſſee vna, por ſu antiguedad venerable, à quien oy llaman Caſtilla la vieja, dõde ſe dieron los primeros paſos de ſu reſtauracion, quando ſacudio el yugo tirano, bañada en ſangre nobiliſsima de Martyres, que la hazen fertil de frutos para el cielo, y rica de varones eminentes en la eſpada, y en la pluma tan yguales todos, que los que eſcriuieron, parece, que cortaron ſus plumas con el azero de los que pelearon, y los que pelearon, que buelã cõ las plumas de los que eſcriuierõ: ocaſion grãde para engendrar vanagloria, ſino ſe templara en la ſe-

ueri-

uersidad de su prudencia, y reconociera, como de verdadero autor, estos efectos de la primer causa. Goza en esta parte illustre asiento Valladolid, ciudad festejada de sus Reyes, y elegida muchas vezes para asiẽto de su corte, à quien Pisuerga llega à besar los muros, copioso de aguas, y quanto mas rico mas vezino al fin de su vida, que à pocos pasos pierde en los braços del Duero, à quien entrega los aumentos de su fortuna, y esperança. Vn desengaño mas de la ambicion de los hombres, y verdadero exemplo de la facilidad con que se desuanecen las humanas pompas, que solo siruen, quando estan en su cumbre, de irritar al inuidioso vulgo al desprecio, para el dia que llega el quarto de la menguante. Na

cio en eſta inſigne poblacion vn Cauallero, mas prudente que afortunado, y tal que igualò con ſus coſtumbres à ſu ſangre, con ſer las fuentes de donde le venia Pimentel, Cordoua, Cueua, y Mendoça: deuio mucho de ſu bondad à la vigilante educacion de ſus padres, don Diego Pimentel y Cordoua, y doña Luyſa de la Cueua y Mendoça, que por ſer en ſu caſa el ſegundo, le eſtablecieron el mayorazgo en la virtuoſa criança, mas firme que en la fortuna, ſugeta à la deſtemplança de tantos accidentes, que la enojan, y deſcomponen. Crecio dõ Alonſo (que aſsi ſe llamò el aſunto de nueſtra hiſtoria) aprieſſa, en la diſpoſicion corporal, en la perfecion de el animo, haziendoſe amable à los ojos con las partes exterio-

res

res,y con el trato à los coraçones,encendiendoſe muchos en los deſſeos de imitalle: poſſeìa de veynte y cinco años todas las artes neceſſarias al ornamento de vn hombre illuſtre. De la Filoſofia natural, y moral lo mas prouechoſo, y menos impertinente que muchas coſas dixeron ſobradas, à aquellos Idolos de la ſabiduria antigua. De lo politico, la parte que ſe abraça con la Religion, y haze vn hombre aduertido contra las cautelas de arte tan ciega,y peligroſa, enemiga de el bien comun de los hombres,y ofenſora de la naturaleza. De la hiſtoria vio, quanto de diuino, y humano haſta ſu tiempo hallò eſcrito,pareciendole,que ella es el mayor Maeſtro para la vida de los hóbres,y el teatro grande donde ſe repreſentá

las acciones de todos los passados, sus premios, y castigos, y en los vnos, y en los otros, q̃ deuemos huyr, y q̃ imitar. Supo de las Mathematicas, lo necessario para la guerra, y nauegacion, y de la oratoria, y poetica lo que hallò en los libros, y mucho mas que le dio su natural, en esto eminente, de modo que con el natural aumentô mas arte al arte, y con el arte despertò mas brios en el natural. Alcançò en las armas destreça, en el dançar gentileza, y gracia en el vestirse, siguio el vso, y no afectò más nouedades que las que otros inuentaron, sin ser en el seguillas de los primeros, ni de los vltimos por no hazerse singular, en lo que tan poco importa. Andaua acauallo tan dueño de entrambas sillas, que en su poder

der (los que en otro parecian caua-llos de poco precio) cobrauan valor, y estimacion. Las demas partes no merecen passarse en silencio. Era cor tès con iguales, y inferiores, y aun-que no rico, tan liberal de lo que te-nia, que nunca parecio pobre, ni so-licitô, ni buscò amistades, y en las muchas que se le ofrecieron, fiel, y constante: en sus correspondencias se conseruò igual, y inculpable. Fue en la disposicion gentil, neruioso, y alentado, el aspecto con hermosura agradable, pero no tanta, que se en cubriese en ella el espiritu varonil. Heredò à este tiempo de vn herma-no de su madre alguna buena parte de hazienda, que aunque conforme, à la calidad de su persona, y condi-cion liberalissima, no le hizo rico,

fue menos pobre. Amauanle ſus padres, no ſolo como à hijo, ſino como à virtuoſo, y digno de amor por ſus propios meritos. Dauaſe à ſus tiempos al exercicio de la caça, en que era agil, y feliz, y no por eſta razon tan entregado à el, que ſe oluidaſe de la comunicacion de los libros, autores de mejor doctrina. Quiſo ſalir vn dia de los mas lucidos de la primauera à eſte entretenimiento, y lleuar vn cauallo, que don Luys ſu hermano mayor eſtimaua en mucho, el criado, por cuya cuẽta eſtaua la caualleriza, reſiſtio el darſele, y mucho mas, quando le vino orden, de que aſsi lo cumplieſſe: ſu madre, que le amaua tiernamente, ſolicitò, que en eſto ſe le complacieſſe, pero el, por noponer la en ocaſion, de verla deſobedecida

de

de su hermano dõ Luys, que era violento en sus resoluciones, dispuso su jornada con mas priesa, y se fue antes, escusando, q̃ la fiesta no tuuiesse principios de disgusto: lleuauale no pequeño, por no auer conseguido lo que intentò, aun en tan medida empressa, y compadecido, y no injuriado de la condicion de su hermano, importunaua al cielo por su enmienda, que por otra parte en el mismo cauallo, que le auia negado, salio al propio exercicio. Gastò en el cãpo don Alonso dos dias, en que estuuo muy entretenido, porque el sitio dio con su abundancia disposicion à su destreza, para que boluiesse à su casa, de aquella imagen de la guerra, rico de sus mejores despojos: llegò à ella denoche, y muy tarde, tanto que

por no romper el silẽcio, y quietud, como era tan modesto, no quiso entrar por la puerta principal de la casa, y abriendo la falsa con vna llaue, que traia consigo, boluio à cerrar, y dexando el cauallo en poder de vn criado, que le acompañaua, passo de vno en otro patio, y subiendo por la escalera de el quarto, donde viuian sus padres, hallò la primer pieça descolgada, que le causo no pequeña no uedad, prosiguio sus pasos, y en la siguiente vio lo mismo, engendrando mas rezelo y cuydado en el animo. Llegò pues à la tercera, y viendola en la propia forma que à las otras, hallò mas causa de espanto, porque descubrio en medio de ellavn ataud, y à los lados quatro blandones de plata con achas amarillas, y vnos Religio-

ligiosos de san Francisco, y santo Do mingo, que vencidos de el cansancio, se auian entregado al sueño, imagen de la propia muerte, à quien acompañauan. Dudò, si se auia entrado en alguna casa que no fuesse la suya, y cogiendo vn acha de las que alli estauan en vna máno, y en la otra su espada, recorriò los demas aposentos, que los hallò, aunque con señas de que era la propia, solos sin sus padres, y criados. Crecio en mayor cõfusion, y retrocediendo todos los pasos q̃ tenia dados, boluiò el acha à su lugar, donde vio en el mismo estado à los que dexò durmiendo, sin esperança de poder ser desengañado. Boluiò à baxar los escalones, y de vno en otro patio llegò à la parte, donde se quedaron su cauallo, y criado

criado,que en el interin que el andu uo ſuſpenſo de eſtas admiraciones, ſe auian recogido,y aſsi no los hallò. Quedò ya impaciente,y llamando à la puerta de los apoſentos de el Cauallerizo, que eſtauan enfrente, le deſpertò, y obligò,à que abrieſſe, y refiriendole con breuedad todo el ſuceſſo,aun dudoſo de ſi ſe engañaua,no hallò en el mas reſpueſta que lagrimas. Apretòle cõ mayor esfuerço,y lo que conſiguiò de el, fueron eſtas razones: Que ſu hermano don Luys,que deſpues de el auia ſalido à caça, à diferente ſitio, en el propio cauallo,que le auia negado,corriendole à pocos paſos, deſpues de auer paſſado las puertas del lugar,dio vna cayda tan grande,que le boluieron à caſa ſin habla, eſtando aſsi algunas horas,

horas, hasta que despues restituyẽdo se (à lo que se presume) por los ruegos de algunas personas deuotas, y Christianas por orden de los Medicos auia recibido los Sacramentos, con mucha reuerencia, y demostracion de Catolico Cauallero, porque luego desesperaron de su vida, aunque no por esso dexaron de hazerle quantos remedios, y beneficios auia enseñado el arte, para la reparacion de semejantes daños. Concluyò, con que aquel dia auia espirado a las dos de la tarde con gran dolor y sentimiento de sus padres, que se auian retirado luego à la casa de vn Caualle ro, deudo de entrambos, por huyr de las paredes, testigos de perdida tan incapaz de enmienda, à quien siguie ron los demas criados, quedandose

el

el ſolo, para tratar las coſas conuenientes al entierro, que las tenia en el eſtado, que el vio, ſin entenderlas. Diole juntamente el parabien, y el peſame de lo que perdio, y de lo que hallò, porque con la muerte de ſu hermano, quedò heredero de vn rico, y antiguo mayorazgo. Don Alõſo Cauallero poco ambicioſo, y fiel en las obligaciones de la ſangre, vertio lagrimas de ſentimiento, y juzgò conſuelo indigno de ſu dolor, el que aquel criado le proponia, à quiẽ no reprehendio, aunque (entendio ſer juſto que ſe hiziera) ò ya por no parecer demaſiado ſeuero, ò ya por no defraudar aquel breue tiempo à la conſideracion de coſas mas graues, que el caſo preſente le ofrecia. La luz de el ſol llegò, y con ella ſe llenò

llenò la casa de visitas, que sabiendo que auia venido, acudieron à los ordinarios cumplimientos, hasta que lleuando el cuerpo à san Francisco, Conuento insigne en aquella ciudad, le dexaron depositado en vna Capilla, de donde despues de pocos dias fue trasladado à vn lugar de sus padres. Aquella noche fue en vna silla à visitarlos à la casa donde se auiã retirado, cuya vista renouò sus lagrimas, y principalmente en su madre, q̃ echandose en sus braços, fueron tantos los estremos de sentimiento que hizo, que se pudo temer le seruian de la vltima cama, para espirar en ellos. Assi estuuo largo tiempo aquella señora, hasta que la retiraron. El padre reducido à mas sosiego, fue dando oydos al consuelo, à quien don Alõ-

so

ſo(de el no menos neceſsitado) dixo: Prudente, y humilde padre y ſeñor, admirado eſtoy, de que los que hemos venido tan tarde al mundo, hallando en el tan vſada la muerte, nos eſpantemos de ella, ſiendo eſta la primer coſa, que no ha podido facilitar la coſtumbre, con ſer tan acoſtumbrada, engaño de nueſtro entendimiento, que no mira en ella, mas de aquel horror que los ojos de la carne le repreſentan, ſin medir cõ juſta conſideracion, que la muerte es paſo para mejor vida: para los que tenemos luz de fee: huuiera mayor infelicidad, que condenarnos a viuir ſiempre en eſte ſiglo vna vida llena de penas, conſtandonos que en el otro, la gozan tantos bienauenturados eterna, y glorioſa? Engañados vi

uen

uen los padres, que desde el dia de el nacimiento de sus hijos no se preuienen para el de su muerte, considerandolos (por la calidad de nuestra naturaleza) como brincos, faciles de quebrarse al primer golpe. De que nace nuestro oluido, si todas las cosas, en que mas nos recreamos, son testigos de nuestra inmortalidad? Hasta el acto de la generació, en que en el apetito busca y halla el mayor de los deleytes, siendo por quié mas de ella nos oluidamos, es el que mas nos la acuerda, porque naturaleza, por no morir toda junta como en sus partes, buscò este medio para su conseruacion. Y assi la mayor confession que haze vn hombre, de ser mortal, es quando trata de engẽdrar hijo que le suceda. Tan poderosa es

ſobre noſotros, que ſuele hazer ſus inſtrumentos de las miſmas coſas de que vſamos para medio de la vida, como en la comida ſe experimenta, que de tãtos ha ſido verdugo violento. Cõforme a eſta doctrina la muerte de todos los que ſe quieren bien, no ſe ha de llorar ſino el modo, ſi acaſo fue tan arrebatado, que puſo en duda ſu ſaluacion. Eſto (gracias al cielo) no ha ſucedido en la ocaſion preſente, pues nueſtro difũnto, aunque en breue tiẽpo, negociò lo q̃ pudiera en mucho, ſatisfaciẽdo en arrepentimiento la pena de ſus culpas, y gozando de aquel alto beneficio de los Sacramentos, con que ſobran nueſtras lagrimas, porque con ellas injuriamos al cielo, a quien deuiendo gracias, damos quexas. Bien pudierã obli-

obligar eſtas razones a conſuelo, a quien eſtuuiera menos apaſionado, que vn padre en la muerte de vn hijo primogenito, que antes fuerõ de tan poco efecto, que juntandoſe a la edad mucha tan vehemente dolor, le ſiguio los paſos en la muerte con breuedad prodigioſa, y lo miſmo hizo la madre, quedando con eſto don Alonſo, aunque rico de hazienda, deſamparado de padres, y hermanos, y en la diſpoſicion libre que pudiera entregarle deſenfrenadamente a todos los vicios, ſi el no tuuiera en ſu eſpiritu, y entendimiento tantas armas interiores, para defenderſe. Pagò las deudas de ſu padre, y hermano, que no eran pocas, y recibiendo los criados del vno, y el otro en ſu ſeruicio, acomodò las criadas de ſu ma-

dre en el eſtado, que ellas eligieron: exemplo digno de imitacion y alabança. Auia deſſeado eſte Cauallero ver a Italia, por ſer los naturales de eſta Prouincia profeſſores de las buenas letras, mas que en otras: aduirtiò que en ningun tiempo, mas bien que en el preſente, podia executar ſu deſſeo, y aſsi aunque ſus deudos ſolicitauan caſarle muy aprieſa con perſona de muchas partes y (que auiendo lo de hazer) ninguna le podia eſtar mejor, ſe eſcusò muy corteſmente, por no cautiuar ſu libertad tan preſto, y poder con ella obedecer mas bien en eſta parte a ſu inclinacion, que imperioſa le deſpertaua el animo a tã gallarda empreſſa. Preuinoſe para la jornada, y lleuò cartas de el Rey de Caſtilla ſu ſeñor, para don Alonſo

'Alonſo Rey de Aragon, y Napoles, que detenido de la opulẽcia de aquella ciudad, y Reyno, ſe oluidaua de boluer a Eſpaña, que ſon tan bellos, que podiã ſeruirle de diſculpa en el oluido, que por ſu ocaſion hazia, de ſus fideliſsimos vaſſallos los Aragoneſes. Recibio los vltimos abraços de ſus deudos, y amigos don Alonſo, y de el Rey la licencia y cartas, cõ no pequeño ſentimiento de todos los que perdian en ſu comunicacion vn maeſtro, que les alumbraſſe en las ignorancias, y vn arrimo poderoſo a ſuſtentalles en ſus mayores caidas. Partiò de Segouia, donde eſtaua entõces la Corte, acompañado de aquellos criados, que quiſieron ſeguille de ſu voluntad, y dexando a los demas, que ſe quedauan, ſus raciones, y

ſalarios, como ſi perſonalmente le ſiruieran, porque dezia, que no era juſto, forçallos en jornada, que el ſolo hazia por ſu curioſidad, q̃ ſiguieſſen los inconuinientes, que, ſiendo tan larga, era cierto ofrecerſele, demas que à parte a donde el yua con tanto guſto, no queria lleuar nadie que fueſſe ſin el, para quitarſele a los demas, y en vez de ſeruicio cauſar embaraço. De Segouia paſsò a Madrid, cuyos nobles, aunque pequeños limites, parece (por lo que oy vemos en las ruynas de ſus murallas) que aun entonces ſe prometian lo que agora poſſeen. Eſtuuo en el vn dia viendo lo mas notable, y partio luego para la ciudad Auguſta, nobiliſsima por ſus cãpos, a quien bañan tres generoſos rios, y mucho mas

por

por el q̃ formado de la ſangre de ſus inumerables Martyres, enriqueziò ſus calles entonces, y agora ſu memoria con la gloria de tan illuſtre, y verdadera tradicion. Aqui ſe detuuo ocho dias, y fueron pocos, para venerar las marauillas, que el cielo concedio a tan feliz tierra, para cuyos Ciudadanos labrò tantas coronas, dichoſa haſta en las piedras que ſe regaron (como tengo dicho) con ſu ſangre, y ſobre todas feliciſsima la de aquel Pilar, que ſuſtentò en cuerpo, y alma la Princeſa de las jerarquias. Camino a Barcelona, ciudad ſiempre fideliſima a ſu Principe, y antiguo ſolar de la nobleza de Eſpaña, cuyas illuſtres familias compiten con las mejores de la Europa, aunque ſean aquellas à quien la corona da el pri-

mer lugar. Aqui eſtuuo algunos dias detenido, eſperando embarcacion, y aun lo pudiera de el apacible trato de ſus naturales, que con tanta corteſia ſaben regalar, y entretener a los foraſteros, que lo merecen. Deſpues de algunos dias llegaron galeras, en que pudo hazer ſu viage, que fue cõ tãto ſoſiego y preſteza, que parecio, que aun las tempeſtuoſas ondas de el mar reſpetauan ſu virtud, y perfecion. Deſembarco en Genoua, por ſer galeras en que yua de aquella Señoria, que fue en aquellos tiemos poderoſiſsima en la mar, y reſpetada de los mayores Monarchas: mas que no deſſuſtran? que no deſuanecen los ſiglos inconſtantes, y deſleales? Paſsò a Roma ſiempre cabeça de el mundo, y puerta de el cielo, deſde que el

Princi-

Principe de los Apoſtoles puſo en ella la ſilla Pontifical. Venerò cõ lagrimas, y adorò con afectos tiernos de el animo aquel teſoro inmenſo de Reliquias, y deſpues de auer cumplido con la òbligacion de Chriſtiano, y Catolico Cauallero, dio a la curioſidad la parte que le tocaua en la conſideracion de ſus antiguedades, tan prodigioſas y admirables, que de ellas ſe dexaua vencer el entendimiẽto, porque a eſta ciudad, ſiempre enſeñada a conſeguir illuſtres vitorias, no le faltaſſe tan generoſo triunfo. Beſò el pie a ſu Santidad, y con ſu bendicion partiô a Napoles, donde antes que el auia llegado el nombre de ſus ſingulares virtudes, y por ellas ſe le dauã todos de el Cauallero Perfecto. El Rey don Alonſo de Aragõ,

mas venerado en las plumas de los Sabios, por premiador de merecimientos, que por auer conquiſtado el opulento Reyno de Napoles, deſſeaua velle tanto, que quando llegò a ſus pies, le leuantô de ellos, con regalados abraços y fauores, y ſe juzgò por agrauiado, leyẽdo las cartas de el Rey de Caſtilla, de q̃ huuieſſe traydo para el mas recomendacion que ſu propia perſona. Entendio de ſus intentos, que deſſeaua ver toda la Europa, y principalmente a Italia, de quiẽ auia gozado lo mas notable: pero detuuole por entonces en ſu ſeruicio con perſuaſiones y ruegos, y ocupole en los oficios de ſu Caualleriço, y caçador mayor, por ſer ela entrambas coſas muy inclinado, y en ellas eminente.

EL

El Rey Don Alonſo prueua en diferentes ocaſiones al Cauallero Perfecto, y obligado con la experiẽcia de ſus virtudes, le juzga por digno de mayores alabanças.

PVdiera la ocupacion de tã illuſtres cargos tener contento a don Alonſo en Napoles, ſino fuera mayor en el la curioſidad que la ambicion. Hallauaſe violento, y mucho mas ſiruiendo con exercicio en Palacio, y no de ſu Rey (aunque aquel lo era tan grande) porq̃ el quiſiera, ya q̃ ſeruia, q̃ fuera a ſu propio Principe, y en la guerra, porq̃ ſiẽpre aborrecio los Palacios como ſeminarios de la inuidia y adulaciõ, medios forçoſos para los

los aumentos que en ellos ſe conſiguen. Hallauaſe el Rey con el guſto ſo, quanto dõ Alonſo forçado, y deſſeaua comunicalle lo mas eſcondido de ſu pecho, para aconſejarſe con ſu entendimiento, que le auia experimentado admirable. Pero conociendo, como prudente, quantos engañños admite la voz comun, y que pudiera auer ſucedido lo miſmo en la fama acreditada de eſte Cauallero, quiſo antes hazer algunas experiencias de ſu virtud, y fue la primera en eſte modo: Corria voz por toda Italia entonces, y mucho mas aſſentada en Napoles, que el Rey don Henrique de Caſtilla eſtaua eſcondido en aquella Corte, y que auia venido a verſe con el Rey de Aragon, para tratar de cierta empreſſa, a entrãbas

Coro-

Coronas importantiſsima, y era el caſo. Que el Rey para tener ſuſpenſos los demas Principes de Italia, auia embiado por don Bernardo Centellas vn Cauallero Valenciano, que en roſtro, talle, acciones, y metal de voz, era tã verdadera imagen de Hẽrique, que los que tardauan mas en tener a Bernardo por Henrique, erã los que a Henrique conocian menos. Singular obra de naturaleza, que eſtableciô ſu mayor hermoſura en la variedad, tan amiga de hazer diferencias, que en conformar eſtos ſujetos, diferenciô de ſu coſtumbre. Auia venido pues don Bernardo de ſecreto, y eſtaua retirado en el miſmo quarto de el Rey, que con mayor arte, para que aquello ſe publicaſſe, tratandole con igual corteſia, le hablô delante

de

de dos perſonas de ſu Camara, a quié tenia por diuulgadoras de qualquier nouedad, y por confidentes poco, para guardar ſilencio en lo que importaſe. De mas de eſto le hazia paſſear por los jardines de Palacio adeſoras, como quié rezelaua el no querer, ſer viſto. De aqui pues ſe leuantò la opinió, q̃ atras queda referida, con q̃ toda Italia ſe puſo en arma, y lo demas de la Europa en cuydado. Quiſo el Rey experimentar en eſta ocaſió las partes de dõ Alonſo, y llamãdole vn dia deſde vn corredor, que caìa ſobre los jardines de Palacio, le enſeñò al Rey ſimulado Hẽrique, engaño de q̃ el ſe dexò lleuar, por ſer impoſsible hazer la diſtincion, ſino es el propio autor de entrãbas eſtãpas. Moſtrò dõ Alõſo deſſeo de beſar a ſu Rey la ma

no,

no, y verle desde mas cerca, pero el de Aragõ le retirò de alli, asseguran-dole, q̃ por entonces cõuenia aquello, y prometiẽdole q̃ con breuedad le cũpliria aquel desseo: cõ esto le dispidiò por entõces, y boluiẽdole à llamar aquella noche solo, y retirado le dixo: Grãde ofẽsa se haze a los hõbres nobles, quãdo se les aduierte aquello q̃ por su propia naturaleza sabẽ, pero parece q̃ el animo deseoso no sosiega, hasta explicar su conceto, como le conoce, y entiẽde. La buena correspondẽcia es deuda forçosa entre todos los hombres, de vnos a õtros, y de los infimos a los mayores cõ mas apretada obligaciõ, porque sin ella se perderia el ordẽ de las Republicas, y apenas quedariã rastros de la memoria del buẽ gouierno. De lo q̃ estàs obligado

gado a mi voluntad, y deues correſponderme, no quiero mas Iuez que a la tuya, y mas ſiendo de tal calidad lo que yo quiero pedirte, que teniendo tu tanta en la ſangre, en ſi miſmo lleua la recomendacion. Vn ſecreto vengo a entregarte, para que me le guardes, y defiendas, y tãto que aun de tu miſmo Rey le zeles: ſi te hallas con fuerças, para cumplir lo que te ruego, obligaràs mi animo, a que te entregue la prenda de mas alta eſtimacion, y ſi no con deſengañarme, quedarè aduertido de la poca dicha que en ti hallaron mis deſſeos: y buſcarè otro medio, ſino para mi tã guſtoſo, mas conueniente. Haſta aqui el Rey. A quien don Alonſo humilde y ſeuero ſatisfizo en eſte modo. Que la repreſentació de las obligaciones

que

Real perſona auia ſobrado en vn ani mo tã lleno(como el ſuyo)de recono cimiẽto y gratitud. Que el ſecreto q̃ le entregaſſe, le guardaria de ſu pro-pioRey,como no fueſſe en ofenſa de ſu perſona y Reynos, porq̃ a el le te-nia obligaciõ de vaſſallo,y a ellos de natural, que erã mayores que las de criado.Que de q̃ eſto ſeria aſsi,deſde luego le hazia pleyto omenaje , y le entregaria todas las prendas de fide-lidad , que para ſu ſatisfacion juzga-ſe,conuenirle. Con eſto el Rey (fin-giendolo)le comunicò cierta mate-ria de voluntad con vna ſeñora de partes tales,que obligauan a ſilencio y reſpecto, y le encargô mucho,que le eſcriuieſe para ella vn papel con ciertas calidades , porque como hõ-bre de menos años ſe hallaria en eſte

eſtilo y lenguaje mas facil: ordenandole, que por la mañana otro dia ſiguiẽte vinieſſe a la hora que el ſeñalò, y entraſſe por vna puerta, de q̃ le dio llaue. Aſſentado eſto en eſta forma, ſe fue don Alonſo ofendido de ſu fortuna, porque le auia pueſto en ocaſion, de ſer miniſtro de liuiandades, y flaquezas de vn Rey, a quiẽ los años obligauã à proponer en ſus acciones a los ſubditos mejores exemplos, y hallò, ſer conueniente obedecelle, haſta que el tiẽpo deſcubrieſſe las ocaſiones mas faciles, para retiralle de aquella empreſſa, porq̃ en tonces ſeria violencia, y aun falta de reſpecto deſagradalle, y quizà ponelle en ocaſion, de que ſe fiaſſe de perſonas (ſi le faltaſſe la ſuya) en cuyas lẽguas anduuieſſe a peligro la repu-

ta-

putacion Real, y la de aquella señora illustre. Escriuiò el papel aquella noche, breue y ingenioso, y el dia siguiẽte: entrò con la llaue por la puerta, q̃ se le señalò, obedeciendo tambien como en esto, en venir pũtual en la hora. Lleuaua pues en vna mano la llaue, y en otra el papel, como quien venia sin sospecha, de que en aquello pudiesse auer peligro, juzgando que aquel quarto estaria solo, y sin mas persona que aquella, por cuyo seruicio venia. Quando al llegar a la penultima pieça, le saliò al camino el Rey fingido de Castilla, pero por el engaño de la similitud, para sus ojos tan verdadero, que hincando la rodilla le pidio la mano, que el retirò con desden, mostrando pesar, de q̃ le huuiesse visto, pero al fin se-

uero le preguntò, ſin mirarle al roſtro, que papel es eſſe? Reſpondiò, negocio es del ſeruicio de el Rey de Aragon. Veamos replicò el Rey, y el dixo, ſeñor tengo orden de ſu Mageſtad contraria. Proſiguio el Rey, no ſoys mi vaſſallo? Si ſeñor, dixo, pero aduierta V. Mageſtad, que eſto no es en deſeruicio de ſu perſona, y lo ſeria de el Rey, a quien ſiruo como criado, en que eſtà empeñada tãbien la reputacion de V. Mageſtad, pues por el abono que le hizo de mis acciones ſe inclinò a traerme tã cerca de ſi. Dio el Rey mueſtra, de querer quitarſele con violencia, y al tiẽpò q̃ fue a echarle mano, ſacô pies don Alonſo, y guardando el papel en el pecho, deſnudò ſu eſpada, y pueſto con ella a los pies de el ſimulado

lado Henrique rindio eſtas razones: Señor, a tal eſtado ha llegado mi infelicidad, que ſeruire a V. Mageſtad, mas que viuo, muerto, porque entonces podra entregarſe con ſus manos, en lo que no pueden, aunque lo deſſean, rendille las mias. Dichoſo yo ſi con vna muerte cumplo con obligacion tan mal preuenida, quanto de mi no eſperada. No es medio tan violento eſte, ſi con el compro buen nóbre para mi poſteridad. Por vida mia que me hagays eſte guſto, interrumpiendole ſu razonamiento, dixo el Rey, quando el Cauallero lleno de congoxa ſe puſo en pie, y hablò aſsi. Vaſallo tan infeliz que le es forçoſo no cumplir el juramento de la vida de ſu Rey ſea el propio verdugo de ſi miſmo, y poniendo el cuerpo ſo-

bre la punta de ſu eſpada, yua a embarcarſe en la muerte con tan honrado coraje (que haziendo en aquella acciõ hermoſo el deſprecio de la vida) concluyera con ella, ſi don Bernardo de Centellas (Rey aun que fabuloſo reuerẽciado por verdadero) no le detuuiera en ſus braços, y apacible y riſueño le templara con eſtas razones: Suſpended la execucion a que os lleua vueſtro inuencible eſpiritu, dõ. Alonſo, aduirtiendo, que en mi animo aueys dado cõ ella mayores realces a vueſtro credito, y no es juſto, q̃ el deſſeo curioſo de vn Rey ſea cuchillo de vn Cauallero tã leal. viua en vos la gloria de la patria, que ya que por mi, y por ella ayais de perderos, quiero reſeruaros para otr ocaſion, en que los hados, dandoos fin admirable, ſe diſculpen de lo que

quita.

quitaren a vueſtra vida, con lo que aumentaren a vueſtra fama. Aſſeguraos, de que eſta deſobediencia ha ſido para mi gratiſsimo ſeruicio, y q̃ ſi bolueys a Eſpaña, ni vos quedareys deſcontento, ni yo culpado. Lo que os encargo mucho, es el ſilencio de eſto, que entre noſotros ha paſſado, porque no quiero que el Rey de Aragon entienda, que le ſalteo la fidelidad de ſus criados, quando el cõ tanto guſto me abriga en ſus paredes. Con eſto boluio las eſpaldas el fingido Rey de Caſtilla, y apenas huuo deſocupado la pieça, y embaynado don Alonſo ſu eſpada, quando entrò el de Aragon, que atẽto y admirado deſde parte retirada, auia ſido teſtigo, de todo lo que entre los dos paſsò, de que ni aun en el roſtro

truxo señales, antes mostrãdose desentẽdido, le pidio el papel, que passandole por los ojos, hizo con ellos señal de agradarse, y mayor quando despues de auerle leydo, le guardò en el pecho cõ estas palabras: Aueys dicho lo que yo (aunque lo padezco) dezir no supiera, ò soys el espiritu q̃ me anìma, ò yo he hablado con vos mas claro que conmigo propio. Para mayor negocio os preuengo, que quien tãtas veras pone en las burlas, serà todo bueno para las veras. Dixo el Rey, que sin esperalle su respuesta le dexò ocasionado con las vltimas palabras à vna imaginacion inquieta y turbada, que por varios sucessos discurria, refiriendo entresi muchas vezes. Para mayor negocio os preuẽgo, que quien tantas veras pone en

las

las burlas, ſera todo bueno para las veras. Por otra parte el caſo que le paſsò con el Rey fingido Henrique, y lo con el platicado, le tenia cuydadoſo, peſſandole, de no auer podido agradar en todo a ſu Principe, y ſuſpirando por la libertad, reconocia de nueuo, quan peligroſos paſos ſon los que ſe dan en los Palacios de los grandes Reyes, y quan arriſcado eſtà a las tempeſtades el que de mas cerca los conſulta. Obedecellos en ſus violentos apetitos (las mas vezes dañoſo para la conciencia, y reputacion) aun tampoco para con ellos miſmos es ſeguro, porque ſi deſpues ſe deſengañan de aquello miſmo en que por ſu voluntad ſe enlazaron, quieren hazer principio de ſu culpa, à los que forçados ſe entraró en ella

BIBLIOTECA NAZ. ROMA VITTORIO EMANUELE

aſeruirles de medio, para la conſecu-
cion, con cuyo fin violento ſa-
tisfacen al pueblo, que vengatiuo
ſe deleyta en la ſangre de aquellos,
que conocio en ſuperior fortuna, y
con el modo miſmo en la exalta-
cion de los humildes, no porque
los vnos ſean mas virtuoſos que los
otros, ſino por ver, ſi por aquel mo-
do puede ſatisfazer a ſu apetito, ſié-
pre inclinado a las nouedades. Aſsi
anduuo dos dias turbado de eſtas
imaginaciones, y tan deſcontento
con ſu miſmo interior, que el cora-
çon le ſobraua en el pecho. Exala-
uan fuego los ojos, y la boca alen-
taua ſuſpiros, todo le deſplacia, co-
mo quien ſe hallaua violento en age
na Eſfera, retirado del ocio blando
de ſus libros, y embarcado en las

tem-

tempeſtades impetuoſas de Palacio. Quando por vn ſoldado de ſu guarda le embio a llamar el Rey, que con demoſtracion de ſumo guſto, le recibio en ſus jardines, haziendoſele tan familiar, y àpacible, que mas parecia amigo, y compañero, que Rey y ſeñor. Quedaronſe ſolos en aquella amena ſoledad, y mandole cubrir, y ſentar a ſu lado, diſcurrio con el varias materias de armas, y letras, en que le hallò tan vniuerſal, y copioſo, que no pudo hazer juyzio con reſolucion, a quien ſe deuia mas el talẽto de aquel Cauallero, al gouierno de la republica, o al de los exercitos. Aſsi razonauan, quãdo el ruydo de vna fuẽte q̃ empeçò a correr, los lleuòlos oydos, y cõ ellos los ojos: muchas vezes vn ſentido vſurpa

do

do de cauſa grande arrebata à los demas. Vieron pues vna dama de gentil y admirable diſpoſicion, ſentada junto al corriente de el agua, y autora al parecer de ſu libertad, porque tenia en la mano vna llaue, con que parecia, auerla abierto el camino, ſe moſtraua riſueña jugãdo con las flores: eſtaua alli por ordẽ de el Rey, q̃ cõ ella quiſo poner redes a la gallarda juuentud de don Alonſo, q̃ la mirô con mayor atencion, y cuydado que ſolia en ocaſiones ſemèjantes, porque retirado de ſu modeſtia, pocas vezes detenia los ojos en pueſtos tan peligroſos, donde ſe auentura el aluedrio, y en el, como tã poderoſo, toda el alma, que le ſigue con las demas potencias. Reconocioſe mas vẽcido de lo que quiſiera, y acoſtumbra-

brado a ſer vencedor ſintio mas el daño. El Rey no poco vfano de auer viſto en las ſeñales exteriores, (teſtigos de el rendimiento interior de dó Alonſo) quanto ſe auia dexado entregarà aquel eſquadron ſordo de ojos, cabellos, y demas, perfecciones, ſordo digo, porque ſin el ruydo de los inſtrumentos Marciales, rinde los eſpiritus, adquiriendo tan nobiliſsima vitoria (y las mas vezes) con poca eſtimacion de quien la alcança, por encendelle mas, le dixo: Eſta donzella que veys burladora de las flores, y fuentes de eſte jardin es por la ſangre Mõcada, y por las coſtumbres digna de tal ſangre, y juntamẽte heredera de tan ricos Eſtados, que pueden ſer premio de ellas, y cõſeruar ſu autoridad. Muchos Prin-

cipes

cipes poderosos, de España, y Italia, me la piden, siendo entre ellos la cõpetencia tan esforçada, que hallo por mas segura razon de estado, negarsela a todos, por escusar inquietudes y disensiones. Es mi sobrina, y la parte que por su sangre me toca tã illustre, que ha dado muchas vezes supremo Principe a la silla del Imperio, y os asseguro amigo, que si nome viera en las vltimas lineas de la vida, y tan rico y feliz con tan virtuosos successores, cuya madre aun viue, que reforçando el deudo, auia de ser su esposo el que es su tio. Mas ya que el cielo a dispuesto las cosas conforme a su voluntad, para mayor conueniencia nuestra, porq̃ el como padre vniuersal encamina nuestras obras a la mas cierta seguridad, yo me despojo de esto

eſte deſſeo, y en el animo haſta aquí
rẽdido, cãto alabanças a mi vitoria.
Eſta es aquella, para quiẽ yo ſolicita-
ua vueſtros papeles, q̃ aun ſin embiar
le el primero, q̃ me diſtes (veysleaquí
rompido) deſengañado de mi propia
razõ, conozco, auer ſido culpa poco
diſculpable, porque aunque de amor
los yerros ſon dorados: en mis años
no, que ſe deuen a diferentes ocupa-
ciones. Eſcuchaua don Alonſo al
Rey, ya tan encendido, como aquel
à quien le auiã cogido todas las puer
tas, porque por vna parte ella le en-
tretenia, y cautiuaua los ojos, y por
otra el Rey los oidos, y ya no ſa-
biendo ſagrado à donde retirarſe,
ſe contentaua con ſu fortuna, y ſi-
guiendo la de tan illuſtre vence-
dor, queria rendirſe el propio de ſu
volun-

voluntad y recebir leyes, que ninguñas juzgarà dificiles. Y aſsi aũque tá modeſto y templado en ſus razones, dixo entonces algunas muy fuera de ſu lugar y tiempo, reſpondiendo muchas vezes, ſin ſer pregũtado, y otras no à propoſito. Leuantoſe de el aſsiẽto, donde eſtaua, y luego dentro de poco tiempo, auiẽdoſe pueſto el Rey en pie, boluio a ſentarſe. Eſtuuo diuertido, inquieto, y turbado, y mucho mas, quando ella artificioſa, boluiendo los ojos con deſcuydo cuydadoſo, fingiendo alterarſe de que la huuieſſen viſto, haziẽdo al Rey vna reuerẽcia, mudò de aſsiento, porque entóces ya cõ el dolor de tan grande perdida, apenas ni los pies dieron paſo, ni los labios razones. El Rey que tenia entre manos la ocaſiõ, no quiſo

que

q̃ cõ el fueſſe fugitiua, y aſsi aprouechandola, le preguntò: Como avueſtro amigo me dezid con toda llaneza, y verdad, que os ha parecido mi ſobrina? Reſpondio: Señor, los mayores atreuimientos de la eloquencia, ſon pequeños, para ſignificar ſus alabanças. Quãdo la vi (tan fuera de mi eſperãça) me acometieron vnos impulſos idolatras, creyendo, era Ninfa de aquella miſma fuente, y mas quãdo mirè (o aſsi me lo parecio) que las flores de eſte jardin, bañadas en el criſtal de ſus manos, crecian. Diſculpada eſtà la Mageſtad de qualquier Principe, aunque en edad anciana ſe le aya rẽdido, porque la culpa eſtuuiera mas cierta, en no auerlo hecho. Vueſtra ſerà replicò el Rey, ſi apacible, y no obſtinado me dixere-

des,que os passò la otra mañana con el Rey de Castilla,quando me traìades el papel , que ya se,que le hablastes , y esto no es justo,que me lo negueys,porque mis propios ojos fueron testigos. Turbado entonces don Alonso , y en algun modo colerico, acudio cõ estas razones: Corrido estoy,de que para rẽdir mi animo leal, se aya valido vuestra Magestad de tã violentas estratagemas. La ocasion es fuerte,y tanto,que nunca he visto en mayor peligro la fee de mi coraçon honrado. Este Palacio para mi lleno de encantos me ha de quitar el juyzio,y con el la vida , y sera feliz estado, no perder mas que estas dos prendas,y escapar de tantas llamas en mi honor incorruptible la mas preciosa. Nunca dudè,que los poderosos

Prin-

Principes ſabian dar veneno en el manjar, o en la beuida por la boca: mas por los ojos, y tã vehemente como el del amor ſolo a mi (ſin exemplo de los paſſados) para ſerlo de los futuros, ſe ha dado. Mas ya boluiendo a recobrar mi razon perdida, confieſſo, que deuo a eſta aduerſidad la honrada muerte que eſpero; reſiſtiendo entre los halagos de vn amor tierno las violencias de vn Principe mas obediente a ſu voluntad que a ſu razon. Enmudeciò con eſto, y haziendo vna reuerencia muy baxa boluio las eſpaldas. Dexò el caſo al Rey lleno de admiracion venerable; y reconocio por aquellas dos experiencias ſer juſtificado el titulo que el mundo daua a don Alonſo de el Cauallero Perfecto, pues igualmente cõ di-

ferentes Principes, auia ſabido moſtrarſe fiel criado, y leal vaſſallo. Deſpachò luego con eſto à don Bernardo Centellas para Eſpaña, porque ya los demas Principes de Italia ſe empeçauan a deſengañar por el auiſo de los Embaxadores, de que el Rey de de Caſtilla no auia ſalido de ſu caſa, y el intento por cuya cauſa ſe mouiò la eſtratagema, ſe auia logrado. Quedò el mundo lleno de confuſsion, porque el Duque de Milã afirmaua, que el auia comido con los dos Reyes en Napoles el dia de Santiago, y el Nuncio de ſu Santidad, que entõces venia de buelta de Eſpaña, juraua, que el le auia viſto al Rey Henrique el propio dia aſsiſtir en Toledo en la Igleſia mayor, a la Conſagracion de vn nueuo Obiſpo electo para la

de

de Auila, y otro deſpues en la plaça de Zocodouer en vna fieſta publica de toros y cañas. Eſta dudoſa opinió corria entre muchos, y cada vno ſeguia, la que tenia por cierta, vnos engañados, y otros ſeguros en la verdad, y fue tan conſtãte la porfia, que dos Eſpañoles en Roma ſalieron ſobre el caſo deſafiados, y entrambos boluieron mal heridos, y ninguno deſengañado. Nadie conſiguiò eſta felicidad como don Alonſo, a quien el Rey, perſuadido de las experiencias paſſadas, rebelò el ſecreto, y las cauſas, y razones (que conſultadas cõ el Rey Henrique, y teniendo primero ſu voluntad, a ello le auian mouido) juntamente con eſto le mandò que ſe diſpuſieſſe para yr a Francia con vna embaxada particular de gra

uiſsima importancia, que era compo-
ner ciertas diferencias entre aquel
Rey y la Republica de Genoua, por-
que corria peligro, de encenderſe en
fuego toda la Europa, ſi tomauan las
armas ellos, y ſus confederados. Dio-
le licencia, de que ſiruieſſe a doña
Ines de Moncada ſu ſobrina, y pala-
bra ſegura de que, en quanto a ſu par
te tocaſſe, diſpondria las bodas, eſtor-
uando todo aquello, que a eſto podia
hazer contradicion, y juntamente le
librò vna grãde ayuda de coſta, grã-
de reſpeto de la ſuficiencia de aque-
llos tiẽpos, para el gaſto y lucimiẽto
de la jornada, y mandãdole preuenir
apriesſa le deſpidiô. Reconocio en-
tonces don Alonſo el ſentido de las
palabras Reales, y vio, no auer ſido
vano el dezille: Para mayor negocio

os

os preuengo, que quien tantas veras pone en las burlas, serà todo bueno para las veras. Tan singulares fauores no desuanecierõ el animo de este Cauallero, porque como no los pretendia ambicioso, los despreciaua prudente, atribuyẽdo todos los aciertos al cielo, y poniendo su seguridad en agradalle. Lo que le dexò muy alentado fue la promesa, que le hizo de darle por esposa a la bellissima doña Ines de Moncada, a quien tenia ya, sino mayor voluntad, mas justificada, por auer entendido de el aplauso comun de los nobles, y plebeyos, que esta señora era la mas virtuosa y entendida de aquel siglo, y aun se afirmaua, que las resoluciones mas acertadas de su tio en materias muy graues nacian de su pecho y cõsejo.

Parte don Alonſo para Francia, y en Paris tiene audiencia del Rey, cuyas diferencias compone, y antes de ſalir de ſu Corte, ampara en el vltimo peligro a vn honrado Cauallero.

DIſponia dõ Alonſo ſu jornada, y juntamẽte pretendia, que doña Ines entendieſſe ſu voluntad, tratando a vn tiempo de amor, y de auſencia, dos enemigos tan concontrarios, que jamas ſe compuſierõ. Seruiale el Rey de tercero, y mucho mas ſu buena opinion, que hizo fuerça en el entendimiẽto de aquella ſeñora, que conſtandole juntamente de ſu calidad, y nobiliſsimos deudos,

no deſdeñò la platica, antes parece q̃ la dio mejores oydos q̃ a las demas, que en eſte caſo ſe le auian propueſto, y moſtrò deſſeos de obedecer al Rey, de quiẽ haſta entonces no auia dexado perſuadirſe. Tenian dos Potẽtados de los mayores de Italia ſus Agentes en aquella Corte, para que trataſſen para ſi aquel negocio, que con breuedad fueron deſpedidos, y no bien deſpachados, tanto que viẽdo que ſe detenian en yrſe, les mandaron ſalir de la ciudad, por eſcuſar cõ eſto q̃ no hizieſſen algunas diligẽcias ſecretas con las criadas de doña Ines, en daño de la pretenſion de dõ Alonſo, procurando en ſu auſencia deſacreditarle con algunas nueuas falſas, como ſuelen ſuceder en tales ocaſiones. Partio el con eſto vfano, y

y fauorecido, tan galan, y alentado, que acabò de rendir aquel dia, lo que le faltaua en el pecho de ſu dama, ſiguiendole mucho cortejo de Caualleros, y criados lucidos en eſta ocaſiõ. El Rey, por fauorecelle, le acompañò haſta la puerta de la ciudad, y à ſu imitacion, y con ſu orden toda la nobleza de Principes. y grandes ſeñores, Aragoneſes, y Napolitanos, que en aquella Corte reſidian, ſalieron con el ſeys millas, y le acompañaran haſta Paris, ſi ſu modeſtia, y corteſia lo ſufriera, que en vez de hallar en aquello gozo, yua embaraçado, y impedido, por ver, que aquel honor ſe daua à la liſonja de la priuança, y no à los meritos de la perſona, con ſer de el, y de otros mayores capaz. Caminò pues haſta Paris, ſeguido de los

ſuyos

ſuyos, y abreuiando las jornadas, por que para la materia que lleuaua, que tratar, conuenia, que no huuieſſe tardança. Fue muy bien recebido, y apoſentado, y dos dias deſpuès de ſu venida le dio el Rey audiẽcia. Cõfiriẽrõ el negocio, y aunq̃ no ſe tomô en el aſsiẽto, porque el Rey ſe daua por ofẽdido de aquella Señoria, y deſſeaua ſatisfazerſe de algunos agrauios, q̃ el dezia, auerſele hecho, quedò en buena diſpoſiciõ. Viſitò deſpues à todos los Cõſejeros de Eſtado, y guerra à quiẽ cõ tãta fuerça de razones ſupo perſuadir, repreſẽtãdo los incõuiniẽtes, q̃ de aq̃lla guerra, en aq̃lla ocaſiõ, ſele auiã deſeguir à la Corona de Frãcia, q̃ los reduxo à todos à ſu opiniõ, y en la de ellos vẽciola de el Rey q̃ ſe obligò de tãtos, y tã cõfidẽtes parẽceres.

Aſſen-

Aſſentoſe pues la paz, y con tales cõdiciones, qùe eſtuuieron bien a todos, y por celebralla, y hazer juntamente fieſta a vn Embaxador de tan generoſo Principe, como era el Rey de Aragon y Napoles, ſe publicò vn torneo, à que acudio toda la nobleza de aquel grande y floridiſsimo Reyno. El dia de ſu celebracion, por honrar mas a don Alonſo el Rey, le diò ventana y aſsiento en Palacio al lado de la ſuya, y deſpues de el acomodaron a todos los Caualleros, y criados que le acompañauan. La fieſta fue lucida, y vna de las mayores que en Frãcia ſe auian viſto de aquel genero, (porque todos los que a ella concurrieron, anduuieron dieſtros, y felices) ſino tuuiera vn fin lleno de dolor y laſtima) deſengaño de la miſeria

seria humana, cuyos gozos fugitiuos se terminan las mas vezes en tragedias violentas, y miserables) Fue el caso, que al tiempo que la noche empeçò a diuertir los rayos de el sol, quando todos tratauan de recogerse a sus posadas, vn Cauallero Frances diò de puñaladas a las puertas de Palacio a vn Mosiur Baron y señor de muchas villas y castillos, y luego se recogio a la casa de don Alonso, que era Sagrado, y Asilo en aquella Corte, por ser Embaxador de vn Rey tan poderoso: la Iusticia, y el pueblo que le seguia desenfrenado, entraron con violenta mano, y le sacaron con facilidad, por no auer quien se le defendiesse, por estar todos los de la familia en las fiestas. Quando entrô dõ Alonso en su casa, y supo lo que en ella

ella auia ſucedido, boluiẽdo ſe luego à Palacio, y entrando ſe al Rey indignado de juſtiſsima çolera, dixo: Que ſu Mageſtad mandaſſe, que ſe le reſtituyeſſe aquel Cauallero, porq̃ de no hazerlo a aſsi, creeria, que aquel caſo, con auer ſido tan violento, le auia ſido conſultado, y pondria en ſu perſona la quexa que de ſus Miniſtros tenia. Que caſtigaſſe con ſeueridad, a los que oſſaron violar el fuero, y reſpeto deuido à ſu caſa, pues lo deuia aſsi à la buena eſtimacion que de ſus Embaxadores ſe hazia en Aragon, y Napoles, ò daria cauſa, à que el que auia venido à ſer medio de paz, encendieſſe el mundo en mayores guerras. Que en aquello peleaua por la autoridad de ſu Principe, tan venerado, y temido en toda la Europa, aſsi

assi por la grandeza de Estados, como por la de su animo, y persona. Que cõuenia, que no lo dilatasse, porque el, sin apartarse de su lado, ò auia de lleuar el preso, ô salirse luego de su Corte, y Reynos quexoso, porque aquella fiesta, si se auia hecho à su deuocion, con aquel fin, mas le dexaua despreciado, que entretenido. Parecieronle al Rey justificadas las razones, y aunque quisiera, que delito semejante no passara sin ser castigado exemplarmẽte, como prudẽte y sabio mandò, que el delinquẽte se le boluiesse: diligencia q̃ le importò la vida al miserable reo, à quiẽ los juezes de el crimẽ de aquella Corte trataua de darle vn garrote secreto, por escusarse assi de restituille. Al fin don Alõso le lleuò a su posada, triun-

fan-

fando por ſu valor de los que atreuidamente ſe le opuſieron, à quien el Rey mandò prender, y caſtigar, porque le rompieron priuilegios tan deuidos. Deſſeaua don Alonſo ſaber la cauſa, que puſo brios en aquel Cauallero para ſemejante atreuimiento, y el, para mouelle mas el animo a piedad dixo: Valeroſo y nobililsimo Eſpañol, yo ſoy vn Cauallero que en eſte Reyno naci pobre, aunque illuſtre en ſangre, ſeñor ſolo de vn caſtillo fuerte, y honrado, que teniendo las armas de mis mayores, haze abrigo a las caſas de vna pequeña aldea, habitadas de vaſſallos mios, que los mas tratan de beneficiar los campos, y con lo que les rinden agradecidos (que en aquellos no es muy grande el agradecimiéto, por ſer tierra

tierra esteril) tratan de sustentar mi persona y las suyas. Confina este lugar con otro de este Mosiur, que oy à mis manos ha muerto, hombre en aquella tierra muy poderoso, por la juridicion, y dominio que tenia en muchos castillos fuertes, y villas biẽ pobladas. Este que se auia criado en la libertad de todos los vicios, porque sus padres murieron con arrebatado fin, el padre en la guerra, y la madre de el sobresalto, con que no tuuo mas ayo que à su inclinacion peruersa, esforçada, para ser peor; de los consejos de algunos hombres facinorosos y crueles, en cuyos banquetes, y festines gastaua su hazienda, y à cuyas temeridades daua sombra; haziendolos mas osados en el mal. No contento con auer violado

la honeſtidad de muchas mugeres virgenes, y caſadas, de todas calidades, vnas perſuadidas por ſus ſolicitos miniſtros, otras compradas por ſus inmenſos teſoros, y las que à todo ſe reſiſtian, forçadas por la violencia de vn tirano tan barbaro, ſe enamorô (ò por no infamar al amor) q̃ es ofendelle, dezir, que en pechos tã brutos cabe, apeteciò la hija de vn vaſſallo mio, belliſsima por la hermoſura, y por la edad, porque de ſus años aun no auia cumplido los diez y ſiete. Valioſe de todas las armas para vẽcella, de que como viejo en los vicios era dieſtro, pero como ella demas de vna virtud natural, que la ennoblezia, fueſſe hija de vna madre ſãta y virtuoſa, que velaua en ſu defenſa, jamas ſe le dierõ oidos, antes lle-

gando à los del padre, que era, aunque pobre, noble y deudo mio, embio luego por dos hijos gallardos mancebos, que eſtauan en ſeruicio de el Rey en la guerra, para que aſſiſtieſſen à la guarda de ſu hermana, mientras con toda prieſſa ſe trataua de dalla marido, que ſucediendolos en eſte cuydado, los reſcataſſe de el à los demas. Vine yo pues en eſta ocaſion al pueblo, y conſultandoſeme el negocio, me parecio, que nada cõuenia tãto, como ponella en eſtado, y que eſto fueſſe luego. Amauala ticrnamente à Madalena, que aſsi ſe llamaua, vn mancebo natural de el miſmo pueblo, cuyo nõbre era Dionis, y ſus partes muy buenas, porque dado al eſtudio de los campos, era docto en aquel arte nobiliſsimo de

la agricultura, el primero que ſupieron los hombres, y el mas neceſſario, y por eſſa cauſa el mas illuſtre. Concertaróſe las bodas, y yo trate de acomodalles en lo que pude, aunque no como deuia, ni deſſeaua. Pero el propio dia que eſtaua ſeñalado para celebrarſe el deſpoſorio, quando yo me veſtia de gala para aſsiſtir en el, entrò Dionis en mi poſada, y pidiendome audiẽcia à ſolas, y cõcediẽdoſela yo, me ſuplicò con apretados ruegos, le dieſſe licẽcia, para ſalirſe de aquel cõcierto. Eſtrañè yo mucho aquella nouedad, por auer viſto ſiẽpre aquel mãcebo cudicioſiſsimo de la donzella, y aunq̃ en breue tiempo di la imaginacion à varios diſcurſos (todos vanos) porque quiriendo yo ſaber las cauſas y fundamentos, que para tan inopinada

nada resolucion tenia, me dixo temblando, (aun rezeloso de las propias paredes que nos oian) Que el Mosiur le auia embiado à dezir con dos hõbres autores de trayciones, y los demas arriscada conciencia de quantos tenia à su lado: Que no se casasse con Madalena, porque de no hazerlo assi le juraua, que antes de verse en los braços de ella, auia de morir en las manos de el, y que como conocia sus impetuosas resoluciones, y que auia osado, y conseguido mayores atreuimientos, queria (con mi licencia) que aquella platica se dexassepor algunos dias, y en ellos se veria el medio, que en esto se auia de elegir, para hazello con seguridad. Senti yo entonces arderme en tanta colera, por aquel nueuo modo de injuria, hallado contra

Dios, y los hombres, que en mucho tiempo no pude reſpondelle, y quando pude, no quiſe, haſta que templã-dome con la conſideracion le dixe, que me cõformaua con ſu ſentimiẽto, aſſegurandole, que por mi quenta quedaua el tratar de el remedio. Deſpedile con eſto, y haziendo enſillar vn caual lo Eſpañol de los q̃ en los cã pos de Cordoua beuieron las aguas de el Betis, tantos brios como belleza, me ſali en el al cãpo, y caminè hà-zia las floridas margenes de vn rio, que echò arbitro por el cielo en la tierra, diuidia nueſtras dos juridiciones. Vanaglorioſo juſtamente, porque en lo alto de vn monte, corona de ſus corrientes, fauor que ellas le pagauan en ſer ſu criſtalino eſpejo, ſe aſſẽtaua en vn pequeño edificio, vna

valien-

valiente fortaleza, ocupada de ſoldados de la milicia de Chriſto : vn Alcaçar de Serafines en la tierra, Conuento al fin de padres Capuchinos Deſcalços, que ſiguiendo por Capitan, al que fue de Chriſto Alferez, hallaron aquel alto modo de hazerſe ricos con la pobreza, y deſcubrierõ la eſtimacion en el deſprecio, y en el vituperio la alabança. A eſta parte encaminè mis paſos, donde en llegando buſquè à vn Religioſo, docto en las letras, y en las virtudes doctiſsimo, guia ſegura para el camino de la perfeccion, y tan regular en obſeruar las conſtituciones de ſu orden, q̃ parecia, que el era la regla viua. A eſte pues di parte de eſtè caſo, y le pedi afectuoſamẽte, tẽplaſſe los ardores laſciuos de aquel barbaro incorregi-

rregible, y le puſieſſe en el camino de la razon, pues ſabia, que ſolo veneraua ſu voz, y que por lo menos, ſino todas las vezes le obedecia, ſiempre le eſcuchaua, (ſingular reſpeto, y que à otro ninguno cõcedia) y juntamẽte le encàrgue la breuedad, pues de el miſmo caſo ſe dexaua entender, los rieſgos que ſe ſiguirian de la dilacion. Admirado quedò el ſanto Religioſo, aquel Angel (aunque veſtido de nueſtra groſera humanidad) de el aſunto torpiſsimo de el Moſiur, y me ofrecio, ſolicitar el remedio con el, y mucho mas con Dios, para que como oriente de mejor luz le alumbraſſe el animo, y le deſcubrieſſe los errores de ſu perdicion. Con eſto beſandole la mano, y el habito, y aun los pies quiſiera yo, ſi ſu humildad

mas

mas alta, quãto mas humilde, lo permitiera, recibiendo ſu bendicion me aparte de el, lleno de conſuelo, y cõfiado de el buen ſuceſſo. Paſſè cõ eſta eſperança tres dias, y al vltimo recibi à la noche vn papel, en que me auiſaua, qüe aquel matrimonio ſe podia celebrar ſin rezelos de peligro, porq̃ el Moſiur perſuadido de ſus razones, (al parecer) eſtaua tẽplado. Leì ſele à Dionis, y à los padrès de la dõzella, q̃ debaxo de aquella ſeguridad trataró de que tuuieſſe luego efeto, y yo fuy el q̃ en ello hize mayor inſtãcia. Al fin las bodas ſe hizieró cõ guſto vniuerſal de toda la comarca, que acudio à feſtejallas con regalos y preſentes, y haſta el propio Moſiur hizolo meſmo, viniendo muy humano y cortès à la aſiſtencia de ellas, y

dando à los deſpoſados algunos dones de conſideracion. Cõ eſto ſe deſpidio, y yo me quedè entre mis vaſſallos algunos dias, procurando con llaneza y ſinceridad regalar à los nouios, porque ellos lo merecian, y ella como tengo dicho, por la parte de ſu padre era mi deuda, aunque la pobreza la auia puesto en fortuna, que la igualò en matrimonio con vn labrador, bien que tan virtuoſo, que excedia con ſus dones naturales à la nobleza adquirida de muchos, que la entorpecen con baxos vicios, llegarõle al Moſiur las nueuas, de eſta humanidad que yo tenia con eſtos vaſſallos, y engendrando zelos, preſumio, que aquel exceſſo procedia de eſtar yo enamorado de Madalena, y como ſiempre traìa à ſu lado gente ſe-

ſedienta de ſangre, y que no paſſaua la vida guſtoſa, mientras no la quitaua à otros, le hizieron las ſoſpechas euidencias, y adelantandoſe mas, le afirmaron, que yo con ſabiduria, y voluntad de ſu honrado eſpoſo gozaua las prendas de ſu honeſtidad, y recato. El, que por ſu naturaléza era tan actiuo para las maldades, entregandoſe todo al credito de aquel ciego error, preuino la cruel vengança. Ayer Domingo ſe cumplierō quinze dias, que eſtauan comiendo conmigo en mi caſa los infelizes amantes, quando aquel ſegundo Luzbel, tan ſoberuio, y no mas arrepentido, entrò por ella, acompañado de quatro hombres armados con ſus piſtolas, y dexando cien moſqueteros en el lugar, que tenian tomadas las bocas

cas de las calles para reſguardo, mā-chò la meſa con la ſangre del inocẽ-te Dionis, haziendo eſta injuria à la virtud, que en el viuia, y à nueſtro buen exemplo. Y aun no bien lleno de la maldad, porque le ſobraua ani-mo para mayores vilezas, bañò mi roſtro en la ſangre de el muerto, dā-dome por injuria, lo que yo con ve-neracion recibiera, à no ſer la actora mano tan infame, y robando luego à Mādalena, aun mas muerta del eſpā-to que ſu difunto marido, me dexa-ron, entre cõfuſion, y lagrimas, ofẽ-dido, y furioſo. Iurè (o cielos perdo-nadme tan ſacrilega determinacion) de matarle en qualquiera parte, que le hallaſſe, aunque fueſſe à los pies de vn altar, y en preſencia de aquel Rey, en cuya mano eſtan las vidas tempo-

ral,

ral y eterna. Puſele eſpias de ſus pro pios vaſſallos, porque todo lo corrõpe el oro, y mas en daño de vn hombre aborrecido por ſus inſolencias, y ſupe, que Madalena, aun antes de ſalir de los terminos de mi juridicion, auia eſpirado con el dolor grãde de la muerte violenta de ſu amado y inculpable Eſpoſo, y que el como irracional, ſin recebir horror de tan prodigioſo ſuceſſõ, que en qualquier animo perdido, que no fuera el ſuyo, ſacara fruto, y deſpertara enmiẽda, teniendo noticia de el torneo ſolemne, que para el preſẽte dia eſtaua determinado, ſe auia reſuelto, à venir à velle, yo que penſẽ alcançalle en el camino, y matalle en el campo, le ſegui los paſos, por no tener mas teſtigo que al cielo, aquien por auelle el

tanto

tanto ofendido, hazia vengado: pero como ſe adelãtaſſe mas de lo que yo entendi, y me traxeſſe vna jornada de ventaja, fue impoſsible. Conſideré, que determinacion tan honrada, y juſta, no era bien, que ſe perdieſſe: y aſsi para la execucion le buſquè en eſta ciudad en varias partes, ofreciomele oy al anochezer ſu deſdicha, en los vmbrales de Palacio, y aunque el lugar me puſo reſpeto, no ſe quiẽ me repreſentò en ſu roſtro las muertes, vna atroz, y otra arrebatada, de aquellos dos infelizes inocentes, que con cauſa, y ſin remedio lloro, y prouocado de la memoria de el tragico ſuceſſo, hize bayna de mi puñal ſiete vezes ſu pecho, vengando à los muertos, y amparando a los viuos, y vltimamente obligando à la naturaleza, en

en auerle quitado de el mundo este su mayor y mas descubierto enemigo. Lo que despues sucedio vos lo sabeys, como quiẽ ha empeñado en la libertad de mi vida los brios de su valor, que la estimo, por auer conocido con ella vuestras virtudes, tanto quãto dignas de ser imitadas inimitables. Todos los Caualleros Aragoneses, y Napolitanos, que oyeron la narració peregrina de el Cauallero Frãces, celebraron su hõrada, y justa determinacion, y quisieran auer tenido parte en el castigo de vn hombre tã indigno de contarse entre los viuos. El Embaxador le honrò mucho, y ofreciendole vida, honra, y hazienda en su defensa, siendo ya hora de cenar le assentô à su mesa y lado. Despachò luego otro dia correos á Es-

paña,

paña, y Napoles, por cartas de los Reyes de Caſtilla, Aragon, y Portugal, para el de Francia. En que interce-dieſſen por el perdon de eſte Caua-llero, y ſe detuuo todo el tiẽpo que eſtuuierõ en venir (esforçandoſe cõ-tra ſi miſmo) por ſaber la mucha fal-ta que hazia en Napoles para la pre-tenſion de ſus bodas, prefiriendo el amparo de aquel deſualido à vna cau ſa, en que el intereſaua tantos guſtos, y comodidades. Al fin negociò todo lo que quiſo de aquel Principe, ſien-do condiciõ, que el homicida ſalieſ-ſe deſterrado de todos los Reynos, y ſeñorios de Francia: caſtigo que para el fue conueniẽcia, porque el muer-to tenia tantos y tã illuſtres deudos, que para aſſeguralle de ſu poder, im-portaua, q̃ ſe diſpuſieſſe aſsi. Halloſe

el

el Cauallero Frances reconocidiſsimo, y mucho mas quando ſupo, que don Alonſo ſe le queria lleuar à Napoles, para hazelle compañero de ſus proſperas fortunas, y libralle de las neceſsidades, que le fuera forçoſo padecer en otra qualquier parte, donde llegara tã pobre, y deſabrigado. Mãdole hazer galas para el camino à la Eſpañola, de el propio modo que las ſuyas, y dãdole dos cauallos los mejores de los mas buenos, vno Eſpañol, y otro Napolitano, ſalieron de Paris acompañados, por mayor ſeguridad, de ducientos hombres de acauallo, hõbres exercitados en la guerra. Porque demas de que la familia del Embaxador paſſaua de cien perſonas, y todos yuan preuenidos de piſtolas, quiſo lleuar toda la poſsible

defenſa contra los deudos de el Moſiur, que amenazauan con todo rigor la vida de aquel illuſtre y gallardo Cauallero, y aun mas oſados, ò inſolentes, la de el que con tãta juſtificacion le amparaua. El dia que ſalio de aquella hermoſa villa (la mayor de el mundo) y Corte de el Rey Chriſtianiſsimo, repartiò grueſas limoſnas por los Hoſpitales, dio lamparas ricas à las Imagenes de deuocio̅, y cũplio liberalmente cõ todo lo q̃ deuia à Cauallero piadoſo, y Chriſtiano.

Don Alonſo proſigue ſu jornada, y aficionandoſe mas à las partes de el Cauallero Frances, haze en ſu defenſa vna finez adigna de ſu animo Eſpañol.

CAaminaua dõ Alõſo bien entrete

ni-

do con el lado, y platica de aquel Cauallero, por ser hombre vniuersal en lenguas, y experimeatado en el conocimiento de las costũbres de las naciones, q̃les hablauã, porq̃ desde muy niño le embio la curiosidad de sus padres, à visitar lo mas importãte del mũdo. Sabia entre las demas la Castellana cõ tanta eminẽcia, y propiedad de sus terminos y frasis, como si huuiera nacido en la Imperial ciudad, à quiẽ el Tajo rõpiendo por tantas dificultades de inacesibles peñas illustra. Era con esto suauissimo en la condicion, y tan igual en el trato, que siẽpre se hallaua en el vn mismo hombre, sin que los accidentes de los succssos le mudassen, compuesto en el rostro, en las acciones, y en las razones. Templado en los apetitos, y osa-

do en acometer qualquier peligro de honor. Conociò en breues dias don Alõſo eſtas buenas partes, y amauale por ellas tiernamente, que los varones llenos de virtud, y grandes meritos, como eſtos dos Caualleros, aunque no le tengan en la ſangre, contrahen deudo en las almas con mayor fuerça, y vinculo. Al quinto dia de la jornada cayò malo eſte Caualiero, y fueron tantos los brios de la enfermedad, que los Medicos de el Embaxador juzgaron de ella, que ſi no ſe detenia alli, y ſe curaua con mucho cuydado, moriria. Sintio, como era juſto, don Alonſo eſte infeliz ſuceſſo, y el enfermo mas, por rezelarſe, de que auia de deſamparalle, y proſeguir ſu viaje, teniendo baſtantes fundamentos para hazello. Porque

que el Rey, y algunos amigos confidentes, que dexò en la Napolitana Corte, le dauan prieſſa, diziẽdole, ſer importantiſsima ſu aſsiſtencia, para proſeguir la pretẽſion de ſus bodas, y conſeguir felizmente el lograr vn deſſeo, que le traìa tan deſuelado, y rendido. Pero el Embaxador, que en todos tiempos à las materias de la reputacion dio el lugar primero, y que enſeñado à triunfar de ſi miſmo, poſtraua ſiempre ſus deſſeos à los pies de la prudencia, porque en el, aunque fueſſen injuſtos, en no quedando enteramente honroſos, no llegauan à verſe logrados, aſſentò alli de nueuo ſu caſa, y familia, con ſer la coſta que lleuaua cada dia tanta, que pudiera poner cuydado à qualquier Principe poderoſo, y tratò de bene-

ficiar la ſalud de el amigo con tanta diligencia, que con facilidad ſe conocieron los efectos de ſu mejoria, (por la breuedad con que fueron conſeguidos) admirables. Mas turbòles eſte guſto vn caſo no eſperado, y fue, que el miſmo dia que el enfermo ſe auia limpiado de la calentura, y ſe trataua de purgalle, eſtãdo cõ el entreteniendole con algunos quentos, y juegos guſtoſos, oyeron el ruydo de vnas trompetas. Corrieron luego el Embaxador, y los demas Caualleros que aſsiſtiã al enfermo à las ventanas, y deſcubrieron con la viſta en el campo vna tropa de cauallos. Don Alonſo, preuiniendo con el entendimiẽto, algo de lo que aquello ſer podia, mandò, que toda ſu gente ſe armaſſe, y que tomãdo las bocas de las

calles

calles de el lugar, trataſſen de hazelles roſtro, ſi acometieſſen, porque en razon de no eſtar murado, no tenia otra defenſa, y haziẽdo el lo miſmo, ſalio à verles executar el orden, animandolos con ſu preſencia, para el ſuceſſo. En eſte eſtado eſtauan las coſas, quãdo entrò por el pueblo vn trompeta que ſe auia adelantado. Eſte, dixo, venia en aquella tropa vn ſeñor de los mas illuſtres del Reyno de Frãcia deudo, y heredero de el difũto, por auer muerto ſin hijos, y q̃ le embiaua, ha que deſafiaſſe al matador, à quiẽ venia à prouar auer hecho aquella muerte infame, y aleuoſamente, mas como traydor, que como Cauallero. Eſtas palabras las pronunciò en voz tan alta, que el enfermo, que cõ grande atenciõ auia aplicado los oi-

ficiar la ſalud de el amigo con tanta diligencia,que con facilidad ſe conocieron los efectos de ſu mejoria,(por la breuedad con que fueron conſeguidos) admirables. Mas turbòles eſte guſto vn caſo no eſperado,y fue, que el miſmo dia que el enfermo ſe auia limpiado de la calentura, y ſe trataua de purgalle, eſtãdo cõ el entreteniendole con algunos quentos, y juegos guſtoſos, oyeron el ruydo de vnas trompetas. Corrieron luego el Embaxador,y los demas Caualleros que aſsiſtiã al enfermo à las ventanas, y deſcubrieron con la viſta en el campo vna tropa de cauallos.Don Alonſo,preuiniendo con el entendimiẽto,algo de lo que aquello ſer podia,mandò,que toda ſu gente ſe armaſſe, y que tomãdo las bocas de las

calles

calles de el lugar, trataſſen de hazelles roſtro, ſi acometieſſen, porque en razon de no eſtar murado, no tenia otra defenſa, y haziẽdo el lo miſmo, ſalio à verles executar el orden, animandolos con ſu preſencia, para el ſuceſſo. En eſte eſtado eſtauan las coſas, quãdo entrò por el pueblo vn trompeta que ſe auia adelantado. Eſte, dixo, venia en aquella tropa vn ſeñor de los mas illuſtres del Reyno de Frãcia deudo, y heredero de el difũto, por auer muerto ſin hijos, y q̃ le embiaua, ha que deſafiaſſe al matador, à quiẽ venia à prouar auer hecho aquella muerte infame, y alcuoſamente, mas como traydor, que como Cauallero. Eſtas palabras las pronunciò en voz tan alta, que el enfermo, que cõ grande atenciõ auia aplicado los oi-

dos, ſacando grãde parte de el cuerpo de la cama, las entẽdiô, y acabãdo de leuantarſe, lleno de coraje honrado, llegô por de tras de todos, y le dixo: Dezid à vueſtro ſeñor que miente, y que yo ſe lo defenderè en eſſe campo de la otra parte de el rio mañana à eſtas miſmas horas. Alegroſe don Alonſo de velle, y confirmò lo que el Cauallero auia dicho con no menor eſpiritu, ſin reparar entonces en ſu falta de ſalud, y fuerças con el impetu de la colera. El trompeta ſe boluiò con eſta reſpueſta, el enfermo à la cama, y todos los demas à ſus poſadas, dudoſos de q̃ aquel tratado pudieſſe tener cũplimiento. Repararon luego en el miſmo inconuiniẽte dõ Alõſo, y el Cauallero deſafiado, que reſpeto de auerle hecho en ocho dias

quatro

quatro ſangrias, eſtaua tan deuil, que aũ tenerſe ſobre vn cauallo armado, ſin pelear, ni acometer al enemigo breue tiẽpo, auia de ſer obra ſobre natural. Don Alonſo empeñado en la reputacion de vn amigo, à quiẽ amaua tãto, y en la ſuya propia, por auer ſido el que con mayor eſfuerço alentò el deſafio, lo diſpuſo en eſte modo. Que otro dia por la mañana, aſsi los ducientos hombres, que le acõpañauã, como los demas de ſu familia ſalieſſen de el lugar muy bien armados, y preuenidos, y tomando pueſto enfrente de el cãpo de el contrario, los aguardaſſen à las dos, porque don Alonſo queria ſeruir de Padrino al Cauallero Frances. Que no dixeſſen palabras injurioſas, ni deſcorteſes à los contrarios, por no pro-

uocalles à vna guerra, en que ſe vertieſſe ſangre de muchos, ſobre negocio, que la vida, o muerte de ſolo vn hombre, le podia poner en paz. Que aquella mañana ſe dexaſſe pagado en las poſadas, todo lo que ſe deuieſſe, por ſi deſpues de el ſuceſſo fueſſe neceſſario proſeguir deſde aquella parte ſu camino, ſin boluer al pueblo. Eſto quedò deſde la noche antes ordenado, y à la mañana fue puntualmente obedecido, aunque todos lleuauã los animos poſtrados, pareciẽdoles, que el Cauallero, à quien auiã de hazer eſpaldas, era fuerça perdieſſe la vida y credito. Eran don Alonſo, y el Cauallero Frances de vn miſmo cuerpo, ſin ſer caſi en eſto la diferencia conocida, y hallandoſe ſolos aquella mañana, don Alonſo ſe ar-

mò

armô à la Franceſſa, y ſe puſo acaua-
llo de el propio modo, y el Caualle-
ro ſe armò, y puſo acauallo à la Eſpa-
ñola. Deſta ſuerte trocando tambien
lugares comolo demas, partierō al
campo, haziendo oficio de Pádrino
el prouocado, y de prouocado el Pa-
drino, ſin que nadie pudieſſe pene-
trar la ingenioſa induſtria. Llegados
pues al pueſto, y congregados tãtos
animos, ſuſpenſos de la eſperança, y
miedo de aquel ſuceſſo, el Caualle-
ro Frances prouocador, que venia ſo
bre vn corpulento y animoſo caua-
llo, ſiẽdo el de forma no menos diſ-
pueſto, ſe moſtrò ricamente armado,
à los ojos de amigos, y enemigos, q̃
todos conformes celebraron ſu ga-
llardo brio, y concibieron los vnos
miedo, y los otros eſperança de que

auia

auia de conſeguir la vitoria. Empeçò à eſcaramuçar con mucha deſtreça, y quando las trompetas de entrambas partes querian tañer, para que ſe acometieſſen, haziendoles el ſeñal, para q̃ callaſſen, ſe plantò en medio, y poniẽdo la lãça de modo q̃ ſe arrimò à ella en el dieſtro braço, auiendo leuãtado antes la viſera, y deſcubierto vn roſtro digno de reſpeto por ſu agradable hermoſura dixo: Caualleros Eſpañoles, Napolitanos, y Franceſes, que aueys de ſer fieles teſtigos de eſte ſangriento ſuceſſo, ſabed, que la cauſa que me ha hecho ſolicitalle, mas nace de honrada ſatisfacıó, que de ſangrienta vengança. Como voſotros defendeys la vida de vn aleuoſo, q̃ los vmbrales del Palacio de ſu Principe violò con la ſangre de

vn

vn hõbre illuſtre, ſin preuenille primero para la defẽſa? ya que la muerte ſea juſta, podreys abonar el modo? y dexar de reconocer, q̃ yo q̃ heredo en la hazienda del difunto tanta vtilidad, le deuo tambien ſuceder, o en ſu deſdicha, muriẽdo à manos de eſte, o en ſu valor, matandole como el lo hiziera, ſi le hallara auiſado. Confeſſar me deueys, que ſin injuriar ſu fama, le pudiera auer quitado la vida, y no que quiſo enſangrentarſe aun en lo mas precioſo. Eſto ſolo ſiento (porque la mucha juſticia que acompaña mi cauſa me aſſegura la vitoria) que aya de morir en las manos de vn Cauallero tan illuſtre como yo, y en vn palenque, el que ſe deuia à las de vn verdugo, y en vn cadahalſo. O los que me eſcuchays ſoys piedras, o yo

no

no tengo razon, y ſi entrambas coſas ſon falſas, grande es mi infelicidad, pues todos no tomays, como propia, eſta cauſa, q̃ mirays, con ojos de agena. Mas que importa, que los hombres eſteys en eſte juyzio engañados, como las mas vezes acontece, ſi el tribunal de el cielo, ſuperior à los de la tierra, preuiene en mis manos al delinquente el caſtigo, y en las ſuyas el deſus injuſtos defẽſores. Muera, muera el autor de eſta injuria, y el golpe de mi eſpada à vn miſmo tiempo derribe ſu cabeça en la tierra, y leuãte la fama de el difunto haſta el cielo, dõde repoſa. Aqui dio fin, y baxando la cabeça hizo corteſia à los dos eſquadrones, y luego calando la viſera enriſtrò ſu lança, y haziendo roſtro à ſu contrario le prouocò, que ſalio con tan-

tan tos brios, que al primer enquentro le entregò à la tierra vergonçosamente, y apeandose, para dalle el vltimo castigo, le hallò ya en pie, y cõ la espada desnuda, mas fue tan mal afortunado, que puso poco tiẽpo en duda la vitoria, porque rõpiendosele la espada en el escudo de el cõtrario, que arrojò la suya, por no estarle en nada auentajado, se abraçarõ los dos valerosamente, donde à pocas buel-tas, don Alonso, que era vn Caualle-ro de valientes miembros ahogò al Frances, y dexandole tendido en el suelo, se boluiò à poner sobre su ca-uallo, y auisando al compañero, an-tes que los demas los pudiessen alcã-çar, por traer los dos velocissimos ca uallos, se boluieron à su posada, y se desnudaron entrambos las armas, y

el

el Cauallero Frances juntamente cõ ellas los veſtidos: los eſquadrones eſtuuieron cerca de embeſtir el vno, contra el otro, pero al fin los de el vẽcido recogiẽdo cõ lagrimas ſu cuerpo, aunque entero, y nada deſangrado difunto, dieron la buelta à Frãcia, ſembrando admiraciones, y alabanças de el Cauallero vencedor. Los de la parte de don Alonſo, aſsi Caualleros, como ſoldados, y criados ſe admirauan con mayor razon de el ſuceſſo, y mucho mas por el modo con que auia conſeguido la vitoria, porque ſe les hazia impoſsible, como era verdad, que en vnos braços que auiã rendido tanta ſangre à la obediencia de los Medicos, ſe pudieſſe hallàr tan ſingular esfuerço. De eſto ſoſpechoſos algunos, dieron con lo cierto de

el

el caſo, pero la voz comun (que mas por la apariencia, que por el diſcurſo ſe rige) quedô engañada, creciendo cada dia (aſsi en los que yuan en el viage, como en las naciones conuezinas) los aplauſos de Ludouico el Cauallero Frances, oluidandoſe por ellos ya de la eſtimacion, y alabanças de don Alonſo, à quien en la opinió de todos eſtaua muy preferido, lleuando nueſtro Eſpañol eſto con tãta conſtancia, y entereça de animo, que ſe holgaua, de verſe excedido à ſi miſmo en el ſujeto de ſu amigo (que era otro el) con ſus propias hazañas, pareciendole, que ſiẽdo la gloria de los dos igual (como la pena) en el la poſſeia. Quedò el enfermo cõ la honra que ſe le ſiguio de la opinion de eſte ſuceſſo, tan alentado, y

brioſo, que juzgaron los Medicos por inutiles los beneficios que tratauan de hazelle. Don Alonſo en todas reſoluciones prudẽte, quiſo que ſoſegaſſe dos dias, por no auenturar la ſalud de vna perſona, por quien ſe auia jugado à tãtos trances de la fortuna, y deſpues partierõ con alegria comũ de todos. Aqui recibiò cartas de el Rey, en que le llamaua con toda diligẽcia. Y aſsi le fue forçoſo tomar poſtas, y Ludouico, aunque contra ſu voluntad, hizo lo miſmo, porque no fue poſsible impedirſelo. Los demas le ſiguieron à largas jornadas, que tales ſe les hazian à todos aquellos Caualleros, y ſoldados, que yuan deſſeoſos de llegar à Napoles, Princeſſa de las ciudades de la Europa.

Mue-

Muere Ludouico, en cuya muerte se realça mas el valor de don Alõso, q̃ lo cõfirma, mostrãdose justiciero contra lo mas querido.

EL Rey mãdò, preuenir fiestas por la restitució que hazia el cielo à aquella ciudad de la persona de tã excelente Cauallero. D. Ines fue la primera q̃ se señalò, preuiniẽdo galas, q̃ ya apesar de los emulos le fauorecia en tã publico, por eleccion de su propia volũtad, porq̃ verdaderamẽte le amaua, y no por lisongear à su tio, como lo entẽdia la plebe Napolitana, desseosa de q̃ aquella prenda se ocupasse en vno de los dos Potentados, pretensores. Estraña condicion del vulgo, que quiere arbitrar siempre en la voluntad agena, y atreuiendo-

ſe à lo mas interior del animo de los Principes, hazerſe dueño mas de aquello que le toca menos. El Rey comunicò à don Alonſo materias de grauiſsima importancia, en cuyo conſejo hallò breue reſolucion, y feliciſsimo acierto, y por el ſe acomodaron muchas coſas, que amenazauan ruyna à la paz de Italia, y en ella à todo lo mejor de la Europa, que es la Chriſtiandad. Llegò à eſte tiempo toda ſu familia, donde quedandoſe con los criados neceſſarios, ſatisfizo à los demas tan liberalmente, que aſsi ellos, como los ſoldados, lleuaró alabanças de ſu virtud. El Rey por ſu interceſsion, y obligado de ſu abono hizo à Ludouico muchas mercedes, y fauores, de que el Pueblo le juzgaua merecedor por ſu comũ agrado,

aun-

aunque deſpues le tuuieron por algo ſoſpechoſo, por verle comunicar con vn Florentin muy en ſecreto, hombre de auilidades, aunque ſutiles, no muy ſeguras, y en aquella Corte mal opinado. Retiroſe de ſu platica, porque don Alonſo le dixo, conuenir aſsi, pero ya fue tarde, por eſtar hecho el daño. A pocos dias faltò aquel Florentin de la Corte Napolitana, de quien ſe dezia, que debaxo de el nombre de Medico encubria otros eſtudios perjudiciales, ſiendo profeſſor de vn arte ignominioſa al cielo, y ſangriento contra la naturaleza. Experimentoſe con breuedad en la miſma ſalud de Ludouico, porque cayendo luego malo, viſitandole los Medicos de Camara de el Rey, hallaron ſer ſu enfermedad, auerle da

do veneno. Quien pudieſſe auer oſſa do tan torpe culpa no eſtuuo en duda mucho tiempo, porque vn criado de Ludouico, y miniſtro en tan infame execucion de el Florentin, pueſto à tormento por ſoſpechas, confeſſò con breuedad, y murio en las manos de la juſticia con riguroſo caſtigo, aunq̃ por tan graue delito en vano le llamo riguroſo, ſi ninguno es baſtante. El caſo fue, que los deudos de los dos Moſiures, que murieron vno á las puertas de Palacio, y otro en el campal deſafio, deſeſperados de hallar otro modo para ſu vengãça, ſe valieron de aquel, aunque no muy honroſo, remediable. Diſpuſo Ludouico todas las coſas, que tocauan à ſu alma como muy Catolico Chriſtiano, recibiendo los Sacramẽtos,

tos con mucho feruor de eſpiritu, y terneça de coraçon, y vn dia antes de morirſe, embio vn papel al Rey, ſuplicandole, que no le abrieſſe haſta que huuieſſen paſſado veynte y quatro horas naturales deſpues de el muerto, y que eſto fueſſe en preſencia de don Alonſo, y de los demas Caualleros que le acompañaron en la jornada de Francia, y juntamente pedia, que ſu Mageſtad no trataſſe de la ſatisfaciõ de ſu muerte por medio de vengança, porque aunque parecia, auerſe hecho à ſu perſona la ofenſa, por eſtar debaxo de ſu Real amparo, tenia en fin mucha parte la voluntad de el cielo, en cuya obediẽcia el ſe hallaua muy guſtoſo. Que hizieſſe inſtãcia à la Mageſtad Chriſtianiſsima, para que vn hermano ſu-

yo menor, y heredero en ſu caſa, y ha zienda fueſſe introduzido en ella, à peſar de la violencia de enemigos tã poderoſos como eran los ſuyos. Que dos mil ducados de renta que le auia hecho merced ſu Mageſtad por los dias de ſu vida, ſe ſiruieſſe de que los gozaſſe ſu teſtamẽtaria por diez años, para que cõ ſus efectos ſe cumplieſſen ciertas mandas, que dexaua para el deſcargo de ſu conciencia. Aſsi murio con ſentimiento de todos, y mas de ſu caro amigo don Alonſo, q̃ entrandoſe al Rey acompañado de los Caualleros que le ſiguieron en la jornada, que parecia auerlos juntado el cielo, para que ſe cũplieſſe la volũtad de el difunto, dixo: Eſte es el dia, poderoſo Principe, en que igualmen te auemos perdido todos: V. Mageſ-

tad

tad vn fiel criado, estos Caualleros, y yo vn honrado amigo. En qualquier animo, y pecho generoso puedẽ cauer oy las lagrimas de tan justo sentimiento. Varones eminentes en armas, y letras han menguado su numero. Los Sabios se hallan con vn sabio menos, y el mayor, y lo mismo los soldados. Que ingenio para fabricar los ardides y cautelas de guerra! Que prudencia para templar las resoluciones arrebatadas, siendo todo de fuego para la execuciõ de las cõuenientes! Quien vio tanta modestia en tan verdes años? En su juuentud madura experimentamos, que podia auer primauera sin flores y con fruto. En la parte de Catolico ninguno mas abrasado. Vertiera su sangre por defender la reuerencia del menor

Miniſtro de la Igleſia. Frácia feliciſsima, en auer produzido ſiẽpre ardientes eſpiritus para la guerra en todos los ſiglos, no ha tenido Capitan de tan valiẽtes manos, ni de mejor cõſejo. Veſtido de galas y plumas, y diſcurriendo ſiempre con palabras honeſtas y templadas, parecia vn ſoldado Religioſo, y vn Religioſo militar: enſeñandonos aſsi, que no vẽce glorioſamente quien no triunfa con el eſpiritu, y el cuerpo. O deſengaño de la miſeria humana, que todas eſtas partes no baſten para hazerſe vn hõbre inaceſible à la muerte! La ſuya, aunq̃ nunca para mi ſin lagrimas, en gẽdrarà menos, y aun quizà gozo, y vẽciẽdo, ſi huuiera ſido peleando, eſquadrones de contrarios. Hõbres infelizes, ya no me admiro de que vo-

ſotros

sotros, no bien satisfechos de los mu chos ministros que tiene, en los accidentes de nuestra naturaleza la muerte, para acabarnos, ayays aumentado, en vuestra misma perdicion industriosos, el hierro, el fuego, y otros instrumentos manifiestos, contra cuyo peligro muchas vezes se preuiene remedio: pero que permitays introduzir vn verdugo tan sordo, y desconocido, como es el veneno, doctrina fue de algun infernal espiritu! O Señor si V. Magestad le viera, como estos Caualleros, y yo, pelear en aquel desafio tan gallardamente, y conseguir, despues de enfermedad tan peligrosa, vna vitoria tan inopinada, es sin duda que no hallarà camino para el consuelo, y que es mejor auer perdido la gloria

de

de aquel dia por no ſentir la pena de eſte. Mas dixera, y fuera impoſsible, ſuſpender las palabras de vn amigo tan afectuoſo, ſi el Rey no le templara con las ſuyas, para poder cumplir aſsi la voluntad de el difunto, abriẽdo a los oȷos de los preſentes aquel papel que le embio en los vltimos paſos de ſu vida. Que leyendole en alta voz: todos, de lo que contenia, quedaron llenos de grandes admiraciones, porque en el declaraua el modo del deſafio, y el generoſo proceder de don Alonſo, porque como quien ſe moria, quiſo reſtituylle aquella gloria, de que ſe hallaua indigno poſſeedor, ſiendo agena, y que el, aun deſpues de muerto, no le quiſo deſpojar de ella, antes biẽ, como ſe acabaua de experimẽtar, ſela auia buelto à dar de

nueuo

nueuo, honrádole aqui con eloquẽtes palabras lo que allà con valientes obras. Vioſe en el ſemblante de don Alonſo, que le auia peſado infinito oyr aquel manifieſto, y que en vez de vanagloria y ſatisfacion le cauſò pena, y ſentimiento. Crecio cõ eſto ſu reputacion en los animos de todos, aunque à algunos que, quãdo el caſo ſucedio, diſcurrieron bien, no ſe les hizo nouedad. Tratô luego de interceder con el Rey, para que ſe eſcriuieſſe à Francia en fauor de el hermano del difunto, que tuuo efecto, y juntamente inſtò, para que ſe le hizieſſe la gracia à ſu teſtamentaria de los dos mil ducados, por el eſpacio de diez años. Cõſeguidas eſtas coſas, que parecieron ſer las mas importantes, tratò de el entierro, que ſe le diſpuſo

puſo con honroſo luzimiento, y oſtentacion militar, acompañandole muchas compañias de Italianos, y Eſpañoles, que eſtauan en la ciudad con ſus caxas, y banderas. Seguianſe à eſto los eſtandartes de las Cofradias. Luego el inmenſo numero de las Religiones cõ ſus Cruzes. El difunto venia en ombros de grandes Principes en vn ataud muy rico, armado el cuerpo, y deſcubierto el roſtro, à quien rodeauan hermoſo, y infinito numero de luzes, que por auerſe hecho al tiempo que empeçaua la noche, en razon de que el dia fue muy caluroſo, lleuò los ojos, y en ellos las alabanças de todo el pueblo. Seguianſe deſpues todos los Tribunales, y Miniſtros, y lo mejor y mas noble de toda Italia, que en-

entonces concurria en aquella Corte de Rey tan poderoso. Deste modo se llegò à vn Conuento de Religiosos Franciscos, que estaua cubierto de negros lutos. Aqui la Capilla de el Rey cãtò las liciones, y por vltimo honor se depositò el cuerpo en vna de las Capillas mas illustres, q̃ se cõprò para este efeto. Prosiguiose todos los nueue dias siguientes con la misma põpa funeral, hasta el vltimo, q̃ con la celebracio̅ de sus hóras se le dio el postrer vale. Cõ estas obras adquirio nuestro inuẽcible Castellano, titulo de perfecto Cauallero, y amigo, animãdo, y persuadiẽdo cõ su exẽplo en todas partes, y tiempos à la imitacion de generosas virtudes, que los altos renõbres no se cõpran de la voz popular cõ acciones menos illustres.

No

No le desfrutauã menos ſus criados, que ſus amigos, y deudos, hallando en el apacible padre, que los amparaua en todos los peligros, que procedian de cauſa juſta, y no ſeñor tirano y violento, que los auenturaua à las ocaſiones, donde perdieſſen ſu reputacion y credito, dexãdolos deſpues de auer conſeguido ſu guſto, afrentados y pobres: pero queria, que ya q̃ el los tenia en tã honroſa eſtimació, que ſolo merecieſſen, viuiendo modeſtos y templados, ſin dar ocaſió cõ ſus libertades, à tener en aquella ciudad y Reyno quexoſos ni ofendidos, que muchas vezes los que ſon poderoſos en la gracia de los Reyes, aunque en ſus perſonas no tengan partes deſamables, deſpiertan contra ſi el odio del pueblo, por las libertades

que

que amparan en ſus hijos, yernos, y criados, porque no baſta, que den ſatisfacion con ſu vida, ſi no con la de todos aquellos que viuen debaxo de ſu gouierno, y tutela. Eſte aforiſmo obedecia don Alonſo con tanto rigor, quanto ſe dexa bien conocer, de lo que en eſta proxima narracion ſe ſigue. Fue toda ſu priuança vn hidalgo noble llamado Rodrigo de Salcedo, que auiendole ſeruido de page quando niño, era ſu camarero, y mas amigo que criado, haziaſe el merecedor de eſta buena voluntad, por ſer muy ſolicito en el ſeruicio de ſu dueño, y tan atento à las coſas de ſu neceſsidad y guſto, que cargando con ſeguridad don Alonſo ſobre el de ſu familia el peſo, y gouierno, podia vacar à otras coſas de mayor impor-

tancia, como eran las que el Rey siẽpre le encomendaua. Por ser hombre desinteresado, cortès, y muy oficioso, no solo auia conquistado el coraçon de su dueño, si no el de todos los nobles, y plebeyos de aquella Corte, que tambien en las ocasiones publicas de fiestas la alegraua, assi justas, como torneos, en que se mostraua de los mas galanes, fuertes, y ayrosos. En los ojos de las damas era siempre bien recebido, y el se yua con facilidad tras ellos, flaqueza comũ, y puerta de su perdicion y daño. No obstãte que en la Corte, aunque cõsiguio muchas ocasiones de gusto, fue con felicidad tãta, que jamas, ni de padre, hermano, o marido, llegaron quexas à los oydos de don Alonso. Con esto seguia el cada dia mas licencioso, y

osado

oſado ſu inclinacion, que tanto ſon en el mal dañoſos los buenos ſuceſſos, quáto en el biẽ vtiles, porque en elvno animã, y en el otro deſpeñã, y ſuele el cielo tal vez para mayor caſtigo de vn hõbre, no ponelle contradicio en los vicios, porq̃ empeñando ſe mas en ellos, jamas enquẽtre có la puerta de la enmienda, haſta llegar à morir ſin ella, que es la vltima de las deſdichas. Tiene Napoles ameniſsimos jardines, dõde la naturaleza, cultiuada de el arte, es perpetua liſonja de los ojos, (o por mejor dezir) induſtrioſa tirana, que con lo miſmo q̃ los deleyta, los cautiua. Aqui mas benigno el cielo que en otras partes, eſtablece en ſus campos eterna primauera, ſin conocer accidẽtes, ni diferencias de el tiempo, porque para

ellos, todo el año es vn mes de Abril, que los demas meſes ò no llegã alli, ò ſiguen la condiciõ del que es hermoſo padre de las yeruas, y flores. El Conde de Santelmo, ſeñor titulado de aquel Reyno, poſſeia entre eſtas fertilidades vn ſitio, por las plantas, fuẽtes, y pinturas calificado en aquella ciudad, y Reyno, y aun en el demas reſtò de Italia. Muchos podcroſos Principes le ſubieron de precio, y valor para la eleccion de ſu guſto, à quien el Conde jamas dio oydos, reſpondiẽdo, que era ſeñor ſuperior à ellos, ya que no en las riquezas en el animo, pues dexaua con deſprecio lo que ellos dauan con ambicion, ofendiendoſe, de q̃ nadie preſumieſſe de ſi, que era tã rico, que ſiendolo el tambien, le pudieſſe pagar ſu guſto

to,pareciendole, que en el mũdo no ay dineros,para comprar el de el que los tiene, aunque no ſean muchos, y q̃ ſolo el de el pobre es vendible, por ſer ſugeto, en quien ha de tener mas vezes lugar la neceſsidad de el cuerpo,q̃ la eleccion de la volũtad. El Cõde que era,como ſe vee por eſtas razones, muy entendido, amaua ſin otros fines,mas que la eſtimacion de ſus partes perfectas à don Alonſo, y tanto,que le forçò, aunque ſe reſiſtia à recebir por dadiua de buena volũtad eſte jardin, deſuaneciẽdoſe mucho el Conde, de ver, que auia dado ſu guſto por ſu guſto, con que dezia no auelle enagenado, ſino paſſadole de vn ſugeto bueno à otro mejor, porq̃ antes guſtaua de poſſeer aquellas fuentes,y flores, y entonces mu-

cho mas, de que ſugeto mas digno las poſſeyeſſe. Propia acciõ de la nobleza Napolitana, que en todas ocaſiones generoſa, y liberal reſpládece, para cuyas alabanças faltan brios, y aliẽtos à la pluma de el mas eloquẽte eſpiritu. Fue neceſſario, para que don Alonſo recibieſſe eſte jardin, no ſolo tener licencia de el Rey, ſino preciſo mandato, que el Conde ſolicitò, y el Rey dio con mucho guſto: deſuaneciendo con eſto las murmuraciones de el vulgo, que ſiẽpre emplea ſus ojos en cẽſurar las acciones de los fauorecidos de los Principes, y recibe con enojo los aumentos de ſu fortuna, aſsi en la hazienda, como en la autoridad. El dia pues que don Alõſo huuo de recebir aquella amena dadiua, y tomar poſſeſsion de vn

ſitio

ſitio donde la tierra eſtaua tambien veſtida, y el ayre con tanta ſuauidad alentado. El Conde, que quiſo tambien con el modo, dar tambien à eſte donatiuo la vltima perfeccion, le regalò, ofreciendole en ella vna comida eſplendida, y por vltimo plato entre dos fuentes las llaues de aquel jardin. Eſtas las traìa vna muger de diez ocho à veynte años, veſtida en habito de labradora, y hija del caſero, nacida y criada en el propio lugar, por mayor honra de el miſmo, pues no ſolo engendraua plantas de belleza inanimada, ſino aquella cuya hermoſura era inmortal, y diuina. Hizo ſu ofrecimiento con mucho agrado, y ſuauidad, que don Alonſo recibio con grande corteſia y gentileza, pues tomando las llaues de la

fuente, y quitandose vna cadena de oro que lleuaua al cuello, la puso en la de Laura, leuantandola de el suelo, y ofreciendola, para lo de adelante, à ella, y à sus padres largas mercedes. Al tiempo que ella yua à salir, Rodrigo de Salcedo entraua con vnos despachos para su dueño, y detenido de tan singular perfeccion, entretuuo la vista en ella mas de lo que conuenia, dexandose acometer, y rẽdir de sus ojos, pudiendo auerse retirado al primer golpe, y escusar el entregarse, antes que armada segunda vez le sugetara con fuerça poderosa. Passò adelante Rodrigo bien contra su voluntad, y besando la mano à dõ Alonso le pidio albricias, y luego le entregò vnas cartas de España, que eran de vn sobrino suyo, hijo natural

de

de ſu hermano don Luys, à quien amaua tiernamente. Su nombre don Fernando, y ſus partes, y ſuceſſos las que en el lugar, que les tenemos ſeñalado, diremos. Leyolas el tio guſtoſiſsimo, y mucho mas porque le auiſaua, que tenia licencia del Rey Hẽrique, para venir à velle, diſcurrio con eſta ocaſion con Rodrigo, y los demas que eſtauan preſentes en las coſas de Caſtilla, y principalmente en las de Valladolid, amada de el por ſer patria, y juſtamente por la hermoſura de ſu aſsiẽto, y fertilidad de ſu comarca, tan abũdãte en todos tiempos, de lo que la neceſsidad humana pide, y aun de lo que la ſobra, y no ha meneſter. De Zamora, y Burgos deſpertaron las alabanças dos Caualleros, que de ellas eran natura-

les, que oyò con mucho gusto don Alóso, aumẽtádo razones, à razones, y esforçãdo el mismo su intẽto, y parece, q̃ tenia animo de dilatarse mucho, sino fuera agrauio de la hermosura de el sitio presente, referir *alli* agenas perfecciones, quando las suyas eran tantas, y llenas de tan prodigiosa admiracion. Llegò la hora de boluerse al lugar mas apriessa, que le sucediera à otro, que fuera dueño de su tiempo y acciones, que los que assisten al lado de grandes Reyes, viuen en vna esclauitud, quãto hórada penosa, y vinculan su felicidad en la prisió de su aluedrio, gouernado por ageno decreto. Quiso antes hablar al casero, y mandò, que se le llamassen, diligencia que tomô por su quenta Rodrigo de Salcedo, que mientras

el

el vino à recebir las ordenes de el nue uo ſeñor, ſe quedò con Laura (error grande, refreſcar tan aprieſſa la memoria de ſu vencimiento, para no ſalir jamas de el) dixola con breuedad lo bien que le auia parecido, y quan obligado ſe hallaua de ſus hermoſas partes à ſeruilla, y eſtimalla, y las razones comunes, que en tales tiẽpos ſe ofrecẽ, muchas vezes mas erradas, quanto mas ſe deſſea que ſe acierten. Laura, aunque criada en ruſticos paños, y cultiuada ſolo en cultiuar plãtas, tenia vn ingenio cuerdo, y reconociẽdo con el las burlas de los hõbres, q̃ ſe crian en las Cortes, y Palacios, deſpreciò la platica, y en vez de agradecimiẽto, moſtrãdoſe enojada boluiò las eſpaldas, y viẽdoſe ſeguir de el cõ las razones, y los paſos, alargò los

los ſuyos, y con el motuimiento ve-
loz ſe le cayò vna guirnalda de ro-
ſas, que lleuaua ſobre la cabeça, y en-
cendiendoſe mas las de las mexillas,
quiſo boluer acobralla, mudando
apriesa de intẽto, por verla ya en ma-
nos de Rodrigo, que lleuando la in-
aduertidamente en ellas, encontrò
con ſu padre de Laura, que recono-
ciendo la joya, y admirado que tal
dueño la poſſeyeſſe, engendrò ſoſpe-
chas, y rezelos. Con eſto deſocuparõ
el jardin don Alonſo, Rodrigo, y los
demas que le ſeguian, aunque Rodri
go tã forçado, que ſe quiſiera quedar
hecho marmol de aquellas fuentes,
por no deſamparar ſitio à ſus ojos tã
apacible. Liſõgeole la fortuna el deſ-
ſeo, porque eſtando ya en la mitad
de el camino, ſe le acordò à ſu due-
ño,

ño, que ſe auia dexado ſobre vn bufe te la carta de el ſobrino, que el que-ria enſeñar al Rey aquella noche, y boluiendoſe à Salcedo le dixo: Por tu vida amigo q̃ me perdones, y pues vienes en mas ligero cauallo que todos, me hagas guſto de boluer al jardin, y traerme las cartas de don Fernando, que me las dexè oluidadas ſobre el bufete, y porque no inquietes al caſero que canſado de la ocupació que le auemos dado oy, ſe hallaua cõ reſolucion de recogerſe temprano, y podra ſer, que lo eſtè, quando tu llegues, toma eſta llaue, y ſin llamar à la puerta de ſus apoſentos, abre las de el jardin, procurando boluer con preſteza, que en Palaçio te eſpero en el quarto de el Rey, camina apriesſa amigo, q̃ Dios ſabe, que quiſiera eſcu-

eſcuſarte eſſa incomodidad, y diſguſto. Eſto dixo como quiẽ no ſoſpechaua, quan al contrario lo ſentia Rodrigo, que quando vio aquella llaue en ſus manos, pẽſo, que le auian pueſto en ellas las del Parayſo terrenal, y partio tã veloz, que ſu amo ſatisfecho de ſu diligencia, quedô diziendo mil alabanças de ſu buen ſeruicio, aſſegurando à los circunſtantes, que deſſeaua (y lo auia de procurar) mas que los acrecentamientos propios los ſuyos. Rodrigo llegô al jardin, y con la inquietud que lleuaua hizo tanto ruydo en las puertas, que obligò al Caſero, à ſalir de ſus apoſentos, donde ya eſtaua medio deſnudo con vna eſcopeta en la mano, y encontrando à Salcedo, que ya ſalia le examinò con no poco ſobre-

bresalto la causa de su venida, que aunque le fue contada, como el no auia reparado, en si los papeles se auian quedado, maliciò engaño, y sobre las sospechas precedentes, concibio mayores cuydados, y temores. Salcedo se ofendiò de el enquẽtro, tanto porque le hablò con libertad, y los briosos no quieren, q̃ nadie se les iguale en el corage y gallardia, como porque perdio las esperanças de ver aquella noche à Laura, que ya salia con vna luz à alumbrar à su padre, con que Rodrigo, en medio de aquellos furores, serenò el sẽblante, y procurò con palabras corteses, y blandas, obligar al artifize de tanta belleza, para que le mirasse con rostro menos seuero, diziendole q̃ le auia pesado mucho inquieta-

lle

lle en ſu quietud, y que no lo huuiera hecho ſino fuera por obedecer al dueño de todos, entreteniendo la plática, quanto podia, por deleytar mas ſus ojos en los de Laura, cuyo padre, aũque humilde en fortuna, tenia leuantado el entendimiento, y el animo, y en el ſuceſſo de aquella noche acabô de confirmar ſus zelos, porque le pareciô, que aquellas corteſias, y fauores, dadas por vn Eſpañol, y tan noble, aun Italiano, y tan pobre, fundauã ſu honor en ſu deshonor. Boluio Rodrigo à los ojos de don Alõſo con grande velocidad, procurando ganar en la prieſſa de el camino la detencion que auia hecho en el jardin de el roſtro de ſu eſquiua vẽcedora. Tres dias paſſô ſin vella con anſias, y fatigas inmortales, ſin deſcubrir

cubrir camino al ſoſiego, aunque le buſcaua en todos los entretenimientos, y ocupaciones, que vna ciudad tan opulenta como Napoles ofrece, quando ſu dueño le entregò mas à ſu deſdicha, ſin entender el daño. Boluiô alla con el ſolo, y agradádoſe mucho mas de aquel lugar, por ſer la caſa que tenia, aunque muy curioſa, no del todo capaz, ſe determinò à labrar en ella vn quarto. Con eſta reſolucion partio de alli, y mandando hazer la planta, dio à Salcedo orden que aſiſtieſſe à la obra, poniendo en ella, para que tuuieſſe breue y agradable fin, el cuydado que ſolia en todas las coſas que à ſu ſeruicio tocauan. Quedò con eſtremo gozoſo de la ocupacion, y por ella reſtituydo à la vida, de que ya ſe juzgaua priuado.

El caſero ſe deſagradò, de tenerle tã vezino, mas cõmo haſta entonces no tenia mas fundamento que vnas vanas ſoſpechas, templò ſu mala volũtad, y determinò, ſerle agradable, y viuir cuydadoſo, y aduertido, cumpliendo de eſta ſuerte con el reſpeto y el recato. Rodrigo le hazia regalos, y le abonaua con don Alonſo, para que tuuieſſe particular eſtimacion de ſu perſona, y juntamente valiẽdoſe de el medio de vna labradora, llamada Dorotea, tia de Laura, proſeguia en ſus intentos, poniendo cada dia mayor fuego en ſu pretenſion, pero eſto con tãto arte y ſimulacion, que en lo publico apenas la miraua, por no boluer à eſtragar el animo de ſu padre, y dar ocaſion à perder ſu viſta, y con ella las eſperan-

ças de los de mas gustos, q̃ le prometia la aleuosa Dorotea, aunque entõces le confessaua, que Laura estaua muy desdeñosa, por viuir aficionada de vn mancebo llamado Iulio, que sus padres tratauan de darle por esposo. Preguntauale don Alonso à Salcedo, las vezes que le veia, el estado de la obra, y respondia: Señor, va muy de espacio, aun no se ha puesto la primer piedra. Como tenia relació contraria de otros criados, y no aduertia en las palabras equiuocas, que debaxo de la alegoria de el edificio significauã la passion de sus amores, presumia, que como era tan diligente en todo lo que corria por su mano, aun le parecia poco, lo mucho q̃ auia labrado, y por esso dezia, que estaua en el principio aquello cuyo

fin no ſe moſtraua muy lexos. Hallauaſe Dorotea muy obligada, y deſſeaua, ya que ella no podia reduzir à Laura, à que con volũtad, y ſin fuerça ſe entregaſſe à Salcedo, ponelle en ocaſion, donde le valieſſen ſu diligẽcia, y óſſadia. Conſultoſe entre los dos, y determinaron, que vna noche dieſſe Dorotea entrada al incorregible amante en el apoſento de la caſta, y valeroſa donzella, y que por ſi dieſſe vozes, el tendria perſonas à la puerta, que le defendieſſen al padre la entrada, ſin ofendelle, porque vertiendo ſu ſangre, no ſe aumẽtaſſe delito à delito, y ſe hizieſſe mas odioſo con el ſegũdo, aſsi à los ojos de Dorotea, como à los del Rey juſticiero, y al pueblo vengatiuo. Eſto ſe diſpuſo no con tanto ſecreto, que Laura

dexaſſe

dexaſſe de entenderlo, y auiſar à ſu padre, que retirò à ſu hija al propio apoſento, donde el dormia, y aun no bien ſatisfecho con eſta diligencia, ſe puſo en vna yegua, y entrando en la ciudad, ſe quexò como hombre apaſsionado, y que tenia razon, con mucho brio à don Alonſo, que haziendo lo que pudo, para que ſe ſoſegaſſe, le dixo: Que las perſonas que le truxeron tan falſas nueuas, auian procurado vſurpalle la quietud con tan manifieſto engaño, infamando la perſona de Rodrigo de Salcedo, de cuyas virtuoſas coſtumbres eſperaua el mas templadas reſoluciones. Que ſe boluieſſe à ſu caſa ſeguro, q̃ haziẽdo el lo que le tocaua para cõſerualla en ſu recato y entereça, deſde entonces ſe encargaua de ampa-

falla, y ponia à cuenta de ſu reputacion, las injurias que à la ſuya ſe hizieſſẽ. Que para ſeguridad de q̃ aquello ſe cumpliria aſsi, le empeñaua ſu palabra, y aquella ſortija con el ſello de ſus armas (que ſe la dio ſacandola de el dedo de el coraçon) para que cõ ella le conuenciesſe, ſi fueſſen tã infelices, que ocaſion, de tanto diſguſto para todos, llegaſſe. Que boluieſſe à velle algunas vezes, para dalle cuẽta de el eſtado de eſte negocio, porque ſi ſe confirmauã ſus rezelos, hallando nueuas ſeñales, põdria remedio con tiempo, al peligro que amenazaua à todos. Boluiò conſolado con tales promeſas el padre de Laura à ſu retiramiento, y por hazer de ſu parte todo lo poſsible, apartò à Dorotea, cõ ſer ſu hermana, de el lado

do de ſu hija, auſentandola con ocaſion, que buſcò aparente, pero no tãto, que ella no conocieſſe el origen de ſu deſtierro. Dẽtro de pocos dias, haziendo ſobre eſte caſo auerigua-cion ſecreta don Alonſo, entendiò de otro criado ſuyo, muy confidente de Salcedo, que amaua à Laura, y que ſus deſdenes le tenian impaciẽte, y temerario: quedò aduertido y eſperando, à que viniеſſe vn dia à hablalle, mandando, que ſe retiraſſen los demas, ſolo y con entereza le dixo: Rodrigo, ſi huuieras tenido otro ayo mas que mi cuydado deſde tus tiernos años, en el daño q̃ oy miro en tus coſtũbres, culpara tu deſcuydo. Que infeliz ſerias, ſi la facilidad de tu condicion te deſcompuſieſſe los aumentos, que mi diligencia, y

buena voluntad te ſolicitan. La eſtimacion que yo ſiempre hize de los hombres corregidos en ſus apetitos no puedes ignoralla, pues en q̃ fias, quando te opones à lo honeſto, cebado en lo q̃ tu juzgas deleytoſo? burlas acaſo de mis auiſos y conſejos, ò aun no los ha entendido como ellos ſon, y yo quiero? Que te amo como à hijo, confieſſo, pero el dia que te mirare vicioſo, quedaràs para mi tan deſconocido, que te perſiguire como à cõtrario. Todos los virtuoſos, (aunque yo no me deſuanezco, creyendo de mi que lo ſoy) contrahen conmigo deudo, de aqui veras, que el dia que lo dexares de ſer, acabò nueſtro parenteſco, y empeçò la enemiſtad. Aduierte, y no lo dudes, que de ofenſa, en cuya venganca

ſon intereſados Dios, y los hõbres, me preciarè de ſer verdugo en tu caſgo, y ſu deſagrauio, y no me eſperes piadoſo, quando con tanta razon me vieres enojado. Si fabricas mas edificio, del que yo te ordeno, à la viſta de entrambos cayràs cõ el de tu buena fama (haſta aqui conſeruada) ſin que te valgã lagrimas y ſuſpiros engendrados en tu arrepentimiento. Callò con eſto don Alonſo, y haziẽdole vna reuerencia, ſin reſpondelle, boluio las eſpaldas Salcedo, alterado el animo, y embuelto el ſemblante en vergonçoſas colores. Viuiò algunos dias recatado en ſus deſſeos, mas hallandoſe de ellos mas vencido, quanto mas procuraua ſu templança, y que era fuerça perder la vida, ô lograr ſu guſto, dexando paſſar

algun tiempo con ſimulació, ſin inquietar à Laura con recaudos, para que ſu padre, y ella ſe aſſeguraſſen. Aconſejado, y fauorecido de ciertos amigos de vida inquieta, vna noche, quando con mas deſcuydo repoſauá en la caſeria, ſaltaron pór las paredes, y entrando en el jardin hizieró ruydo, como que tratauan de abrir la puerta de vna galeria baxa, donde eſtauan eſcondidas algunas pieças de ſedas de valor, que don Alonſo queria embiar à Eſpaña. Los jardineros deſpertaron, diziẽdo en altas vozes, ladrones, ladrones, el caſero ſalio al ruydo, y paſſando de ſus apoſentos à otros de enfrente, à buſcar vna eſcopeta, ſin ſaber quien, le encerraró dẽtro. Yua Laura que ſe leuantaua animoſa à ſeguir los paſos de ſu padre, à

veſtirſe

veſtirſe,lo que vaſtaſſe,para no ſalir deshoneſta, y halloſe en los braços de ſu atreuido amante, que robò cõ violenta fuerça,lo que ella auia reſiſtido con tanta honeſtidad y recato. Que apenas logrò los deſſeos de ſu apetito, quando boluio el roſtro,temiendo el caſtigo de el pecado, que tã ſeguro le trae à las eſpaldas. Auia hecho el Rey aquel dia merced á dõ Alõſo de titulo de Marques de Belflor, con muchos vaſſallos,y rentas, para dalle diſpoſicion por todos caminos,cõ que las bodas de doña Ines tuuieſſen mas cierto ſu efecto. Eſtaua el Cauallero tan guſtoſo, que al parecer de los preſentes, nada podia ſucedelle aquel dia, que le deſtemplaſſe el gozo interior de ſu eſpiritu, quando entrò el padre de Laura, que con

con vehementes razones y lagrimas hizo relacion de la violencia hecha à ſu caſa, y à ſu hija, con tã aleuoſa eſtratagema, y pedia, poniẽdole la ſortija de el ſello de ſús armas en las manos, que le cumplieſſe lo prometido. Aſſeguroſe don Alonſo, de ſer eſto verdad, por la cõteſtacion de los demas jardineros, y guardas de aquel ſitio; y partiendo colerico à darle al Rey quenta de todo, traxo vn decreto de ſu mano en que mandaua. Que ninguno de ſus miniſtros de juſticia, trataſſe de caſtigar aquel delinquente, porque el remitia la abſolucion, ò pena de ſu culpa à don Alonſo, en quien cedia, para aquel caſo, toda ſu fuerça, y poteſtad Real. Eſtendioſe la voz por la Corte de eſta orden dada por el Principe, y empeçô à deſcaecer

cer con ella la opinó de el Caualle-
ro Perfecto, porque los diſcuſſiſtas
dezian, que tanta preuencion ſe auia
hecho con animo de librar al ciego,
y deſpeñado amante, y que en aquel
acto a uia confeſſado, ſer hombre de
la miſma naturaleza, y coſtumbres q̃
los demas don Alonſo, bié que mas
artificioſo que otros en encubrir ſus
paſsiones, mientras no era la ocaſion
tan grande como la preſente, à quien
deuian, el ſalir de el engaño en que
auian viuido. Gozauanſe mucho los
Italianos, como poco afectos à la na-
cion Eſpañola, y los Aragoneſes, que
erã muchos los que en aquella Cor-
te aſsiſtian, tambien ſe deleytauã en
eſta ſoſpecha, por ſer don Alõſo na-
tural de los Reynos de Caſtilla, y ſu-
frir mal todas las naciones, que vn
eſtran-

eſtrangero poſſea la gracia y voluntad de ſu Principe. Su padre de Laura en medio de eſtas vanas opiniones eſtaua deſeſperado, y ſe quexaua al cielo de el Rey, de quien con la paſſion hablò muchas palabras libres. Crecio con eſto la confiança en Rodrigo, y aſsi al quinto dia deſpues de auer hecho la fuerça, ſin buſcar mas padrinos, que ſu oſſada, y mal aduertida determinacion, ſalio de donde eſtaua eſcondido, y entrandoſe en la ciudad de Napoles, y luego en la caſa de ſu dueño, pidio audiencia. La reſpueſta fue echalle mano y prédelle, y de alli á quatro horas tuuo auiſo de vnos Religioſos de la orden de ſan Aguſtin, para que ſe preuinieſſe à la muerte, porque auia de ſer dentro de veynte. Turbò eſta voz el animo

mo del mal confiado Salcedo, que buſcò medios de poderoſos Principes, para templar la indignacion de don Alóſo, pero el retirado auia dado orden à ſus Porteros, de que nadie le hablaſſe, có ocaſion de que eſtaua ocupado en ſeruicio de el Rey. Corrian las horas, y los miniſtros de la juſticia hazian las preuẽciones neceſſarias para aquella execuciõ. Rodrigo de Salcedo con tan inopinado ſuceſſo, eſtaua mas loco que deuoto, y ſin ninguna diſpoſicion, por entóces, de poder morir como Chriſtiano. Si ſe acudia al Rey daua por reſpueſta, que la determinaciõ de aquel caſo la auia cometido à don Alonſo, para que hizieſſe lo que juzgaſſe cõueniente. En medio de eſtas confuſiones eſtauan turbados los animos

de

de los amigos de el delinquẽte. Quã-
do llegando el Conde de Santelmo,
que eſtaua fuera de el lugar, en tiẽ-
po tã apretado, que ſolo faltauã dos,
para cumplirſe las veynte horas, viẽ-
do que los Porteros le defendian la
entrada con las razones que à los de-
mas, alçô la voz quexoſo, llegò à los
oydos de don Alonſo, que le pareciò
impoſsible, correſpondiendo cõ to-
do lo que ſe deue à la buena amiſtad,
eſconderſe de tal amigo, y aſsi rom-
piendo con la ley, mandò, que ſe le
franqueaſſen las puertas. Oyò apaci-
ble ſu ruego, y decreto ſeuero. Que
el delinquẽte antes de ſalir de la car-
cel ſe deſpoſaſſe con Laura, y ſalieſſe
luego deſterrado del Reyno. Que à
ella en premio de ſu virtud y honeſ-
tidad hazia merced de dos mil duca-
dos

dos de renta, cõ cargo de alimentar à ſu padre, y ſe los ſeñalò en parte ſegura. Celebroſe el deſpoſorio en la propia carcel, y antes de ſalir deſterrado acudio Laura à los pies de el Marques de Belflor, à interceder por ſu marido, à quien antes auia acuſado como à enemigo. Vertio lagrimas, llamò en ſu fauor los cielos, y moſtrandoſe mas que nunca hermoſa, conſiguiò lo que pedia. Con eſto ſaliò de la priſion libre Rodrigo de Salcedo, y aunque no caſò con muger que le igualaſſe en ſangre, por lo menos limpia, y tanto, que por ella no perderian ſus hijos ningun pueſto honrado. Vltimamente tomò la mano en componelle con ſu dueño doña Ines de Moncada, que le reſtituyò en toda ſu priuança, y embio à

Laura muy ricas joyas y galas. Los diſcurſiſtas que ſe auian precipitado contra la opinion del Cauallero Perfecto, y le deſpojauan de eſte titulo, boluieron, à confirmalle en el con mayor aumento de alabanças y eſtimacion, la de el Rey creciò tanto, q̃ llegò à igualalle con ſu perſona en muchos actos publicos, y la plebe cada dia, mas ſuſpenſa de ſus meritos, aun no eſtaua biẽ ſatisfecha de aquellos premios. El, humilde y obediente à la volũtad del cielo, rindiendole gracias, le reconocia por autor de tan ſingulares beneficios.

Con zelo de la Religion lleua don Alonso embaxada à Alemania, padece injurias en el camino. Llega, y pelea por la Fè, y boluiẽdo à Napoles recibe el premio de tan illustres fatigas.

AVia estado la Christiandad con alguna paz, y las materias de la Religion libres de perturbaciones, quando en las vltimas partes de Alemania sonaron vnos rumores, q̃ pusieron en cuydado al Principe cabeça de aquel Imperio. Crecia el fuego con violencia, y auẽturauase mucho en la dilació de el remedio, porque, si hechaua rayzes en aquella nobilissima Prouincia, no solo era el da-

ño ſuyo, pues ſe deuia temer el demas reſto de la Chriſtiandad, de que en ella no ſe eſtendieſſe alguna veneno-ſa doctrina. Dõ Alonſo Rey de Aragon Principe tan zeloſo de la Fè, como lo fueron todos ſus anteceſſores, y deſpues acà ſus deſcendientes lo han ſido, ſeñalados principalmente en la deuocion de inmaculada Concepcion de la Virgẽ, deſſeaua embiar perſona, que con la autoridad de ſu entendimiento, eſtados, y ſangre, cõpuſieſſe aquellas diferencias, y ayudaſſe al Emperador con dineros, y cõſejo. Reconocio, que nadie como el Marques de Belflor podia, ſer capaz de tanta accion, à quien apenas comunicò el caſo, quando encendido en la obediencia de la Igleſia, y defenſa de la Religion Catolica, ſuplicò

plicò à ſu Mageſtad, q̃ le deſpachaſſe luego. Biẽ quiſiera el Rey que ſe celebraran primero ſus bodas con doña Ines, pero era fuerça, que ſe determinara antes vn pleyto entre ella, y vn primo ſuyo, y los juezes pedian dos meſes de termino, para ſer bien informados de la juſticia de las partes, y eſtudiar ſu voto. Eſperar eſtas reſoluciones ponia à peligro la cauſa de la Fè en Alemania, y aſsi dõ Alõſo enamorado mas de la belleza diuina, que de la humana, ſolicitaua al Rey. Determinoſe à embialle perſuadido de Religioſos ſantiſsimos y doctos. Partio de Napoles con poco ſeguito de amigos, y criados, que por yr mas à la ligera quiſo caminar de eſte modo. Fue en los principios del inuierno, que entrò tan embaraçado

de continuas y poderosas aguas, que por muchos dias se cerraron los caminos, porque las crecientes de los rios eran tan valientes, que no hallãdo capaces de su grandeza los estendidos campos, entrauan en las ciudades, à ser ladrones, y homicidas, anegando las personas, y arrebatando hasta los edificios mas fuertes. Passaua por estas incomodidades dõ Alõso con admirable paciencia, y constancia, con ser tãtas, que en vn arroyo bien pequeño se le ahogaron las azemilas que lleuauan su ropa blanca, cama, y vestidos, y dos esclauos de mucho seruicio, porque viniendo mas furioso de lo que se pensô, y creciẽdo derepente, ni se preuinieron, ni pudieron ser socorridos. No obstante estas repugnancias proseguia el

el Marques de Belflor ſu viage con animo valeroſo, y ſe perſuadia, à que deuia moſtrar mas entereza, mientras fueſſe la contradicio mayor. Soſegoſſe algo el tiempo, deſpues de auer llouido los meſes de Deziembre, y Henero, y de el de Hebrero alguna parte. Salio el ſol, à cumplir los deſſeos de los hombres y plãtas, que ya deſeſperados no creyeron boluer à gozar la piedad de ſus lumbres. Cõ eſto ſe empeçò, à proſeguir la jornada cõ mas brio, aunque los caminos eſtauan de modo, que ſe padecian no menores fatigas. Perſeuerò la bonãça de el tiempo, y los rios reconocieron ſus margenes, diſponiendo los ayres de Março los campos, para ſer piſados con menos peſadumbre. Libres de tanta perſecucion ſe alenta-

uan los caminantes, y oluidados de las passadas ofensas, gozauan la quietud presente, sin rezelar nueuos peligros, pero el cielo, que examinado la constancia de el animo de don Alonso, queria calificar mas su virtud por este camino, le puso en no menores miserias, y fue, que al salir sus criados de la raya de Italia, les acometieron vnos vãdidos à despojallos, y porque les hizieron resistẽcia, anduuieron tan crueles, que hallandose dueños de la vitoria, por ser superiores en numero, a ninguno dexaron con vida. Solo don Alõso gozô de este priuilegio, porque les puso respeto su venerable y apacible semblante, y su Capitan, aunque no se determinò, quiso reconocelle, por auer le hecho vn gran fauor en Napoles

poles, y en duda de ſi era el, ò no, le dio libertad, y dineros, diziẽdo. Agradece tu vida, no à mi piedad, ſi no à tu roſtro, en quien traes la imagẽ de vn Cauallero Eſpañol, à quiẽ, como à deidad reuerencio, y temo. Pudiera la calamidad preſente rẽdir el eſpiritu de qualquier Cauallero, que puſiera ſu confiança en los bienes, y hazerle, que deſeſperando de boluer à verſe jamas en proſpera fortuna, aun tiẽpo, ò deſmayara en el intẽto, ò acabara con la vida, y la paciencia, porque hallarſe en tierra tan eſtraña, y deſconocida ſin las cartas de ſu Rey, que tambien fueron parte de el robo, en vn eſcritorio donde yuan otros deſpachos, y papeles, y juntamente ſin teſoros, y criados que autorizaſſen ſu perſona, era, aucrle im-

posſibilitado de hazer ſu embaxada, y mucho mas con la voz que corriò luego, que ſu perſona auia ſido tambien muerta, de donde podia temer, que ſi llegaua al exercito Imperial, que eſtaua de alli ſeſenta leguas, con intencion de ſer eſtimado por ſi miſmo, le tuuieſſen por alguñ hombre, que, aprouechandoſe de la ocaſion, formaua aquel embuſte, pues no ſeria nueuo en el mũdo eſte modo de engañar à los Principes. De mas de eſto ſentia infinito, boluerſe à Napoles, ſin auer hecho alguna coſa illuſtre en ſeruicio de la Religió, por cuya cauſa auia renunciado el ocio, y aplauſo de aquella Corte, donde por ſingular prerogatiua de el cielo, con con ſer el mas poderoſo, era el mas querido. Porſiò en eſte penſamiento

mu-

muchas horas, y vltimamente se re-
soluio à seguir la jornada, diziendo,
que no en vano auia puesto Dios pie-
dad en las manos de vn hombre tan
sangriento, y que sin duda le guar-
daua para alguna cosa grande en
aquella ocasion. Este parecer eligiò
por el mas acertado, que haziendo
mucha fuerça en su entendimiento,
le lleuò alẽtado y gustoso, hasta dó-
de el exercito Imperial se alojaua,
que opuesto al de vn Principe Potẽ-
tado de el Imperio, cuyo nõbre por
justos respetos se passa en silencio,
venia à castigalle, porque con su am-
paro se atreuia vn hombre de mayor
osadia, que letras, à sẽbrar vna nueua
barbara, y poco Catolica doctrina,
podiase rezelar, que el caso no su-
cediesse al reues, porque ayudado de
el

el Turco con dineros, auia formado vn campo de gente mayor en numero, y mas exercitada en la milicia que la de los Imperiales. Mas ellos fiados en el cielo, cuya cauſa defendiã, eſtauan esforçados, y animoſos. Don Alõſo hallò las coſas en eſte eſtado, y tan diſpueſtas, que otro dia por la mañana ſe auia de acometer al enemigo, quiſo beſar la mano antes al Emperador en ſu tiẽda, y buſcô medio, para hazerlo, ſin que paſſaſſe de aquella noche, y pueſto à ſus pies illuminado de el cielo (que en el hablaua entonces) dixo, ſiendo ſuyas la voz, y las razones: Ceſar, quando no illuſtrado por otras empreſſas, por eſta ſolo digno de alabança, pues en la defenſa de la cauſa juſta, aunque la vida ſe pierda, viue la memoria del

loable

loable intento, yo ſoy vn Eſpañol noble, que ſin mayor interes q̃ verter mi ſangre, por lo defenſa de la Religion, he venido deſde Italia, donde eſtaua en ſeruicio de el magnanimo Principe don Alonſo Rey de Aragon, y Napoles, à tu exercito, bien que deſpreuenido de armas, porque no entendi, que la ocaſion de el pelear eſtuuiera tan vezina. Mi zelo merece, que ſe me den de tu mano, que yo me ofrezco de matar, ô prender mañana por mi perſona, la del Principe enemigo, que ciego en el alma ſe opone à la verdad Catolica, ò morirè tan vengado, que ni à los contrarios les quede gloria, de auer me muerto, ni à mis parciales laſtima de la perdida de el que tan liberal ſe entregò à la muerte por ſu defenſa

fensa. Las personas, que assistian al lado de aquel Monarca, juzgaron la promesa arrogancia Española, mas el sintiendo con juyzio desapassiona do y sano, que de la bondad de el ani mo de aquel Cauallero se podia es perar felicissimo sucesso en tan illus tre assunto, ordenò, que se le diessen armas y cauallo, de las mejores que huuiesse en su tienda para su Impe rial persona, y juntamente con pala bras, y obras le agradecio tã valero sa, y importante oferta, y le animò para la execuciõ. Mandò, que aque lla noche fuesse hospedado, dõde la passasse con gusto, y comodidad, y à la mañana quiso que oyesse Missa à su lado, y refrescalle luego, como lo hizo, la obligacion en que el propio por su voluntad se auia puesto. Don Alonso

Alonſo oyendo la ſeñal, que haziã los trompetas, para que ſe acometieſſen los exercitos, à ſemejante exortacion reſpondio con las obras, arrojandoſe entre los enemigos intrepido y gallardo, ſiendo el primero, que empeçò à herir en ellos. Siguieronle los del campo Imperial, imitadores de ſu reſolucion valiente: pero como los contrarios fueſſen mayores en numero, y en el arte militar auentajados, puſieron la batalla en el vltimo trance. Eſtaua don Alonſo deſconſolado, quando viẽdo vn Cauallero de gentil diſpoſicion, y lucidiſsimas armas, le parecio à caſo (ſiẽdo aſsi) que aquel deuia ſer la cabeça infiel de aquel exercito profano, y cerrando con el le matò, à peſar de muchos, que llegaron à defenderſe-

le

le, nombrandoſele, y diziendo, antes le prẽdas, que le mates. Con eſto corriò la voz por el campo, que empeçò à retirarſe con vergonçoſa perdida, dexando en poder de los Imperiales muchos deſpojos, y el cuerpo de ſu Principe difunto, que hallãdole aun antes de eſpirar, y de modo q̃ pudo confeſſarſe, ſe reduxo à la Igleſia: y dio fin à ſu vida con demoſtraciones de verdadero Catolico. Con ſu muerte pudo ſer preſo con facilidad el nueuo ſectario, que murio obſtinado con caſtigo publico, ſin dexar aun criados dicipulos de ſu falſa doctrina, fauor grãde q̃ hizo Dios à ſu pueblo fiel, en que tã preſto pereciesſe, el que le amenazaua, y los q̃ ſeguian ſus ignorancias, y errores, haziendo inſtrumento à don Alonſo,

ſo, para que en eſta vida empeçaſſe à gozar alguna parte de premio de ſu Chriſtiano zelo y heroycas virtudes. Quiſo ſaber el Emperador, quien era aquel Cauallero Eſpañol, y como no pareciesſe tan preſto, porque auia quedado con algunas heridas, juzgò ſer algun Angel, haſta que teniendo mejor razon del eſtado de ſu perſona, mandò, que ſe le acudieſſe como à la propia ſuya, retirandole al pueblo mas vezino, donde mejorando dentro de breues dias, fue à rendille las gracias. Entendio de ſu relacion quien era, y los ſucesſos eſtraños de ſu viage, admirando entóces menos la hazaña, por la grande opinion que de ſu perſona ſe tenia. Aſsiſtiole haſta que eſtuuo bueno, y dandole joyas, y gente que le acompañaſſe, le embio à

Napoles con cartas para el Rey don Alonſo, y en ellas le referia el caſo, y abonaua con ſingulares alabãças ſu perſona. Entendio don Alonſo en el camino, que le conuenia dar prieſſa à ſu viaje, y aſsi tomò poſtas en las vltimas jornadas. Auiá ſe eſtendido la nueua de ſu muerte por todo el mũdo, y lloradoſe en Eſpaña, y mucho mas en Napoles, cuyo ſentimiento, juntandoſele otras cauſas no menos graues, puſo al Rey don Alonſo en vna enfermedad tan cuydadoſa, que los Medicos le temieron. Dezia el Rey, que ninguna coſa le daua tanto cuydado en aquella partida, como auer dilatado, por ſus particulares fines, las bodas de doña Ines, que hallandoſe ſin ſu amparo, y prenda de tanta codicia, rezelaua, que cayeſſe

en

en poder de algun sugeto, que ni tuuiesse partes para merecella, ni conocimiento para estimalla. O ruegos de algunos Religiosos sieruos de Dios, ô el no conuenir para el bien de la Christiandad, que aquel Principe, q̃ tanto la amparaua, faltasse entonces, le restituyeron à la salud con gozo general de España, y Italia, dõde era amado. Tratò luego, porque no le cogiesse otra vez la muerte con esta inquietud, de elegir persona, que acõpañasse la de su sobrina despues de sus dias, con satisfacion de sus Consejeros, y vassallos. Ella se resistia diziendo: Que aun tenia muy presente la memoria de el Marques de Belflor, de quien aun con entera certidumbre no se sabia, si era muerto, ò perdido, y que hasta que esto le consta-

taſſe por teſtimonios autenticos, y fidedignos, no trataria de elegir eſtado. Los pretenſores hizierõ muchas prouanças de la voz comun, y de lo que auia declarado vno de los vãdidos, que murio enrodado en Milan. Ofẽdioſe mucho de tã apretadas diligencias aquella ſeñora, y por igualallos à todos en el caſtigo (que era lo que podia hazer, lo que en el premio, no, porque auia de ſer de ſolo vno) ſe determinò à entrarſe monja Deſcalça, fundando vn Conuento para eſto ſolo. Mas viendo, que aun la perſeguian con mayores veras, mudô parecer, y por no eſperar à lo que auia de tener tanta dilacion, hizo eleciõ de vno de los mas illuſtres, y truxo Bulla de el Pontifice, para q̃ el miſmo dia que entraſſe, pudieſſe

hazer

hazer profesió. A todos los Principes de Italia les pessaua, y el Rey no tenia gusto en ello, pero à los que le acusauan, porque no lo impedia, respondia, diziendo: Que el no auia de oponerse à las vocaciones diuinas. Solo don Iuan de Moncada primo de doña Ines, y heredero de sus grãdes Estados, entre tãtos tristes mostraua semblante alegre, porque auiẽdose visto desesperado de conseguilla en matrimonio, se consolaua, ya q̃ le faltaua la hermosura de la persona, con la riqueza de el hazienda. El dia que estaua determinado, el Rey, por vltimo honor, acompañado de muchos Principes de Italia, y de España, parte de ellos señores libres, parte vassallos de otros Principes, y la mayor de los suyos, vino al quar-

to de doña Ines, para yr con ella en publico al Conuento, donde aula de recebir el habito. Todos los preten-sores burlados fueron vestidos de luto, y sus parciales, y criados, siendo tantos estos, y tan illustres, que parecian, quando se juntaron à la puerta de Palacio, que estauan alli, para el entierro de alguna persona Real. El pueblo, ò la mayor parte se àuia congregado alli todo con admiracion, dudoso de aquello mismo que esperaua ver, pareciendole imposible, q̃ vna señora illustrissima en sangre, tierna en los años, admirable por la belleza, y poderosa en riqueza y Estados, lo renunciasse todo por vn sayal pobre, ignorante de los tesoros que en el se encubren. Doña Ines entrò en vn coche negro, en habito de viu-

da

da, afirmando, que en su opinion lo era del Marques de Belflor, porque entre las personas de tanta calidad como la suya, para que los matrimonios se diessen por hechos, bastauan los contratos, aunque no se llegasse à la consumacion vltima. Todos estos eran efectos de la melãcolia, engendrada en su animo desde el dia q̃ llegò la nueua de la muerte de don Alonso. Entre tanto luto, y lagrimas solo don Iuan vino cubierto de luzidas galas, seguido de muchos criados, que imitauã el ornato de su dueño. Llegò à la puerta de Palacio en vn cauallo brioso y saltador, al mismo tiempo que su prima acabaua de entrar en el coche. Caminaron puestos en orden, lleuando de el coche los dos lados, el derecho el Rey, y dõ

Iuan el izquierdo, hallandó por todas las calles tãto pueblo, que era dificil rompelle la guarda. Quando al entrar por la miſma calle, dõde eſtaua el Conuento, ſe encontraron con don Alonſo, y ſu gente, que auiendo tenido aquellas nueuas de la reſolucion de doña Ines aquella mañana, venia fatigando las poſtas. Los vnos ſe embaraçaron à los otros. Pero don Alonſo gallardo rompio por entre las guardas, que reconociendole, alegres le dieron lugar. Llegò al Rey cõ grãde rumor, y gozo de el pueblo, q̃ ya ſe auia anticipado à pedir las albricias. Recibiole en ſus braços à la meſma porteria del Conuento dõde acabaua de apearſe, y entendiendo de ſu relacion con breuedad los varios ſuceſſos de ſu fortuna, y de las cartas de

el

el Cesar la empressa illustre de su animo, y el feliz vencimiento, boluio à renouar los fauores en presencia de aquellos generosos Principes, que celebrauan la ossadia de el intento, agradeciendo al cielo vn fin tan glorioso. Doña Ines honesta, y graue disimulò parte de el gusto, que en velle auia tenido, aũque le dio el parabien de su venida risueña y agradable. Con esto boluiendo el Rey à ponerse en su cauallo, y mandando, q̃ al Marques de Belflor se le diesse otro, sin que doña Ines se apeasse, pues ya, teniendo presente al que ella daua nõbre de marido, no era necessario, ordenò, que en la misma forma, y ordẽ, que se auia venido, se diesse à Palacio la buelta, dõde queria, que luego aquella propia noche se celebras-

ſe tá deſſeado deſpoſorio. Diſparoſe la artilleria de los caſtillos. Todas las campanas de las Igleſias ſe tocaron con tanto gozo, que apenas ſe eſcõdio la luz de el ſol, quando la ciudad llenà de luminarias parecia arderſe, haziendo los Caualleros ciudadanos vna maſcara mas luzida que coſtoſa, porque el breue tiempo no dio lugar à preuenir adornos de mayor precio. Doña Ines mudò el luto en ricas galas, y el Rey las viſtio aunque anciano. Don Alonſo entrò acompañado de todos los nobles, que traìan hermoſo aparato de riquezas en ſus perſonas. Solo dõ Iuan de Mõcada, por diferẽciar de los cõmunes ſentimiẽtos, viſtio luto, à quien el Rey enojado, y ofendido del atreuimiẽto, mãdò ſalir de Palacio. Celebroſe el deſpo-

posorio, asistiendo el Arçobispo de la ciudad, y luego despues de el se siguio vn sarao. Embio el Rey la cena à los nouios, y no se hallò en ella, por no ponerse en ocasion, de hazer algũ exceſſo, que le costasse la vida, dando à aquella ciudad tras vn dia tan alegre otro lleno de tristeza y lastima. El dia siguiente las compañias de acauallo escaramuzaron delante de la casa Real, y todos los oficios publicos cerraron sus puertas, sacando cada dia cada vno diferente fiesta en competẽcia de los demas. Todos los señores libres de Italia, y los que los querian competir en grandeza, embiaron á visitallos, haziẽdolo mismo, aunque mas tarde, los Potentissimos Monarcas, Aleman, y Frances, por la voluntad y aficion que tenian

al

al Cauallero Perfecto. Mãdò el Rey, que ſe publicaſſe vn torneo para dẽtro de quinze dias incluſiue, y el Marques de Santelmo, fiel amigo de el de Belflor, y participe de ſus proſperas fortunas, ſe ofreciò à mantenelle; preueniendo lo neceſſario cõ mano liberal. En tãto que eſtas coſas ſe diſponiã. Geronymo de Oria Cauallero nobiliſsimo de Genoua, y general de la armada de aquella Señoria, tan feliz y valeroſo ſobre las ondas, que ſu nombre ſolo auia pueſto miedo à la potencia de el Turco, hallandoſe obligado de los meritos de tan fieles amantes, y en particular de los de dõ Alonſo, à quien confeſſaua, deuer amiſtad, y buena conreſpondencia, dos noches deſpues de aquella que ſe ocupò en la celebraciõ del deſpoſo-

rio

rio, hizo con ſus galeras vna fieſta en la mar, llena de tãtos fuegos, y luzes artificiales, y muſica de varios inſtrumentos, que quando llegò el ſiguiẽte dia, con ſer muy hermoſo, ni parecio agradable, ni apacible.

La fieſta del torneo ſe haze menor por cauſa de vnas diferẽcias. Componelas don Alonſo, y deſpues conſigue vna feliz vitoria de los Turcos.

EL dia ſeñalado para el torneo ſe dilatò algunos mas, porque amaneciò lluuioſo, y los que deſpues ſe le ſiguieron, con que ſe dio mas lugar à las preuenciones de las galas, y pudieron llegar à tiempo los que de fuera venian, para que la fieſta quedaſſe

daſſe cumplida, porque no es la menor parte en los regozijos publicos, la concurrencia de mucho pueblo, que en voz conforme, y grande los ſolemniza, aumentando el animo de los actores, que ſe encienden con vanagloria de tanto aplauſo. Saliò el Marques de Santelmo bien acompañado de inſtrumẽtos, y paſſeò las calles de la ciudad. Encontroſe junto à Palacio con don Iuan de Moncada, que haziẽdole corteſia no le correſpondiò, antes paſsò graue y ſeuero. Reparò en ello el Marques, y creyò, que yua diuertido, como quien eſtaua tan poco guſtoſo, y paſsò adelante, ſin detenerſe mas en aquel diſcurſo. Vno de los que le acompañauan lo notò, y ſe lo dixo, con que le pareciò, que le corria obligacion de aueriguar

riguallo,que muchas cosas se hazen, mas por cumplir con el respeto de los terceros, que por el sentimiento propio. Despidiò la gẽte,que le acõpañaua,dandoles orden que le esperassẽ à la puerta de su casa, assegurãdoles,que dentro de vna hora bolueria,y partiô solo con aquel amigo, à quien le pareciò, que era forçoso dar satisfacion,en busca de don Iuan,para ponelle en nueua ocasion,y conocer en la segunda el intẽto de la primera. Hallole mas presto de lo que pensô,y repitiẽdo el Marques la cortesia,don Iuan descontẽto le boluiò las espaldas,obligãdole,à que cerrasse cõ el,y le dixesse algunas palabras quexosas, pero templadas,y no de el todo prouocadoras à disgusto,pidiẽdole por ellas, le diesse las causas, y fun-

fundamentos de tan imprudẽte nouedad. Don Iuan reſpondiò, que el no eſtaua en tiempo tan guſtoſo, que ſe le pudieſſen cenſurar con tãto rigor ſus acciones, obligandole, à que dieſſe ſatisfacion de ellas, pero que entendieſſe, que aquella ſequedad, ò deſcorteſia, ſi el queria, que ſe llamaſſe aſsi, no auia ſido, hazerſela à ſu perſona, à quien ſiempre tratò cõ el reſpeto, y veneracion que era juſto, ſino à quien el quiſiera ofender en materias de mayor importãcia, y conſideracion. Apretò con eſto las piernas al cauallo, y fueſſe à paſos largos, y deſcompueſtos. El Marques quedò mas ofendido de el modo de la ſatisfacion, que de la miſma cauſa, por quiẽ ſe la auia pedido, hallando en el deſagrauio mayor el agrauio, pero viẽ-

do

do,que era ya hora de yr al puesto,y que se dezia,que esperaua la persona Real,passandose por su casa; y lleuãdo consigo à los que estauan aguardando, fue lleno de pesar,à dar principio al regozijo publico,ofrecioseie otra vez don Iuan, y lleno de colera, no pudiendo el Marques refrenarse, aunque estaua à los ojos de el mismo Rey, hizo fuerça en que le hablasse mas claro. Respondiole,para que yo os desprecie, vasta saber,q̃ soys amigo de el Marques de Belflor, y no es menester nueua causa. Entonces poniendo mano à la espada el de Santelmo, dixo: Los agrauios propios suelo lleuallos con mas tolerancia, pero aquellos,que se hazẽ à los amigos,castigo en qualquier parte, y lugar donde llego à tener conocimiẽ-

to de ellos. Don Iuan le hizo roſtro con muy buẽ animo, y ſi en otra parte huuiera ſido el encuentro, donde eſtuuierã mas ſolos, dos Caualleros de tantas obligaciones, paſſara peligro la vida de vno de ellos, ò la de entrambos. Pero como alli ſe puſieſſen de por medio tãtos, y principalmente el Capitan de la guarda de el Rey, que con ordẽ ſuyo llegò à prẽdellos, de ninguna de las dos partes ſe vertio ſangre. Quiſo el Rey tener mas entero conocimiẽto de la cauſa, y entendiendo auer ſido ſu ſobrino el prouocador, y ſin razõ; ofẽdido de q̃ à ſus ojos tuuieſſe tãtos brios, y rezeloſo mas, de verlos en vn hõbre q̃ tenia ſangre Real, porq̃ los tales ſiẽpre ponen mayor cuydado à los Reyes, le aprifionò luego en vna torre,

y al

y al Marques dexô libre, y le mãdò, q̃ empeçaſſe la fieſta, conſiderando, lo yno el no eſtar culpado, y lo otro, q̃ de aquel modo ſe hazia amable à los Napolitanos, porq̃ no era prudẽcia, deſpertar odios en los miſmos, en quiẽ fundaua vn nueuo Imperio, à peſſar de las armas Frãceſſas. La fieſta ſe empeçò tarde, y ſe acabô tẽprano, porque muchos amigos de don Iuan ſe retiraron de el pueſto, eſtando ya en el, para entrar en ellas: eſtos por la inobediencia tambiẽ fueron preſſos, porque en opoſicion de la voluntad Real no ha de auer parcialidades. Quiſo el Marques de Belflor moſtrar en eſta ocaſiõ ſu animo libre de paſſiones como en todas, y aſsi intercediò con el Rey, para que le dieſſe libertad como lo hizo. Tratò de ca-

ſarle cõ la Princeſſa de Sanſeuerino, heredera de la caſa de ſus abuelos, q̃ renunciarõ luego en ella los Eſtados, matrimonio que eſtuuo bien à todas partes: à ellos, porque aunque eran nobiliſsimos, caſauan ſu nieta cõ vn ſobrino de el Rey, y à don Iuan, porque con ella enriquezia, que era lo q̃ le faltaua. Inſtò mucho cõ ſu tio, para que le ocupaſſe en el Virreynato de Sicilia, à que reſpondia: Que erraua la eleccion, poniendo en vn gouierno grãde vn mãcebo de pocos años, y que auia dado mas mueſtras de ambicioſo, que de prudente. Que le dexaſſe paſſar por mas deſengaños, y experiẽcias, para que en ellas ſe perficionaſſe el ſugeto, ſino queria verle perder en vn golpe vn ſobrino tan amado, y vn Reyno tã rico. Que nada

da eſtaua mas peligroſo, que poner por Gouernadores de los Reynos, los miſmos que à ellos podiã tener pretenſiones, dandoles ocaſion, à leuantar el animo à empreſſas, en que los pueblos ſe encendian con facilidad, y cõ dificultad ſe eſtinguiã. Conuẽcieronle à don Alonſo las razones Reales, y conſultoſele para General de las galeras de Napoles, y el Rey refutò la propoſicion con eſtas razones: Que los hombres tan gallardos como don Iuan eran buenos para la guerra obedeciẽdo, y no mandando, porque con la biçarria de ſu animo, intentan empreſſas ſuperiores à las fuerças de ſu exercito, en que las mas vezes pierden ſu vida con la de ſus ſoldádos, y la reputacion de ſu patria y Principe. Que ya q̃ ſe huuieſſe de

ocupar ſu perſona, auia de ſer en la tierra, materia de que tenia mas conocimiẽto, porque en las galeras jamas auia nauegado como ſoldado, ſino como paſſagero deſde Eſpaña à Italia. Que el propio, aunque mancebo robuſto, le auia confeſſado, no tener ſalud, para andar embarcado, demas de que hablaua cõ deſprecio de la milicia de la mar, como aquel que no ſabia, quanto valor era, hallarſe en vna torméta, y pelear contra el mar, y el cielo. Que aquella ocupaciõ ſeria mas apropoſito para el Marques de Sãtelmo, porq̃ de mas de ſer grã marinero, haſta en ſu titulo traìa el miſmo, que ſe inuoca contra las tempeſtades y borraſcas. Don Alonſo quedò muy guſtoſo de q̃ el miſmo Rey eligieſſe para aquel pueſto ſu mayor amigo,

amigo, y agradecido le besò la mano. Publicose esta merced otro dia, acõpañadas de otras muchas en diuersas personas. Viendo, que en ninguna de ellas le auia cauido parte dõ Iuan, concibio de nueuo sospechas contra don Alonso, juzgãdo mal de su animo. Era facil à la credulidad, y y colerico en las resoluciones, pero como estauan los escarmiẽtos passados tan frescos, quiso fundar mas biẽ su quexa, y entẽdiò de vno de la Camara de el Rey, que auia oido todo lo que passò en aquella consulta, los buenos oficios, que con su interces-sion, y ruegos le auia el Marques de Belflor hecho, y se corriô, aun para consigo mismo, de auer presumido mal de tan buen Cauallero, porque don Iuan como era de tan noble san-

gre,quando obraua por ſu propia naturaleza,daua reſplandores de generoſo Principe ; ſino que como mãcebo, y poco experimẽtado ſe auia dexado lleuar los oydos de algunos hõbres,que le ponian en ocaſiones,dõde deſtruia ſu ſalud , hazienda , y reputaciõ. Aduertencia fue para el eſte caſo , y grande eſcuela para deſengañarſe de las preſunciones de ſu facil diſcurſo,y buſcando à don Alonſo,y à ſu prima les viſitò,y rindiò las gracias , dando en ſus razones prendas de hombre prudente , y eſperanças firmes , de que el tiempo auia de labrar en ſu perſona vn ſugeto importante en la paz , y en la guerra. Con ocaſion de venir otras viſitas à doña Ines,ſe retiraron don Alonſo,y don Iuã, y deſpues de auerſe paſſeado

do por vna galeria, que adornada de hermosas pinturas, se hazia mas deleytosa, por descubrirse desde ella por vna parte los mas nobles edificios de la ciudad, por otra sus amenissimos campos, y por otra la mar, entõces poblada de naues y galeras. Don Alonso desseoso, de que don Iuan cõsiguiesse la vltima perfecció dixo: Amigo y señor, de mi propia naturaleza amè siempre los hõbres illustres, y à vos cõ mayor fuerça, por ser la prẽda mas estimada de las dos personas, à quiẽ mas obligacion tengo, el Rey, y mi esposa. Podreys vos auer dudado de esta verdad, porque los ministros de vuestras mocedades han procurado retiraros de la conuersacion de vn hombre de mi experiencia, porque podia desengañaros

de ellos, y de ellas. Piedad de el cielo, abre vueſtros ojos, y en tiernos años os diſpone à la emulació de glorioſos aſuntos, ya es tiempo, que empeceys à dar fruto, ſin que permitays, correr la velocidad de los dias, que quando ſe paſſan, ſin hazer illuſtres acciones, ellos propios nos dexã con verguẽça, de auer venido à verſe en infelizes empleos. Alexandro adminiſtrò las armas caſi deſde la cuna, y gozò en breue vida mas que muchos pereçoſos en largas edades, que vn hombre no viue mas tiẽpo, q̃ aquel que exercita generoſamente, porque el que ſe entrega al ocio, aun es mas miſerable que el que ſe pierde cõ el ſueño. Nobleza es de algunos cãpos, y aun alabança de los cielos, que los influyen, que nunca deſcanſan de ofrecer algo

para

para el ſeruicio de los mortales. Tã-
to es bueno vn hombre, quanto es
prouechoſo para los demas, porque
el inutil ſe haze inferior à las piedras
y à las plantas, que con tantas virtu-
des los ſiruen, y benefician. Miſera-
bles ſon aquellos, y de peor condició
que los irracionales, que en las Cor-
tes de los grandes Principes ſe en-
tregã à la eſclauitud de los deleytes,
y ſolo ſiruẽ de dar à los virtuoſos eſ-
candalo, y à los faciles mal exemplo.
Culpa es de qualquier hombre, no
obrar bien, porque à todos alumbra
la razon para el conocimiento de la
virtud, pero mas en el noble, porque
quando ſigue lo vicioſo, parece, que
huye de ſi miſmo. Animaos, y empe-
çad à dar al mundo luz de vueſtro eſ-
piritu, que nunca llegaron vueſtras
haza-

hazañas (aunque ſean tãtas como yo eſpero)à igualarſe à vueſtras obligaciones. Los hechos illuſtres de vueſtros paſſados no los trateys, como comunmente hazẽ oy muchos nobles, que los refieré, para deſuanecerſe cõ ellos, y no para imitallos, y la licencia de lo que eſtos obran mal, la fundan en lo que aquellos obraron bien. Si boluieſſedes los ojos de eſpacio, à ver quien fueron vueſtros mayores, ò la conquiſta de el mundo, para imitallos, la juzgariades humilde, ò falſo lo que de ellos nos eſcriuẽ las hiſtorias. El Aſia ſabe, la Europa lo celebra, y Africa lo llora; quanto cortaron los filos de ſus azeros, los Reynos, los Imperios, las Monarquias fueron blaſon de ſu mano, y vencimiẽto de ſu eſpada. Sintieró los ma-

res

res el peſo de ſus inuencibles armadas, y la tierra, ocupada de ſus copioſos exercitos, temiò la junta de tantos hijos ſuyos, y auiendo podido producillos, dudaua de ſuſtentallos. Ea gallardo jouen ſeguildos con las alas del coraçon animoſo, y renoua reys en vueſtras obras ſus alabanças, que el tiempo encubre, y la inuidia ofende. Sed poderoſo, para hazer eſte peſar à los años, que intentan eſcurecer la memoria de tan illuſtres hechos, que para ſeruiros, en eſte animo, en eſtas manos ni aura duda, ni pereça, haſta aqui don Alonſo. Suſpenſo, y arrebatado eſtuuo don Iuã de las razones, y de el modo con que ſe dixeron, y encendido de valeroſo corage, quiſiera obedecer luego tan hõradas perſuaſiones. En aquel breue

ue tiempo ſe le repreſentaró los dias perdidos de ſu juuentud, y reduzido à mas alto modo de viuir ; propuſo la enmienda de tãtos inutiles y paſſados errores, con agradecimiento al miniſtro de tan ſeguros deſengaños. Haziendo pues cada dia nueuos eſfuerços en la virtud, ſe acreditaua có ſu tio, y con el pueblo. Muriò en eſte tiempo el Rey de los Turcos. Saludaron ſus exercitos à ſu hijo mayor Amurates por Principe de aquel Imperio, que no oluidandoſe de la tirania antigua, hizo matar à ſus hermanos menores, reſeruando ſolo la vida de vno à quien amò para ſu deſdicha. Eſte llamado Iſmael mancebo de gallardos brios y eſperanças, procurò conſeruar la gracia de ſu hermano, ſiruiendole con fidelidad en

todas

todas las ocasiones, haziendose amable à los soldados, porque era cortès, y liberal cõ ellos. Creciò este aplauso tanto, y con tal libertad y osadia, q̃ puso rezelos en el animo de Amurates, y pessar de auer reseruado vna cabeça entre tantas, para su inquietud. Verdad es, que de la persona de Ismael, y de las experiencias hechas en su animo limpio de ambicion, pudiera assegurarse, pero como cada dia creciessen los fauores populares, y el no pudiesse moderarse en tanto dessasosiego, tomò resolucio̅ de quitarle la vida cõ vn modo encubierto y sagaz, por no reboluer los humores de el pueblo, q̃ tan afecto à sus cosas estaua. Consultolo cõ su Secretario, y determinarõ, que vn dia que Ismael estuuiesse reposando en la misma ca-

ma de Amurates ſu hermano, q̃ llegaua à tanto el fauor, que eſto le ſucedia muchas vezes, le embiaſſe Amurates à ſu Secretario vna ſortija con el ſello Real, para que entre los dos ſiruieſſe de ſeña, y vendria luego cõ vn eſclauo que tenia oſſadiſsimo, y dandole à entẽder, que era otra perſona, haria, que en el miſmo lecho le dieſſe la muerte, y deſpues alçando la voz ſaldria tras el con ſu alfanje deſnudo, y à donde los oyeſſe alguna gente diria. Perro, porque has muerto à Iſmael hermano querido de el gran Señor? y ſin eſperarle la reſpueſta, le meteria tantas vezes en el pecho ſu alfange, quantas fueſſe neceſſario, para ſacar de el mũdo teſtigo tan dañoſo, y que à eſta ocaſion podria llegar Amurates, y haziendo

de

demoſtraciones de mucho ſentimiẽto, ſoſſegar los rumores de el vulgo. Eſto quedò aſsi entre los dos aſſẽtado. Amaua el Secretario à vna eſclaua Griega belliſsima, y ella à Iſmael ſin ſabiduria ſuya. Aunq̃ el Secretario no podia lograr ſus dẽſſeos, por ſer la eſclaua muger de entẽdida y apacible conuerſacion, (ò lo mas cierto) porque à quien ſe quiere bien, no ſe puede encubrir nada, la comunicò el caſo. Quedò la Griega llena de prodigioſo eſpanto, pareciẽdole, que ya tenia en el pecho todas las heridas, que al de ſu amante amenazauan, como las mugeres ſon tan ingenioſas, y mas amãdo, hallò modo, para hablarle, y darle auiſo. Burlò Iſmael de la Griega, creyendo, que por aquel camino queria obligarle à q̃ la corre ſ-

pondieſſe, coſa que ſiempre auia deſpreciado, pero ella deſſeoſa, de aſſegurar ſu vida en la de el (con tanta verdad le amaua) le eſcondiò en parte, donde pudo oyrla diſcurrir con el Secretario en la ſentẽcia de ſu muerte, y el porq̃ ſe hazia, y el modo como auia de executarſe. Saliò aun mas agradecido à la Griega, que admirado de la tirania de ſu hermano, y ya tã amante de ella por eſta obligaciõ, que le ofrecio partir con ella el Señorio de aquel Imperio. Aſsiſtio deſde entonces con cuydado en el apoſento de Amurates, y vn dia que para lauarſe las manos ſe quitò la ſortija cõ el ſello Real, y la dexò por deſcuydo ſobre la almoada en que eſtaua ſentado, la cogiò, y guardò cõ ſagacidad, y haziendo en muy breues

horas

horas hazer otra parecida en todo, la boluiò al propio lugar, donde Amurates la auia dexado, que echandola despues menos, y hallandola en el mismo puesto, donde se la quitô, no concibiò sospecha. Esperaua Amurates desesperado el fin de Ismael, à quien solia pedir, que sosegasse en su cama, y el se escusaua con dezir, que no tenia sueño, ni cansancio que le obligassen à recebir tan grãde fauor. Retirose vn dia despues de comer à dormir Amurates sobre su lecho, y viendo Ismael la ocasion en las manos, embiò cõ vn soldado de los Genizaros la sortija al Secretario, que viniendo con gran priessa con su esclauo, para que fuesse verdugo, en lo en lo que el auia sido consejero, como era persona à quiẽ las guardas no

defendian la entrada, hizo que miſe-
rablemente murieſſe Amurates aho-
gado en ſu propia ſangre en fee de
que era Iſmael. Salio luego deſnudo
el alfanje, y ſiguiendo al matador, à
quiẽ no pudo quitar la vida, porque
Iſmael con algunos ſoldados de la
guarda ſe le opuſo al paſo, diziendo.
Que hazes cõ las armas deſnudas en
el propio quarto y apoſentos de mi
hermano autor de trayciones? El Se-
cretario que vio delante de ſi el pro-
pio roſtro de el miſmo, que entẽdia,
auer acabado à las manos crueles de
ſu atreuido eſclauo, cayò cõ el horror
en el ſuelo priuado de el ſẽtido. De-
xò Iſmael parte de los ſoldados en ſu
guarda, y entrando al apoſento de
Amurates, y haziendoſe tan eſtraño
çomo ellos en aquel ſangriento ſu-
ceſſo

ceſſo, abraçò el cuerpo con muchas lagrimas fingidas, y llenando de vozes el ayre, boluio à ſalir donde eſtaua el Secretario, infamandole cõ los nombres de aleuoſo, y traydor, que ſin poder reſiſtirſele à los de la guarda le hizieron mil pedaços, y luego los quemaron en la plaça mas publica de Conſtãtinopla. El eſclauo viẽdoſe engañado, aunque auia huydo ſe ahorcò à ſi propio, cuyo cuerpo ſiendo hallado deſpues, aunq̃ muerto, fue tambien entregado al fuego, con ignominia y deſprecio. Los ſoldados, y el pueblo puſieron luego à Iſmael en el ſupremo lugar, que con grande authoridad y põpa dio à los hueſos de el hermano el vltimo honor. Abriò los teſoros, que eran grãdes, y agradecido à los Genizaros

que ſiempre auian ſuſtẽtado ſu voz, y por obligallos tambiẽ, à que le cõſeruaſſen en lo miſmo, en que le ponian, repartiò entre ellos mucha cãtidad de zequies de oro. Acordoſe en tan alta fortuna dẽ la Griega eſclaua, y de la promeſa que le auia hecho por tan juſta obligaciõ, y eligiẽdola por la principal de ſus mugeres, hizo, que cõ mas que humana veneracion la adoraſſen todos ſus Baxaes. Dio en los principios ſeñales de buẽ Principe, y porque los ſuyos le amaſſen con mayores veras, tratò de eſtẽder los limites de ſu Imperio, y mandando preuenir vna poderoſa armada contra la (en otro tiempo) Reyna de el mundo Italia, amenazò con eſpãtoſo ruydo de armas à la Chriſtiãdad. El Marques de Santelmo no

auia

auia querido acetar el cargo de General de las galeras de Napoles, y ſe eſcuſaua, diziendo, que era neceſſaria la aſsiſtẽcia de ſu perſona en aquella Corte, y la Romana, para dar fin à vnos pleytos, en que cõſiſtia dexar à ſus hijos muy pobres, ò muy ricos. Todos los demas Principes de Italia ſe coligauã, y los Venecianos poniã en eſto grãde calor. El Duque de Milan ayudaua con dineros y gẽte. Dio el Põtifice doze galeras. Venecianos treynta. Genoueſſes diez y ſeys mejor armadas que todas. El Rey dõ Alõſo de Aragon, Napoles, y Sicilia, treynta y quatro, que ſe juntarõ muy tarde, y ſalieron deſpues que las demas. Para cabeça de eſtas galeras faltaua perſona de autoridad, y deſſeaua tanto el Marques de Belſlor, por ſu

nobleza natural, ver ocupada la perſona de don Iuã de Moncada, y que vn mancebo de tan illuſtre ſangre, y generoſos brios empeçaſſe à tener pueſto, en que deſcubrirlos, que ſe ofreciò, como el Rey le hizieſſe General de aquella faccion, à aſiſtille á ſu lado, para que yendo à ſu orden, no ſe temieſſe, que ſe perderia por ſus reſoluciones imprudentes. Daua el tiempo tanta prieſſa, que lo demas de la armada nauegaua, y el Rey era fuerça, que ſe dieſſe à qualquier partido, quando eſte no fuera tan auentajado, bien q̃ por otra ninguna ocaſion que fuera de menos ſeruicio al vniuerſal bien de la Igleſia Catolica, apartara de ſu lado la perſona de don Alonſo. Embarcoſe vn hermoſo numero de Aragoneſes, y Italianos, y

corric-

corrieron en buſca de las galeras de el Pontifice, y de mas coligados, que entre ſi auiã lleuado algunas diferẽcias ſobre los lugares y pueſtos, à quien no pudieron alcançar à tiempo, de que ſe ſiguio mayor felicidad, porq̃ como fueſſe deſcubierta la armada Catolica de la Turqueſca, antes de llegarles el ſocorro de el Rey de Aragon, con que ſe hallaua tan inferior, que no ſe podia dudar con eſto de la perdida de la batalla, y dexar de temer, que el Turco mas poderoſo, y animado, acometieſſe à algun puerto de las coſtas de Italia, y le tomaſſe y por mayor caſtigo de nueſtras culpas alguna Prouincia, y Reyno entero, ſe reſoluierõ à boluerles el roſtro, y encerrarſe en Venecia en cuyo mar ſe hallauan, y tan cerca de ella,

que lo podian conſeguir, ſin recebir daño, pretendiẽdo con eſto ver deſde parte ſegura los fines de el Turco, y hazer recuerdo al Rey de Napoles, y Sicilia, para q̃ les embiaſſe el ſocorro, que les auia ofreçido, como quiẽ era tan intereſſado en la quietud de Italia, por tener la mejor, y la mayor parte de ella, reſpeto de los otros Principes, que la dominauan. El cõſejo fue de el General de Venecianos, que era hombre conſiderado, y atẽto, y por lo menos le parecia, que con aquel buẽ numero de galeras en ſu puerto, tenia ſeguras las puertas de ſu caſa, à cuya conſeruacion deuia atender. Los demas no pudieron hazer otra coſa, por hallarſe tomados los paſos, y ſolo con aquel abrigo, que no auia ſido pequeño fauor

de

de el cielo, darſele tan à tiempo en aquella ocaſion, donde el peligro era tan conocido. Recibiolos Venecia con mucha pena, temiẽdo no dieſſe aquel gran poder en alguna parte deſualida, por cuya perdida vertieſſe lagrimas la comunidad de los fieles. Las galeras de los Aragoneſes corrie ron torméta, pero no tanta que pudieſſen recebir daño, y aſsi ſabiendo el eſtado de las coſas, ſe recogieron à Sicilia. El General de el Turco ſe hallaua con ciento y veynte galeras, y le parecio embiar las quarenta ſobre la Iſla, y Reyno de Cerdeña, por tener nueuas, que eſtaua mal armada, y diuertir en aquella parte las fuerças de el Rey de Aragon, pareciendole, que con las ochenta que le quedauã, podia acometer à otra parte de las de

Italia,

Italia, y hazer roſtro à la armada de ſus coligados. Tuuo don Alonſo el auiſo, y ſaliendo deſde Sicilia al paſo à las quarenta galeras, peleò con ellas, y las vẽcio afortunada, y valeroſamente, y boluiendo en buſca de la demas parte de la armada Turqueſca, que eſtaua llena de eſpanto con las nueuas de aquel ſuceſſo, ſupo que ſe retirò vergonçoſamente, dõde dãdo en manos de el de mas reſto de la armada Catolica, que auia ſalido luego, que entendio que el General de el Turco mal aconſejado diuidio ſus fuerças, pereciò toda ſin quedar apenas vagel que pudieſſe boluer a Conſtantinopla. Entendiolo aſsi de las galeras de el Pontifico con quien ſe encontrò, y las boluiò acompañando haſta Roma, por ver-

ſe

se alli con el Marques de Santelmo su amigo fidelissimo. Estaua siguiendo vn pleyto de mucha importácia, y tuuo necessidad de su fauor para el breue y buen despacho. Hizieronsele en Roma grandes fiestas, regalos, presentes, y dadiuas, y el, contento con el buen sucesso, sin querer reseruar para si alguna gloria, queria, que todas las alabanças se diessen à don Iuan de Moncada, y verdaderamente se dezia, que auia peleado cõ tanto valor, que se le deuio buena parte. Desseaua el Rey dõ Alonso, que antes que saliesse de aquella Corte, dexasse assentados algunos negocios que importauan mucho à su autoridad, para que despues su Embaxador ordinario los prosiguiesse, por obedecer à su Principe se detuuo alli el tiem-

tiempo de los calores, de donde ſe ſiguio darle vna enfermedad, que deſde ſu principio fue muy peligroſa, y la conualecencia larga. Los correos de ſu muger eran continuos, y las quexas de ſu tardança fuerã mas que juſtas, à no eſtar el detenido por voluntad de el cielo, que como à ella la encubrian la razon, por no dalla mas pena, eſtaua cada dia mas impaciẽte. Al fin dõ Alonſo boluiò à Napoles, recibiendo el Rey con ſu buelta vn grande gozo, à cuyos pies vencedores hizo, que don Iuan poſtraſſe los Eſtandartes vencidos de el Turco, acreditando ſu perſona con palabras de ſumo encarecimiẽto, y cõſiguiẽdo por ellas, que le dieſſe titulo de Generaliſsimo de ſus armadas, y hallãdo vaco el oficio de Mayordomo

mayor

mayor, intercedio, para que le ocupasse la persona de el Marques de Santelmo. El pueblo hizo fiestas à su venida, y en celebracion de la vitoria que consiguio, con tãto honor de su patria, y vtilidad de la Catolica Iglesia.

Refiere se el prudente gouierno de vida, que dõ Alonso tenia en Napoles, y la nouela intitulada. El Descanso en el Desprecio.

COn tanta estimacion passaua dõ Alonso en Napoles, que parecia, que en ella auia dos Reyes, y entrambos de vn nombre. El pueblo le veneraua con grandes ceremonias, que el procuraua escusar y preuenir por

por todos medios. Seruiase en su casa con menos aparato y ostentacion, que sino fuera priuado, porque la opulencia de la hazienda de su muger era suficiente para magnificas demostraciones, y la calidad de entrambos lo requeria, pero intentaua escusar con esto licenciosos juyzios de la plebe, que temeraria, en viendo algun luzimiento generoso, piensa, y aun lo dize, que los tales tratan de vsurpar la autoridad Real. Hallauase por este camino rico y abũdante, para dar à la necessidad comun de los mendigos, y à la particular de los enuergonçantes socorro. A todos los Hospitales, à todos los Conuentos tenia señalada renta hasta cierta cantidad en su hazienda, y en ellos personas assistentes, que le auisassen de el

modo

modo con que ſe exercitauan aquellos actos de piedad, y ſi quedauan defectuoſos por alguna cauſa, que conſtádole, ſatisfazia al inconuinié-te, y ocurria con el remedio; los hó-bres de letras pobres tirauan todos gajes y racion ſuya, de qualquier facultad que fueſſen profeſſores, porque el no ſolo atendia à dar abrigo à aquellos que ſeguiã el eſtudio que el mas amaua, que eſto fuera premiar ſu miſma inclinacion, y hazerſe aplauſo à ſi propio en el dõ que daua à los otros, ſino à todos en comun, atendiendo al buen empleo que de el tiẽpo hazian, y à que las artes, y ciẽcias todas ſon vtiles para diuerſos fines. Lo que les daua era lo ſuficiente para viuir con modeſtia, y no derramarſe en vicios, porque en eſte medio, ni la

abundancia los diſtraìa, ni la neceſſidad los inquietaua: elegialos no ſolo ſabios en los eſtudios, ſino virtuoſos y templados en ſus coſtumbres, haziendoles, que viuieſſen cõ vnion, ſin morder los vnos los eſcritos de los otros, antes honrandoſe con reuerẽcia y reſpeto: la obra que cada vno hazia en particular, era aprouada y defendida por la voz comun de los demas, cauſa de que entonces ſalieſſen en todas materias trabajos luzidos. No por el beneficio que les hazia, dexaua de tratarlos con igualdad de amigos y compañeros, cobrando en deſcorteſia lo que les daua en haziẽda (aborrecible linage de tirania) Por la falta de ſangre illuſtre jamas dexò de eſtimar à ningun hombre virtuoſo y ſabio, porque dezia, que

para

para igualarse vn hombre humilde con vn alto Principe; vastáte calidad era tener ciẽcia y virtud: en su casa se leìan las Philosophias natural, y moral. Las Matematicas, y las Artes oratoria, y Poetica. Controuertiase despues sobre estas materias con disputas no obstinadas, fundadas, mas que en la emulacion, en el desseo de conseguir lo cierto, y assi se descubria lo que con la razon tenia mas conueniẽcia, porque en las artes lo mas es dudoso, y raras cosas son las que con euidencia estan aueriguadas, y oy juzgamos fabula, lo que ayer reuerẽciaron nuestros mayores por verdadera doctrina. La milicia hallaua en el igual amparo, siendo medio, para q̃ todos los soldados valerosos fuessen premiados assi como en la esti-

macio en los intereſes. Fauorecialos en las pretenſiones, y mientras durauan, los ſocorria ſus neceſsidades. Diſculpaua algunos atreuimientos, que los tales ſolian tener cõ los Miniſtros, reconociendo, que no ſin razon ſe quexa el que pide el premio, q̃ mereciò eſtando en el vrgente peligro, para boluerſe otra vez à el, del que ſe le niega ſeuero, ò ſe le dilata remiſſo, por auer viuido ſiempre en los halagos de el ocio. Atẽdia mucho, à que para cabeças ſe eligieſſen los mas dignos, premiando con eſto los merecimientos, y eſcuſando el auenturar los exercitos y armadas de ſu Principe. Queria que fueſſen deſpachados con mucha breuedad, y à ſu guſto. Lo primero lo fundaua, en q̃ à las Cortes de los Reyes eſta mal, que

las

las ocupen hombres de tan gallardos eſpiritus como ſon los ſoldados, porq̃, los q̃ las hã de ſeguir ſufriendo los improperios q̃ los poderoſos hazen en ellas, han de tener animos (como ſiempre ſucede) humildes, y aun viles, que de no ſer aſsi, cada dia ſe leuantaran motines, y parcialidades. De mas de que los miſmos ſoldados ſuſpẽdidos en dilatado deleyte, embotan los filos de ſu valor conſtante, y generoſos brios. Lo ſegundo, porque no conuenia, q̃ fueſſen diſguſtados de la Corte hombres tan importantes en ſeruicio de el Principe, al miſmo tiempo que yuan à exercitarſe en el. Trataua cõ muchas veras de que los tributos que pagauã los ſubditos ſe acomodaſſen con ſu poder, y hazia que eſtos ſe deſpendieſſen en

tan importantes empreſſas, que con no dar parte de ellos à lo ſuperfluo, jamas faltauã para lo neceſſario. Los hõbres, por cuyas manos eſto paſſaua, hazia, que fueſſen limpios, y los vaſtantes, porque no ſe cõſumieſſe mas en los accidẽtes que en lo principal. Repartia el tiempo de modo, que jamas el ſeruicio de el Rey dexaſſe de ſer preferido. Antepuſo ſiẽpre à ſus comodidades las obligaciones de el puẽſto en que eſtaua, porque dezia, que aunque por ſu naturaleza (deſengañada de todo) ſe hallaua en la priuança violento, mientras aſsiſtia en ella, pues desfrutaua ſus honores, deuia ſatisfazer à ſus inquietudes. Las perſonas de quien ſe ayudaua, para lleuar peſſo tan grande, eran inteligentes de las materias, aſsiſtentes al

deſ-

deſpacho, corteſes, humildes, y ſobre todo zeloſas de el bien publico, y ſeruicio de el Principe. Deſcuydaua algunas vezes con ellas, mas de modo que ellas lo entẽdieſſẽ, y ſe deſenfrenaſſen, y eſte tiempo daua à los eſtudios, de donde ſalia mas exercitado, y brioſo para acudir al cumplimiento de ſu principal obligacion. Nunca en los Conſejos de Eſtado, y Guerra fue de parecer, que por reſpetos politicos dexaſſen de tener las coſas de la Religion el lugar que les conuenia, reconociendo, que por ningun camino las Republicas ſe conſeruan, y aumentan con mas ſeguridad. Aſsi paſſaua, aſsi viuia exemplar, y prudẽte, como ſe induzirà mas bien de lo que ſe ſigue. Es coſtumbre en Napoles ſuſpender el deſpacho de los ne-

gocios en los calores fuertes de el Verano, y retirarse al campo à las casas de recreacion, buscádo en su frescura armas defensiuas cõtra el tiẽpo, que flechando llamas de fuego, parece que quiere abrasar la tierra, y sus criaturas. Siguiendo à los demas dõ Alõso se retirò à su quinta este año, donatiuo de el Marques de Santelmo, y deuida possession à dueño tan virtuoso, lleuãdo su muger, y demas familia. Alli entonces libre de las fatigas cortesanas passaua en dichosa quietud, gozandose en los testimonios de la piedad de el cielo, que son las flores, y las plantas, en que no solo criò muchas para nuestra necessidad, sino infinitas para licito deleyte, porque con esto realcemos los hombres el espiritu, y passemos de la con-

contemplacion de las inferiores criaturas à la del Criador ſupremo. Apré dia en ellas nueuos caminos de filoſofar, y alabanças para el artifice de tan hermoſas labores: procurò que la caſa fueſſe capaz de ſu perſona y gẽte, ſin adornalla de muchas peregrinas curioſidades, q̃ pudiera, porque demas de que quando ſe la dio el de Santelmo, tenia ella ya deſto tanta parte como la que mas en Italia, huia de parecer mas oſtentatiuo, que filoſofo, y no queria, q̃ aquel ſitio por lo ſingular le truxeſſe hueſpedes de diferentes partes, en quien procuraua eſcuſar no el gaſto, ſino la inquietud. Aſsiſtia con los jardineros al beneficio, y culto de las yeruas, y plantas, y y procuraua entẽder de aquello menudo aun lo menos importante, y tal

vez exercitallo à imitacion de algun insigne Capitan Romano, que despues de auer triunfado de politicas, y barbaras naciones, amò la hermosura de las soledades. Las tardes solia algunas vezes, despues de rendida la fuerça de el sol, passear las riberas de el mar, acompañado siẽprè de algun hombre ingenioso, cientifico, y experimentado, por no perder el principal entretenimiento. El dia que cõ no pequeño dolor de su animo fue forçado, à despedirse de este sitio, hizo vn esplendido y regalado bãquete à todos los señores mas illustres de la ciudad, y à los hombres doctos que assistian siempre cerca de su persona, que le hizieron mas agradable, y entretenido, porque la poderosa ignorancia à solas mas sucle causar cãsadas

ſadas que deleytoſas las cõuerſaciones, que ſe eligen para el guſto. Armoſe deſpues la platica, que preſentò varios diſcurſos, y con ocaſion de auerſe referido alli, à los grandes peligros à que eſtaua expueſto cierto Cauallero Ingles por auer moſtrado à los ojos de ſu Rey animo demaſiadamente ambicioſo, y que temiendo ſu caſtigo, auia venido à aquella Corte deſterrado, y fugitiuo de ſu patria, para valerſe de el ſagrado y ſombra de el magnanimo Rey don Alonſo de Aragon, que exercitando ſu liberal animo, y la coſtumbre de piadoſo Principe, le procuraua reſtituyr à la gracia de ſu Rey, y natural ſeñor, ſe diſputò ſobre las calidades de la ambicion, ſu principio, ſu fin, y ſus efectos dañoſos. Ceſar Floro mancebo

Napo- n

Napolitano, gẽtil en el eſpiritu y talle, hermoſo en roſtro y coſtumbres, amado de las Muſas, y ſu miniſtro feliz en la poeſia lirica, cuyas obras erã entonces el honor de la lengua Toſcana, en competencia de la Latina, y Griega, por moſtrar en vn exemplo con mayor cuidencia la propia doctrina, que las diſputas auian querido enſeñar, adquiriendo con los ojos y palabras licencia del ſuperior, y encaminando con las propias ſeñales los demas animos al ſilencio, ſuaue, apacible, y modeſto, ſiguiendo en los altos, y baxos de la voz, y en las acciones de la mano, y braço el rigor del ſentido de las palabras, con deleyte comun, y particular gloria ſuya, dixo: Quãdo la monarquia de los Romanos dio Religion, Leyes, lengua, y tra-

y trage, à las demas naciones, como aquella que ſupo vencer con las armas, y con la induſtria, en el tiempo de Veſpaſiano ſe criô vn mãcebo en la Ciudad cabeça de tanto Imperio, hijo de padres nobles y vnico, ſu nõbre Aurelio, animoſo, alentado, y cõ eſtremo actiuo, à penas empeçò à diſcurrir, quando moſtrò vn eſpiritu lleno de inquietud, y deſeſperada ambicion, gouernando ſobre las ordenes de ſus padres, y à peſſar ſuyo la familia, cuya muerte deſſeò muchas vezes por verſe ſolo dueño, procurãdo en las platicas y conuerſaciones hazerſe el principal, aunque por ello ſe huuieſſe de cargar de cuydado, coſtoſo à ſu quietud, y à ſu hazienda. Adquiria los amigos con arte à quiẽ ſe humillaua, para mãdallos deſpues lle-

llegando(tal ſucede à todos)por mil indignidades à vna dignidad, ſalio de algunas ocaſiones con poca reputacion,porq̃ haziendole roſtro otros que le eran ſuperiores por naturaleza y fortuna, tal vez perdia por el deſprecio de eſtos la eſtimacion,que con otros adquirida tenia. Hallãdoſe vna vez preſente à la conuerſaciõ de cierto juego, entre los intereſſados ſe mouio vna diferencia, de que quiſo hazerſe juez contra la volũtad de ellos, cauſa porque llegaron à las manos,y ſalio afrentado, y mal herido. Recibio ſu padre graue dolor deſte ſuceſſo, y mucho mas por conocer,como prudente, con quanta dificultad ſe enmiendan los daños, que tienẽ ſu rayz en la propia naturaleza,pero por cumplir con ſu obli-

ga-

gacion, vn dia de los de la conualecencia, que le vio en mejor disposicion, le dixo: Aurelio escuchame, q̃ quiero hablarte vna vez, para no boluer mas à esta misma platica, porque si tienes capaz entendimiento, mis razones te harán fuerça, y si ellas cõtigo fueren inutiles, no es bien ponellas en ocasion de segunda perdida. No pretendo obligarte, para que sigas, lo que te he de proponer, con la obediencia que me deues, sino con tu conueniencia propia, y hazer interes tuyo, lo que será gusto mio, de dõde se seguirá, tenerle siempre con descanso. Tu padre soy, tu mi hijo vnico, y tan amado que te mienten tus desseos, y esperanças, quando te persuaden, à que te procuran mayores aumentos, que mi paternal solicitud.

citud. Mas como yo por largos ſiglos he conocido los caducos bienes à que los hombres aſpiran ſuſpirando, frutos de la fortuna, y deſpojos de ella miſma, que como los da, los arrebata, he deſſeado, que eſtablezcas tu bien en aquellas coſas, que miran al reſpeto de la virtud, cauſa de efectos ſaludables, y que armado contra las apariencias vulgares, no las ſigas, aduirtiendo, que ſon todas ſus empreſſas dificiles, peligroſas, y mas peſſadas en la poſſeſsion, que en la eſperança, porque paſſando ſiempre de vnos à otros intentos, aunque en eſtos conſeguida quede muerta, ſe traſlada à aquellos, donde viue con muerte de el miſmo que la haze plato de ſus entrañas. Si ambicioſo naciſte, y no preuienes el remedio de

eſte

eſte daño con prudencia ſobrenatural, tendras librado tu deſcanſo en el dia de tu muerte, porque en la vida viuiras muriendo. Contra ti propio formaràs quexas, quando llegues à los mayores pueſtos de la fortuna, y los veas tan agenos de la felicidad, que en la quietud conſiſte. Como el tiempo, que ſe gaſta en adquirillos, es tanta la fatiga, y quãdo llega la poſſeſsion tan pequeña la gloria, renueuaſe la memoria de el mal paſſado cõ el poco guſto del bien preſente, y reconocenſe entonces por bienes mas coſtoſos que vtiles. Embarcanſe los Mercaderes, eſponiẽdoſe à la fortuna de infieles mares, y peleando contra ſus tẽpeſtades y borraſcas, y aun no ſatisfazen tantas aguas la ſed de ſu codicia (ò por mejor dezir) no la

eſpantan, pues en medio de aquellos inuencibles errores, muchas vezes atiendē mas à la defenſa del hazienda, que al amparo de la vida. Tienen los ambicioſos los miſmos errores en ſu juyzio, y eleccion. Llora Alexandro ſobre el ſepulcro de Aquiles, no laſtimado de la muerte de tan inſigne varon, ſino inuidioſo de que Homero huuieſſe ſido el pregonero de ſus felizes vitorias, de que ſe colige, que à los ambicioſos aun les ſiruē de tormento los premios y honores de los difuntos. Eſtos tales, vertiendoſe en ſus deſſeos mas allà de los limites de la naturaleza, aun quierē ſer obedecidos de los elementos, preſumen mas que ſus fuerças, que las empeñan en arriſcados peligros, de que tal vez ſalen con felicidad, para acabar

deſ-

despues en ocasiones vergonçosas. Mas glorioso fin tuuiera Cesar, peleando entre los esquadrones de Pompeyo, à manos de vn varon tan valeroso, que en el Senado auiẽdo comprado con su sangre el ser la primera piedra, y fundamento de la Imperiosa tirania, que borrò el antiguo y loable gouierno de esta Republica vencedora. O amado Aurelio, si penetrasses bien en mis sentimientos, lo que yo no he podido explicarte en mis razones, no dudo, que abraçarias el pecho, donde entre ellos estàs depositado, y mas inorãte de ellos quãto mas vezino. Mas yo me prometo, sino con verdad, cõ engaño para cõsuelo de mi animo, que el tuyo aduertira mis verdades, considerando, que el descanso està en el desprecio,

espantan, pues en medio de aquellos inuencibles errores, muchas vezes atiendē mas à la defensa del hazienda, que al amparo de la vida. Tienen los ambiciosos los mismos errores en su juyzio, y eleccion. Llora Alexandro sobre el sepulcro de Aquiles, no lastimado de la muerte de tan insigne varon, sino inuidioso de que Homero huuiesse sido el pregonero de sus felizes vitorias, de que se colige, que à los ambiciosos aun les sirue de tormento los premios y honores de los difuntos. Estos tales, vertiendose en sus desseos mas allà de los limites de la naturaleza, aun quierē ser obedecidos de los elementos, presumen mas que sus fuerças, que las empeñan en arriscados peligros, de que tal vez salen con felicidad, para acabar

des-

deſpues en ocaſiones vergonçoſas. Mas glorioſo fin tuuiera Ceſar, peleando entre los eſquadrones de Pōpeyo, à manos de vn varon tan valeroſo, que en el Senado auiēdo comprado con ſu ſangre el ſer la primera piedra, y fundamento de la Imperioſa tirania, que borrò el antiguo y loable gouierno de eſta Republica vencedora. O amado Aurelio, ſi penetraſſes bien en mis ſentimientos, lo que yo no he podido explicarte en mis razones, no dudo, que abraçarias el pecho, donde entre ellos eſtàs depoſitado, y mas inorāte de ellos quāto mas vezino. Mas yo me prometo, ſino con verdad, cō engaño para cōſuelo de mi animo, que el tuyo aduertira mis verdades, conſiderando, que el deſcanſo eſtà en el deſprecio,

el deſcanſo, digo de el eſpiritu, en el deſprecio de los bienes de el ſiglo. Tampoco fruto hizieron eſtas palabras en el animo altiuo de el ambicioſo Aurelio, que en vez de medicina las contò por injuria, y entregandoſe cada dia à nueuos cuydados, ſe engañaua mas en las propias experiencias, echando vnas vezes la culpa à ſu ignorancia y negligencia, y otras à la fortuna, diſculpando con eſto à ſu condicion inſaciable, que verdaderamente era la culpada. Caſoſe moço contra la voluntad de ſus padres cõ vna muger, aunque noble, fea, y de partes deſagradables, por auer de ſer heredera de rica y grueſſa hazienda, creyendo, que quando le llegaſſe el vſo de ella, podria ſatisfazer con ſus deſperdicios à ſus vanas oſten-

oſtentaciones. Dilatoſe la vida de los ſuegros, y aborrecido de tã larga eſperança, dexandola en ſu poder, tratò de yrſe à la guerra de Ieruſalen. No vaſtaron en eſte intẽto à detenelle lagrimas de ſu eſpoſa, y ruegos de amigos. Sus padres auian ya paſſado de eſta vida, quiza mas breuemente de lo que les ſucediera, ofendidos de ſu cõdicion, y el dueño ya de vn patrimonio grande ſe preuino de armas y galas. Deſſluzieronſele aun los intentos en el camino, porque cayẽdo malo, y no pudiendo por la detẽcion de la enfermedad llegar à tiempo, mudò aſſunto, y fue boluer à Roma, dõde ſabiendo, que Criſipo muy fauorecido de el Principe Romano, eſtaua inclinado à caſarſe con vna hermana de ſu muger, mas hermoſa,

aunque menos rica, y que por ser de humilde, y baxo nacimiẽto, sus suegros aun se auian ofendido de la platica, procurò grangealla cõ dadiuas, y regalos, teniendo con el correspõdencia secreta, y siruiendole de tercero, para tenerla dispuesta, y preuenida à la execucion de su voluntad. Murieron los suegros, y hallando en su herencia mucho menos hazienda de lo que la opinió engañada publicaua, fue mayor el disgusto de el desengaño (aunque no era considerable) que el gusto de la possession, por ser contra aquello, que el tenia ya aprehẽdido. Celebrò las bodas de su cuñada Sabina con Crisipo, con grãde admiracion de el Romano pueblo, que culpando sus impetuosos desseos, maldezia eleccion tã indig-

na

na de ſu ſangre. Mas el, que ſolo aſpiraua al cumplimiẽto de ſus apetitos vanagloriosos, llamaua à los prudẽtes ignorantes y locos. Hizo Criſipo, q̃ el Emperador ocupaſſe à Aurelio en el gouierno de Eſpaña, comprando cargo tan illuſtre cõ vna accion tã vil en la opinió de todos. Cõto aquel dia Aurelio por el del nacimiẽto de ſu felicidad, pareciendole, auer llegado en pocos años (como era cierto) à vn cargo q̃ pedia grãdes ſeruicios, y experiẽcias, pero repoſò poco en el ſu ambicion ſatisfecha, porq̃ intentò, que ſe le dieſſen cõ ciertas particulares preeminencias, q̃ ſolo ſe concedian à los grãdes Capitanes en premio de ſingulares victorias. Opuſoſe el Senado cõ ſu autoridad, y fue ſu contradicion tan fuerte, q̃ no qui-

ſo cõcedello el Principe, por no atropellalle en todas las ocaſiones, y dexalle algunos raſtros de la grandeza paſſada. Ofendioſe con eſto luego de el oficio, aũ antes de yr à exercitalle, y procurò detenerſe en la Corte algunos dias à titulo de eſtar ſu muger preñada, y eſperar el ſucceſſo en la quietud de ſu caſa, ſin auenturarle à los peligros de el camino. Llegò el parto de ſu muger, y con alguna breuedad, y mucho diſguſto, porq̃ ſiendo al quinto mes, la criatura naciò muerta. En el interin auia el ſolicitado los principales votos de los Senadores, para que no le contradixeſſen, auiendo hecho extraordinarias diligencias con gaſto de ſu autoridad, y hazienda, con que voluiendo à intẽtar la pretẽſion paſſada y deſpedida,

de

declarò el Senado. Que cõsideradas las razones y causas de nueuo represẽtadas por Aurelio, podia el Cesar, y aũ deuia, hazerlela merced q̃ suplicaua, siruiendole de merito la negociacion que en esto puso. Partio con esto gozoso à España, dõde llegò, auiẽdo experimentado, con perdida de mucha ropa, y otra hazienda, los peligros de la nauegacion. El primer año de su gouierno fue amado de los pueblos, porque siendo justiciero, y desinteresado, hallauan en el padre, y abrigo los pobres. Mudò presto las costumbres induzido de los Ministros que le assistian, y de sus propios fines, que le aconsejauan, acumulasse grandes riquezas, si queria ascẽder à superiores cargos, porque ellas son el verdadero medio para conseguillas:

esta causa le hizo odioso à los humil
des, y el ser vano y descortès à los no
bles. Salieron contra el muchos pas-
quines y satiras, y juntamẽte se escri-
uiã quexas à Rõma de su tirano go-
nierno, de donde le venian reprehẽ-
siones y amenazas. Por esta causa lle-
no de imaginaciones cayò enfermo,
y estuuo à peligro su vida. Tratò aun
antes de cumplir con el tiempo de
aquel cargo, que se diesse à otro, por-
q̃ temio, no morirse en España, co-
mo le auia sucedido à su anteceſſor:
pedia, que se le diesse ocupacion en
Palacio cerca de la persona del Ce-
sar. Embio à Crisipo regalos y pre-
sentes, y negociò con el quanto qui-
so, mas como liberal, que como cuña
do. Hizole el Emperador su Caualle
rizo mayor. Con esta nueua partio

de

de Eſpaña gozoſo y rico. Puſo caſa en Roma con mucha pompa de aparato y ſeruicio, procurando dar cauſa de admiracion al pueblo, y entretenimiento à ſu vana ambicion. Perſuadiaſſe, à que eſtando à los ojos de el Principe, y comunicandole, auia de ſer el dueño de ſu priuança, y que partiriã entre Criſipo, y el el gouierno de la Monarquia. Los primeros dias ſe embarcò aun mas dentro de eſte engaño, porq̃ el Emperador, en razon de auer llegado de Eſpaña, y venir de gouernalla, le cõſultaua en quanto al eſtado de las coſas de eſta Prouincia, pero en haziendoſe capaz de eſtas materias, le hizo el tratamiẽto que à los demas criados, y no veia ſu roſtro, ſino es, quãdo ſe ofrecia coſa particular de ſu oficio. Impaciẽte

Aurelio

Aurelio de lo que ſiendo coſtumbre en los Principes, el creyò, que era nouedad, pidiò, que ſe le ocupaſſe en la guerra. Criſipo que conocio entonces, quan mal auia hecho, en poner al lado de ſu dueño vn hombre tá ambicioſo, eſtimò la ocaſion, y aunque con rieſgo de los exercitos hizo, que ſe le encomendaſſen, pero dádole vn compañero con igual poteſtad. Aurelio, q̃ en todo queria ſer ſuperior, deſdeñò aquella merced, haſta que ſe la concedieron con poder vnico y abſoluto. En las empreſſas fue mas oſſado q̃ dichoſo, y aſsi por ruego ſuyo y parecer de el Senado fue remouido de la dignidad. Hallò muy enfermo à Criſipo, ſu cuñado y cõ vn hijo de edad de cinco años, q̃ erã los q̃ auia eſtado fuera de Roma. La enferme-

dad

dad,que tenia, era incurable,y de tal condicion, que dezian los Medicos, no auer en ella hora segura. Pareciole à Crisipo entonces introduzir en la gracia de el Emperador à Aurelio, para obligarle, à que amparasse con mayor fuerça,despues desus dias,à su muger y à su hijo. Empeçò el Cesar à hazer empleo de su persona en las materias del despacho con gusto y satisfacion,procurando el darla à todos en los principios que le tenian contento. Mayor se le dio la muerte de su cuñado,porque se hallò dueño de toda la voluntad de el Principe, gouernando y disponiendo por la suya todo aquello,que pẽdia de la gracia,y justicia. Adorado del pueblo se aumentaua cada dia en grandes honores,y riquezas. Murio su muger,

que

que le dexò heredero de todos sus bienes, y el Emperador le adoptô para sucessor suyo. Cudicioso de ser dueño del Imperio à solas, para hazer de hecho lo que entonces por consulta y ruego, se cansô de la vida larga de el Principe, y aun huyẽdo muchas vezes de comunicalle, se fingia achacoso, y impedido. No auia parte donde estuuiesse con reposo: si huìa de la ciudad, y buscaua su entretenimiento en los campos, luego aborreciẽdo lo mismo, que buscò, apetecia lo propio que dexô por aborrecible. Hazia mucho esfuerço, por disimular estos sentimientos, y saliale muy costoso renunciar su condicion, pero conociendo, que le conuenia para la sucessió la assistẽcia en Roma, se animaua, creyendo, que su quietud consistia

ſiſtia, en llegar à la cumbre de la Mageſtad, y ſiendo vn hombre ſolo mãdar con abſoluto imperio à todos los demas de el mundo. Experimẽtò, ſer engañoſas en eſto como en lo demas ſus eſperanças, porque con la muerte de el Principe recibiò en Roma (ſucceſſor ſuyo) la obediencia de todas las naciones, y no baſtò tanto mundo, tanto Imperio à ſatisfazer ſu ambicion, porque juzgaua, que no era cumplidamente feliz, ſi algunas gẽtes que ſe auian reſiſtido à la obediẽcia de los demas Emperadores haziã con el lo miſmo, y le cauſaua mas peſar vna pequeña Prouincia rebelde, q̃ guſto todo el reſto de el mũdo obediente. Diuertiaſe en fabricas publicas, y antes de acaballas las dexaua en conociẽdo con el deſengaño, que

no

no ſolo podian exceder, pero ni aun igualar las de otros antiguos, y mas ricos Emperadores, y el en ſus intẽtos no ſolo aſpiraua à igualdades, ſi no à deſiguales exceſſos. Fatigado ya de las imaginaciones, ſe hallaua algunas vezes en eſtado tã triſte, q̃ ſe podia, poſſeyendo la mayor felicidad de el mũdo, ſer tenido por el hõbre mas infelizde el. Los Medicos q̃ aũ las enfermedades, y paſiones de el animo quieren curar, ignorando aun el remedio de las del cuerpo, le alterauan cõ los medicamẽtos mas los humores, que crecian ſus deſtemplanças, y continuos diſguſtos. En medio de eſtas tempeſtades le ofreciò el cielo el remedio, que los Medicos buſcauan en la medicina, en la Philoſophia moral, porque acordandoſe de aquella ſen-

tencia

tencia vltima que le dixo ſu padre, q̃ el deſcanſo eſtaua en el deſprecio, tomò vna gallarda, y ſaludable reſolucion, que fue renunciar el Imperio en perſona digna de tan alto lugar, y dexando la mayor parte de la herencia de ſus inumerables riquezas al hijo de Criſipo, ſe retirò à vna hermoſa y apacible huerta, donde limitando ſu ambicion, y templádo ſus deſſeos, deſpreciador gallardo de todas las coſas, ſe hallò de ellas mas dueño, y verificô la ſentencia paternal, que dize, que el deſcanſo de el animo cóſiſte en el deſprecio de los bienes de el ſiglo.

Celebrô mucho don Iuan, y ayudaronle los demas circunſtantes el arte de la nouela, no menos prudente que ingenioſa, y haziendo preue-

nir las cosas necessarias, para dar la buelta à Napoles, se despidio, con no pequeño dolor, de aquel ameno lugar, digno teatro de las Musas, deposito de la primauera, y ossado cõpetidor de la hermosura de los cielos.

Buelue dõ Alonso à las ocupaciones de la ciudad, y Corte, donde en vn perdon que haze al mayor enemigo de su sangre, se descubre lo mas perfecto de su animo.

BOluio à las ocupaciones cortesanas don Alonso, mas por la obediẽcia de el Rey, que por su propia eleccion, hallandose cada dia con menos

menos gusto, por estar impedido cõ las materias de el gouierno, para la comunicacion libre de los hombres sabios, bien es verdad, que tenia ya dispuesto el animo Real, para que se valiesse de otros ministros, sabios, y de buena intencion. Recibio cartas de España de su sobrino don Fernãdo, en que le dezia; que sin dilatallo mas, seria dentro de vn mes à lo mas largo con el en Napoles. Algunos Caualleros ciudadanos de Valladolid, amigos, y deudos le afirmauan, q̃ aquellas promessas de su sobrino erã vanas, y que aunque hazian todas las posibles diligẽcias, para ponerle en camino, y el se lo ofrecia, quãdo llegaua el tiẽpo de la execucion, pedia nueuos plaços. Don Alonso sentia en estremo su detencion, porque le

parecia, que vn moço gallardo, y en ſu propia patria, criado ſin padre, ni deudo tan cercano como el, à quié pudieſſe tener reſpecto, viuiria con poco freno, y ſe dexaria lleuar licenciosamente de ſus apetitos. De mas de que ſe temia, que el Rey don Alõſo, por ſu mucha edad, murieſſe antes de ſu venida, con que deſpues ſeria muy dificil, acomodar ſu perſona en vn pueſto grande. Con eſtas cõſideraciones paſſò muchos dias poco guſtoſo, haſta que deſpues con otro correo tuuo auiſo cierto de los miſmos Caualleros, que auia partido de Valladolid, coſa que en aquella ciudad ſe auia tenido por milagro, à cauſa de eſtar en ella mal entretenido, inquietando à vna muger caſada, y principal, con mucha nota del vulgo y al-

y algun rezelo de los deudos de ſu marido, tan ciego en eſta paſion, que rezelarõ, no poderle ver fuera della, con menor daño que la perdida de ſu vida. Aduertianle, tuuieſſe grã cuydado con ſu perſona en eſte particular, porque ſe deſpeñaua cõ facilidad, y auia meneſter, para corregille, toda ſu autoridad y prudencia. Don Alõſo ſe deſconſolò mucho, porque quiſiera, que ſu ſobrino (à quien miraua con ojos de hijo, por no auerlos tenido haſta entonces) fuera capaz como por la ſãgre, por las coſtũbres, de tanta herencia. Eſperauale cada dia con guſto, y deſſeo de velle, y enmẽdalle, y creciò ſu cuydado y ſoſpecha, porque ſe paſſaron mas de ſeys meſes, deſpues que vino el auiſo de ſu partida, ſin tener mas noticia de

su persona. Los que le vieron partir de Valladolid se admirauã, y los que le esperauan en Napoles se entristezian, sin creerse los vnos à los otros, porque los de Italia creiã, que los de España los engañauan, en dezir, que auia partido de ella, y los de España pẽsauan, que los de Italia se burlauã de ellos, cõ dezirles, que no auia llegado; los vnos se confundian à los otros, y don Alonso en medio de sus opiniones estaua turbado. Despachò por todas partes correos, para que le truxessen nueuas de su persona, à Frã cia, à Romh, à Sicilia, à Milã, y à Genoua. Este boluio con vna dudosa, y estraña, que fue dezir, que à aquella ciudad auia llegado vn Caualiero Español de gallardo talle, acompañado de vn muchacho de muy linda cara

cara, y que viniendo otro en seguimiento de ellos, los auia muerto, y que aunque la justicia procurò saber, que personas fuessẽ, no pudo, ni menos castigar al matador, porque puso diligencia grande en la fuga. Afirmauase, en que todos dezian, que el difũto era hombre, à lo que parecia, de muchas prendas, valor, y calidad. De aqui nacio vn consuelo grande para don Alonso, diziendo, que si el muerto huuiera sido su sobrino, por la noticia que tenia ya de sus inclinaciones, fuera mas cierto hallarle cõ otra compañia. Esto discurria en lo publico, pero en lo interior estaua muy doloroso, por no descubrir rastros de su persona y nombre. Quando le llegò vn correo despachado por aquella Señoria, con quien le embia-

ua vn pliego de cartas cerrado, que le hallarõ al difunto, abriole y conocio ser su sobrino, de la letra, y de las razones: eran las cartas para el mismo don Alonso, en que le referia no la verdadera, sino vna aparente causa de la dilacion de su viage, y le suplicaua, le embiasse por via de los hombres de negocios, que assistiã en Napoles, algunos dineros en letras, los que bastassẽ, para que pudiesse entrar en aquella Corte vn Cauallero que era sobrino de vn señor tan grande, y de el Rey tan fauorecido. No le sobrò en esta ocasion à don Alõso nada de su prudencia y valor, porque todo lo huuo menester para escudo de golpe tan fuerte, y al fin rompiẽdo en lagrimas dezia: Que auia heredado la fortuna de su padre en morir

moço,

moço, y con tanta violencia, ſiendo de peor condicion ſu deſdicha, pues aun no le dio lugar ſu enemigo, de que pudieſſe morir como Chriſtiano. Que el compañero que murio à ſu lado infamaua ſu perſona, y le daua cauſa de mayor admiracio y laſtima. Que era aquella deſdicha para el tan fuerte, que en nada podia reconocer los muchos beneficios al cielo, que haſta entonces auia recibido de ſu mano, como con lleualla con paciẽcia. Que ſe acabaua en el la memoria, y caſa de ſus abuelos, porque el no ſabia, ſi tendria hijos de aquel matrimonio, coſa de gran dolor para todos los hombres, en quiẽ es natural, apetecer la ſucceſsion, para dexar ſu nombre en ella encomendado à la poſteridad. Soſegò el llanto, y ya

mas recogido en su razon, respondio à la Señoria de Genoua muy agradecido, pidiendole, se supiesse de los huespedes, donde auia muerto aquel Cauallero, las señas de el matador. Estas se le embiarõ luego, y cõ ellas despachò à todas partes en seguimiento suyo. No era ya el mayor dolor en don Alonso la muerte de el sobrino, sino el dezir, q̃ le auiã muerto con vn muchacho de muy buena cara, y por su causa, cosa que en todas partes, donde ay hombres politicos, y alumbrados de la razon, suena tan mal. Quisiera el, de el mismo que derramò la sangre, entender los respetos que le mouieron, antes q̃ otro, porque si eran honrosos, se estẽdiessen, y de no serlo, con quitarle la vida primero que los comunicara, de-

xar la infamia dudoſa, y no deſcubier ta. Aſsi paſſaua cõbatido de eſtos pẽ ſamientos, como quien ſiempre en tre los bienes humanos auia dado al honor el lugar ſuperior, que le llega ron à poner en tal eſtado, que de me lancolico y aborrecido huìa el roſtro à las viſitas de ſus amigos. Su muger, como quien le amaua, le temia per der, y dando parte de ſu dolor miſe rable à vn Religioſo graue de la or den de San Aguſtin, admirado por la ſabiduria, adquirida con varios eſ tudios, y reſpetado por la ſanta per feciõ de ſus coſtumbres, le rogò, que procuraſſe moderalle en tanto ſenti miento, y el obediente à la importã cia de el negocio, aquel miſmo dia q̃ fue auiſado, ſin diferillo para otro, le dixo: El ſentimiẽto templado en to-

dos

dos los ſuceſſos dolorosos que paſſã por los hombres, natural es, y comũ entre los mas ſabios, entre los mas perfectos. Pero apreender tãto la cauſa de la pena, y dilatarſe en ſu conſideracion, mas parece eſtremo de hõbre gentil, que accion de Cauallero Chriſtiano. Que perdiſtes, que Dios no os puede dar mas, obligãdole, à q̃ lo haga, con daros por bien contento de lo hecho? Pregunto, el que os arrebatò de los ojos el ſobrino, no es poderoſo para llenaros la caſa de dulces hijos? Con la mano miſma que diſpenſa en el fin de las vidas de los que nacieron, no produze y embia al mundo los que eſtan por nacer? Propia virtud ſuya es, hazer ſiempre beneficios, y ſi nueſtros ojos pudieran penetrar la alteza de ſus profundos

ſecretos,

ſecretos, vieramos, q̃ muchas coſas, que el mundo juzga daño, encierran vtiliſsimos prouechos: Quantas almas libres aura enfrenado el cielo cõ el caſtigo de don Fernando? y quantos eſpiritus humildes leuantado à la conſideracion de tan hermoſas marauillas? Haſta agora lleno de fauores de el cielo en los bienes tẽporales eſtauades falto de los del eſpiritu, mas ya os han dado teſoro, con que comprallos, ſi vos ſabeys conſerualle, y no deſluzille. De lo poco que ay q̃ fiar de los hombres en eſta vida, nadie os deſengañarà tanto à vos miſmo como vos propio, pues el animo que en tantos peligros tuuiſtes valeroſo y conſtante, en la ocaſion, donde mas le huuiſtes meneſter, nos le moſtrays (gran dolor) poſtrado, y rẽdido

dido. Direys que sentis, lo que en esto de reputacion se pierde, y por esto juzgays vuestro daño grande, sacrificalde à Dios, y luego le hallareys pequeño, respeto del Señor à quien se ofrece, y porq̃ el, en premio de vuestro rendimiento, sabrà moderalle cõ su consuelo. Aduertid que ninguna fineza hareys por Dios de que el no aya sido el maestro, si le damos la vida, el mucho antes nos dio la suya, y de esta que oy respiramos, es tambiẽ dueño, segũ esto nada le damos, que no le deuemos, y si le damos lo que le deuemos, nada le damos, antes apenas biẽ la deuda restituymos. Si passamos à otra dadiua superior, que es la honra, quien sufriò mayores afrẽtas? quien mayores injurias? y tanto mayores, quanto eran vilissimas las

manos

manos q̃ le agrauiarõ. En vn abrir de boca y cerrar de ojos anda Chriſto liberaliſsimo, dãdo por noſotros en la Cruz el honor y la vida. La vida, porque en ella padece la muerte. El honor, porque en aquellos tiempos no auia otra mas afrẽtoſa. La dadiua fue como ſuya, y ſolo quien es dueño de la vida, y auia de hallar tãta facilidad en cobralla, podia andar tan generoſo en perdella. Reſtituyd pues à la quietud vueſtro animo, aduirtiendo, que ya que eſtays en pueſto publico, ſoys vos propio lo menos, à quiẽ hazeys falta, por ſer en tiempo, que de vueſtro gouierno penden el Rey, y la Republica. Creceran con eſto en Dios las alabanças, en vos los merecimientos, y yo feliz labrador en poco tiempo aurè encerrado fertiliſsi-

ma cosecha. Tales palabras dezia aquel Santo, aquel docto, y elegantissimo Religioso à don Alõso, quãdo le entraron vna orden del Rey, en que le mandaua, que sin detenerse en nada, viniesse luego à Palacio. Fuele forçoso obedecer, y despedirse de tã venerable amigo, que tambiẽ le auia consolado en su fatiga, entrò en Palacio, que le hallò con algun silẽcio, por ser la vna de el dia, hora en que todos se recogen à sus casas. Hallò alli al Marques de Santelmo, que como mayordomo mayor estaua dãdo ciertas ordenes, conuenientes à la autoridad de Palacio, y para que de alli adelante fuesse mejor seruido, cõ que don Alonso se alegrò en la buena eleccion, que de tal persona auia hecho, para ocupar semejãte puesto.

Diole

Diole quexas el Marques de ſu grã-de retiramiento, y de que ſe huuieſſe negado à ſu perſona, atiendo el miſmo conocido con las experiencias, que no tenia ningun amigo mas eſtrecho ni confidente . Satisfizo don Alonſo con breuedad. El Rey ſaliò al miſmo tiempo à la pieça, donde eſtauan los dos, y dixo: Llegaos acà, dõ Alonſo, obedecio, y el de Santelmo; haziendo vna reuerencia, ſe yua por dexallos à ſolas, y el Rey le detuuo con eſta razon, no embaraçays Marques, bien podeys quedaros, boluioſe luego à vno de ſu camara, y dixole, hazed que venga aquella perſona, à qui eſtà ſeñor reſpondiò, hazelde q̃ entre dixo el Rey, y luego hincando la rodilla parecio delante de los tres, vn hombre en el trage Eſpañol, y en

el ſemblante gallardo, mandole el Rey poner en pie, y buelto à don Alonſo dixo: Eſte, que veys, matò à vueſtro ſobrino, à quien ha preſo vueſtra mucha diligencia, ò por mejor dezir, la codicia de los Miniſtros, à quien vos ofreciſtes diez mil eſcudos de oro, dize, que tuuo razones juſtificadas para hazello, oylde, que yo os hago juez de vueſtra cauſa, y la ſuya, porque nunca os he tenido por tan apaſionado, que dudè, que por el reſpecto de el amor de la ſangre, dexareys, de dar à la juſticia el lugar q̃ ſe le deue. Alteroſe luego don Alõſo cõ aquella primera viſta de el ſangriento homicida, pero templandoſe con roſtro, y palabras blandas le animò, à que refirieſſe el ſuceſſo, y el entonces empeçô de eſta ſuerte: Mis

abuelos

abuelos nacierõ en la ciudad de Burgos cabeça de Castilla, dõde sus passados auian conseruado antigua nobleza, gozando de muchas possessiones, y gruesa hazienda, pero desauiendose despues por ciertas causas, que son largas de referir, y no importantes para nuestro caso, de el seruicio de el Rey de Castilla, se passaron à Aragõ, y haziẽdo su asiento en Zaragoça, fueron de su Rey cõ mucha estimaciõ recebidos, que les dio ricos heredamiẽtos, q̃ yo posseo, mi nombre es Rodrigo de Vlloa. De vos tẽgo noticia, y me consta de q̃ soys hõbre noble, dixo el Rey, passad adelante, y con esto prosiguio: Faltaron me mis padres en la fuerça de mi juuentud, y mis deudos desseosos, de ver me empleado en sugeto tal, que me tuuiesse

honeſtamẽte entretenido, antes que ſe apoderaſſe de mi la corriente de tãtos vicios, como ſon, los que combaten à los mancebos, que tienen riqueza, y calidad en las ciudades populoſas: trataró de caſarme con muger igual en ſangre, rica en el dote, y tan auentajada en la belleza, que era el idolo de aquella ciudad Auguſta, yo que aconſejado de mi propia inclinacion amaua la vida libre, me reſiſti à las platicas y conciertos con esforçado animo, haſta que vn dia vn tio mio, hermano de mi madre, me lleuò, donde vieſſe à doña Elena, que aſsi ſe llamaua, la que ha ſido ſugeto de la perdicion de tãtos, porque yo, aunque la auia oydo celebrar por la comun alabança de el pueblo, nunca fuy curioſo en procurar verla, ni

tam-

tampoco la ocasion me la frecio en ninguna parte, con tener sus padres deudo cõ algunos deudos mios. Que de admirado de tãta hermosura, y preso de la primera vez sin resistẽcia, yo propio solicitaua con fuego, lo q̃ antes despedia desabrido y disgustado. Conseguí con breuedad mis desseos, y aũque me vi en la possessión, nunca fueron menores. Era doña Elena inquieta, y varia de su condicíõ, que me hazia viuir con poco gusto en su compañia, y rezeloso. Teniamos por esta causa continuos enfados, pero ni bastauan mis reprehensiones, ni aun los desseos de ella, que bien pienso, q̃ hazia algunos esfuerços cõtra su natural brioso y poco seguro, pero ni eran tantos como el pedia, y yo quisiera. Ayer se cumplieron seys meses, q̃

llamados de la hermosura del Abril, saliamos al campo vna tarde, y al passar por la calle de el Coso, vimos seys postas, en la vna venia el postillon, y en las otras vn Cauallero de persona viçarra y apacible, y quatro criados, que por las galas, y las personas merecia ser mirados cõ atẽcion, y principalmente el que era dueño de los demas, que aunque tã de paso se abrasso en los ojos de Elena, y la dexò no menos abrasada, procurô saber aquella noche, quien era mi muger, y yo hize de el la propia informatió, porque reparè en la atencion de el, y de ella, y siẽpre viuia sobresaltado de la libre y continua inquietud de mi esposa. Entẽdi de la relatió de sus criados, señor dõ Alõso, que era dõ Fernãdo vuestro sobrino, y desde luego

por

por lo q̃ obliga à todos vueſtro buen nombre, y fama, le mirè cõ tãto reſpe to, q̃ por menos ocaſiõ q̃ la q̃ mediò no le quitara la vida. A lo q̃ ſupe deſpues de vna criada de doña Elena, el la eſcriuio vn papel, de q̃ tuuo reſpueſta, y por medio de los terceros determinaró, que para quietarme ami, q̃ andaua ya tã ſobre el auiſo, deſpues de auer eſtado en la ciudad dos dias cõ ocaſion de verla, boluieſſe à ſalir don Fernãdo como lo hizo, acõpañado de las propias poſtas y criados, por la miſma calle principal por donde entrò, y q̃ en el primer lugar donde llegaſſe hizieſſe noche, dõde ſin dar parte à ninguno de los q̃ le acompañauan, ſalieſſe entre las doce y la vna, y entraſſe en Zaragoça antes del amanecer, ſin ſer de nadie viſto, en vna

casa, q̃ ya le teniã preuenida, yo con auer entẽdido su partida, y hallãdome ignorante de su buelta, quietè mi coraçõ por mucho tiẽpo, hasta q̃ vn Sabado por la tarde, saliẽdo de la Capilla del Pilar quinze dias despues, encõtrè cõ vno de sus criados muy triste, q̃ me cõtò la perdida, q̃ auia hecho de su persona, y con quãto rigor los auia dexado à el, y à sus cõpañeros sin amparo, y q̃ se holgaria, de quedarse en aquella ciudad, en seruicio de alguna persona illustre. El hombre verdaderamẽte hablaua cõ inocẽcia, pero yo con malicia sospechè, q̃ su amo queria tenerle en Zaragoça, à los ojos de doña Elena, para q̃ de ella le embiasse nueuas, y le solicitasse, para la buelta su gracia, quãdo sin poder yo defẽderlo, ni enmẽdarlo, gozaua su

fauo-

fauores y regalos. Hechelè vn tercero al criado q̃ le dixo al oido, q̃ ſe auſẽtara luego, porq̃ le importaua la vida, q̃ aſsi ſe lo mãdaua cierto poderoſo del lugar, y q̃ porq̃ no fueſſe deſacomodado, y pudieſſe hazerlo mejor, le embiaua cinquẽta eſcudos, q̃ yo le di, para q̃ ſe los entregaſſe, y el lo hizo aſsi, con que el hombre guſtoſiſsimo de auer hallado el ſocorro, q̃ no peſò, deſocupò luego la ciudad, y yo mi animo de aquellas ſombras y rezelos, procurando con eſto remediar el daño, que entẽdia que eſtaua muy en los principios, quando auia llegado al vltimo y mas infeliz eſtremo. Eſtuuo eſcondido de eſte modo vn mes dõ Fernãdo, ſaliẽdo las noches, y à ciertas horas que yo ſolia gaſtarlas en vna caſa de conuerſaciõ de jue

go. Hallauase cãsado de prisió tã estrecha, y Elena tãbien disgustada de viuir cõ tãtas ansias y temores, desseauã los dos abrir puerta à su libertad, y tomaron vna resolucion terrible, espãtosa, y desesperada, pero al parecer de ellos conueniente. Huue yo de hazer vna ausẽcia de la ciudad forçosa por ocho dias, y retirè (como lo teniade costũbre en estas ocasiones) à mi muger à vna aldea nuestra. Apenas parti de los braços de la aleuosa, y miserable adultera, quãdo ella vistiẽdose en habito de hõbre, aquella propia noche se ausentò de los ojos de mis criados, y vassallos, en cõpañia de dõ Fernãdo. Corriò la voz cõ admiracion de todo el Reyno, y las justicias hizieron luego las diligencias que les tocauã, pero como en la

causa

cauſa agena todos lleuã los pies pe-
reçoſos, y en materias ſemejãtes, ſino
ſon los propios maridos intereſados
en la vẽgança de ſu afrenta, los mas
ſe duelẽ, y en vez de perſeguir, ampa
rã la infelicidad de las mugeres, que
ſiendo flacas, por ſu naturaleza, ſe les
impuſo vna ley tã riguroſa, que han
meneſter particular auxilio de el cie-
lo, para no excederla, no los deſcubrie
ron, y ſi acaſo algunos miniſtros los
hallarõ (que parece impoſsible lo cõ-
trario, auiẽdo ſalido tantos en ſu ſe-
guimiẽto) las lagrimas de ella, y los
dineros de el les cõprariã la ſeguri-
dad. Su padre de doña Elena era muy
viejo, y en aquella ocaſiõ eſtaua en-
fermo, y impedido en la cama. Dos
hermanos q̃ tenia valiẽtes y arriſca-
dos mãcebos ſe hallauã entõces fue-

ra

ra de el Reyno, de modo q̃ emprẽdiò la fuga en tiẽpo, que no pudo seguilla nadie que de cerca la tocasse en su sangre. Boluia yo à mi casa biẽ lexos aun de la imaginaciõ de semejãte sucesso, porque aun para escriuirmelo, nadie tuuo atreuimiẽto, y estãdo cenãdo vna noche en vna posada, oi à dos hõbres, que con la admiracion q̃ era justo, hablauã del caso, sin pẽsar, que les oìa, quiẽ tenia en el tãta parte, yo apliquè, aun que con turbaciõ, los oydos, y oì del algunos pedaços, que aũque mal digeridos, y fuera de su lugar (porque el que lo referia era hõbre grosero, y alteraua el ordẽ de la narracion) entendi mas de lo que quisiera: y caì con el graue dolor tan turbado en el suelo, que senti faltarme todos los sentidos. Los presentes

lla

llamaron à mis criados, que sin saber la causa de que pudiesse proceder, creyerõ auerme dado algun desmayo. Retiraronme luego à la cama, dõde estuue largo tiẽpo, à lo que deziã sin boluer en mi, y quãdo lo hize, despedi la cena, hueſpedes, criados, y luz y quedandome à solas, recogido en mis tinieblas, discurria sobre el caduco estado de mi fortuna, que era tan estraño, que con venir el golpe despues de tantos temores y rezelos mios, creia, que lo auia soñado, ò mal oido, porque quãdo de aquello alguna parte fuesse verdad, era imposible serlo todo, dudãdo mucho de la fuga de doña Elena, aun q̃ de su modo de condicion inquieta, biẽ se podia temer qualquier resoluciõ libre. Con el cãsancio dormi vn poco à la mañana-

mañana, y lo que durò el ſueño mè parecio, q̃ veìa mi eſpada enſangrẽtada en el cuello de mi eſpoſa: deſpertè alterado, y dãdo vozes llamè a mis criados, para que me dieſſen de veſtir, pero quiriẽdolo hazer, la vee-mẽte imaginacion, procedida de cauſa tã dolorosa, me ocupô otra vez el diſcurſo, y me dexò tan rendido, que me hallè falto de animo, aun para tã pequeña accion, y aſsi me quedè en la cama. La hueſpeda era vna muger ſencilla, y entrò à verme, y cõſolarme, y penſando que lo acertaua por aquel camino, me dixo (ignorãte de mi nõbre, y de que yo fueſſe el miſmo) Conſueleſe mi ſeñor, y animeſe por ſolo vn Dios, que por grãde que ſea ſu fatiga, no puede ſer mayor, q̃ la que ha ſucedido en Zaragoça à vn Caualle-

Cauallero, y diziẽdo assi, se entrò por toda la narraciõ de mi desdicha, que fue darme segunda vez la muerte, y confirmarme en el credito de mi daño, que me puso animosos brios, para vestirme con breuedad. Mis criados ya tenian nueuas antes de el caso, pero como la materia era de su condicion tã escrupulosa, ni se auian atreuido, à hablarme en ello, ni entonces tãpoco, con entẽder, que lo entẽdia me hablauan: yo tãbien aun dudoso de la verdad, no queria ponello en platica, por no hablar apasionado, y dezir muchas cosas tales, que si el caso fuesse diferente, me pesasse despues, aũ de auerlas imaginado, pero al tiẽpo que yua à salir por la puerta de el meson, entraua vn Alguazil en busca de los delinquentes, que de ocho

que

que para este caso despachô la ciudad de Zaragoça por diferentes partes: à el le auia tocado venir por aquel parage. Este rompio todas mis dudas presentes, y verificò mis passadas sospechas y rezelos. Parti para Zaragoça, dõde mis deudos y amigos, vestidos de luto, me dieron el pesame, sin hablar nadie en el consuelo, por parecerles, que el negocio era de tal calidad, que en el no le auia: yo pensè sobre el caso animoso, y discurri mas biẽ, de lo que la misma desdicha pudiera dar lugar, y fue, que juntando el oro mas que pude, me fingi tan desẽgañado, por aquel sucesso, de las cosas de el mundo, que vistiendome en habito de peregrino, y passeando en la misma forma la ciudad, publiquè (haziendo primero mi testamento)

to)que yua à tomar el habito de hermitaño à Monserrat. Con este traje llegue hasta Barcelona donde durmiendo vna noche en el Hospital cõ los Peregrinos, hallè entre ellos vastantes señales de los fugitiuos, porque vno era otro de los quatro criados de don Fernando, à quiẽ el dexò burlados, que se boluiò, à encontrar con el, y auiẽdole conocido le hablò, y dandole algunos dineros le dixo, que yua à Genoua, y le encargò el secreto: Pero como el hablaua ignorãte de que le oìa yo, mostrò poco recato en sus razones, que los criados, vnos infieles, y otros imprudentes, en los peligros de mas graue consideracion pierden à sus señores, y assi ò los secretos han de morir en el pecho de su mismo autor, ô deposirarse

en quien tenga valor, y entendimiẽto, y ſiempre es lo primero lo mas ſeguro. Comprè alli dos piſtolas, y aunque cõ peligro de enemigos, de que la mar no eſtaua ſegura, me embarque en vna naue Franceſſa, que auia venido con algunas mercaderias à Barcelona. El mar nos dio ſeguro paſo, y apacible y riſueño nos puſo en Marſella. Alli mudè los habitos de peregrino, y viſtiendome à la Franceſſa, y cortãdome la barba y cabello à ſu vſança, juntandoſe à eſto el hablar con eminencia ſu lengua, porque quando niño fuy lleuado de mis padres à Perpiñan, dõde eſtuue quatro años, y con la mucha comunicacion, que entonces tuue de aquella valeroſa nacion, quedè en ella mas dieſtro, que en la propia materna, tomè

mè poſtas, y atraueſſè toda la Frácia, ſin que nadie me juzgaſſe por Eſpañol. De eſta manera caminè tan deſconocido, que encontrando junto à Genoua vn Cauallero Ciudadano de Zaragoça, primo mio, y que no auia mas que dos años que de mi ſe auia apartado, viendome en aquel trage, y oyendome hablar en ſemejante lengua, ſe admirò, y comiẽdo conmigo en vna poſada, lo mas que ſe atreuio à dezirme, fue: O Moſiur, y quãto os pareceys à vn gallardo Cauallero Eſpañol primo mio. Deſpedime de el cortès y agradable, y proſegui mi jornada no poco guſtoſo, de que el diſfraz me ſalieſſe tã conforme, q̃ por lo menos por eſta parte no ſe perderia el efecto de mi pretẽſion. Pero à la viſta de Genoua, quando ya me parecia

à mi que eſtaua dentro de ſus muros, cuyos piedras bañaua con los azeros de el animo, ya que entonces no podia cõ la eſpada con la ſangre de mis ofenſores, cenãdo tarde, y de vn peſcado freſco, con mucho exceſo, y haziẽdole mayor en la beuida, me ſenti à la mitad de la noche, combatido de vnas anguſtias mortales, que à no preuenirme vn Medico ingenioſo, y determinado cõ vna beuida, que con alguna violencia me hizo reſtituyr la cena, don Fernando, y mi afrenta viuieran, y yo huuiera lleuado al ſepulcro mas deſdichas que años. Soſeguè otros dos dias en la cama, por obedecer al que auia dado el gouierno de mi ſalud, y recuperado ya en las fuerças corporales, con alentado eſpiritu entrè de noche en Genoua.

Bien

Bien cuydadoso estaua yo de estudiar el modo, que auia de tener en buscar mis enemigos, si acaso llegaron à aquella ciudad, q̃ por lo menos me temia, que huuiessen passado adelante, pero por ser de noche me recogi à vna posada, y el cielo, que ya queria, que yo fuesse el verdugo de su justicia; y tenia determinado que aquella ciudad diesse el teatro para la representacion de tragedia tan justa, me los puso delante de los ojos, sin que ellos me viessen, que para escusarlo llamè al huesped, y pidiendole, que me lleuasse al aposento, donde puso mi ropa, con ocasion de fingirme enfermo; escusè la cena, y las visitas de los demas huespedes antiguos, y que entre ellas viniera, la que pudiera estoruar el honrado intento,

to de jornada tan peligrosa, y larga. Dieronme el aposento vezino al de los actores de mi infamia, y como yo no podia dormir entregado todo à mis imaginaciones, entendi, que à la mañana auian de madrugar para salir al campo. Con este cuydado me vesti luego, y esperando à que ellos saliessen, en mi cauallo, que ya tenia preuenido, fuy de lexos en su seguimiento, de tal modo, que de mis passos no engẽdrassẽ sospechas sus ojos, y apenas passaró las puertas de la ciudad, quando la colera, ò la razon grãde, que para ello me incitaua, y dispo nia, me puso en las manos las dos pistolas. Con la que llevaua en la derecha passè el pecho de don Fernando, y con la otra el de aquella infeliz, cuya memoria aun agora turba la quietud

tud de mi animo. Apretè las piernas à mi cauallo, y con toda prieſſa procurè ſalir de los terminos y juridició de Genoua, y entrarme en la de otro Señorio. Supe deſpues, que vn Cauallero Genoues, amigo y aficionado como todos los de aquella nacion ſon de la nueſtra Eſpañola, poniendo los cuerpos veſtidos en la forma que ellos eſtauan, en dos caxas honorificas, les auia dado ſepulcro en vna Capilla ſuya, de dõde naciò, como no los deſnudaron, entẽder, que doña Elena era varon, y correr eſta voz tan aſſentada, que publica, que à don Fernando le mataron juntamẽte con vn muchacho de muy lindo roſtro, que le acõpañaua, yo fuy preſo en la parte donde entendi que eſtaua mas ſeguro, vendido por la co-

por la codicia de el oro, que corrompe los pechos mas caſtos, y los coraçones mas fieles. Si merezco ſer caſtigado por eſta culpa, à V. Mageſtad toca el juyzio, y à mi la diſpoſicion que ya tengo à la obediencia de lo que determinare ſobre mi vida. La verdad de mi ofenſa conſta por eſtos papeles que entrego, y ſer yo el contenido. Mandò el Rey que los examinaſſe don Alonſo, y auiendolos viſto aunque breuemente con cuydado, dixo: Rodrigo de Vlloa, de eſto que aqui he leydo cõſta la verdad de vueſtra narracion, de mas de que ya yo tenia noticia de vueſtra deſdicha, aunque no como agora, de que fueſſe reo en eſta culpa don Fernando. Las leyes de el derecho Ciuil os dan por libre, y el

comun ſentimiento de los hombres, que tienen honor, os abonará ſiempre reſolucion tan juſta. A mi deſde oy me tendreys por verdadero padre, ocupando con mayor voluntad en mi pecho el lugar de el ſobrino difunto; porque yo como tengo dicho otras vezes, mas deudo tengo cõ la virtud que con la ſangre. Sereys mi hueſped y compañero, y de mi mano os darè ſegunda eſpoſa, auentajada en honeſtidad, y riqueza. Aſsi dixo; y deſpidiendoſe de el Rey le lleuò à ſu caſa, donde le hoſpedò y regalò con eſtimacion, y dentro de poco tiempo le caſò de ſu mano con vna ſeñora titulada, illuſtre, hermoſa, y rica, que la tenia preuenida para las bodas de ſu infeliz ſobrino, y dãdole nombre de tal, deſpues de ſus

hijos, si Dios se los diesse, à el y à los suyos nombrò por herederos en su casa y mayorazgo, quedando con esto Rodrigo de Vlloa hecho en breues dias vna de las personas de mayor autoridad y grandeza de aquel Reyno, y siendo su vida vn verdadero exemplo de la inconstancia de la fortuna, en quien no ay gloria tã segura, cuya perdida no deua temerse, ni desdicha tan constante, que en su mudança no pueda venir alguna felicidad peregrina. Admirò à todos los grandes espiritus de aquel tiempo el desapasionado proceder de dõ Alonso, que sabia hazer subditos de la razon y justicia, la mayor amistad, el mas estrecho deudo. Pero el, despreciador de tãtos vanos sacrificios, ni entregaua los oydos à la lisonja,

ni se oluidaua en su agradecimiẽto, de reconocerse todo à la primer causa de tan heroycos efectos.

Hecho don Alonso juez, arbitro entre dos poderosos Reyes, compone sus diferencias. Muere el Rey de Aragon, y don Alonso buelue à Napoles.

HAblauan algunos politicos de Italia desta vltima accion de dõ Alonso, oponiendose al comun sentimiento, para que de este modo con la contradicion fuesse mayor la alabança, siendo assunto de las mejores plumas, que en las academias de aquel Reyno, y demas conuezinos florecian. Sus deudos en Valladolid aborrecian el hecho, por

hijos, si Dios se los diesse, à el y à los suyos nombrò por herederos en su casa y mayorazgo, quedando con esto Rodrigo de Vlloa hecho en breues dias vna de las personas de mayor autoridad y grandeza de aquel Reyno, y siendo su vida vn verdadero exemplo de la inconstancia de la fortuna, en quien no ay gloria tã segura, cuya perdida no deua temerse, ni desdicha tan constante, que en su mudança no pueda venir alguna felicidad peregrina. Admirò à todos los grandes espiritus de aquel tiempo el desapasionado proceder de dõ Alonso, que sabia hazer subditos de la razon y justicia, la mayor amistad, el mas estrecho deudo. Pero el, despreciador de tãtos vanos sacrificios, ni entregaua los oydos à la lisonja,

ni ſe oluidaua en ſu agradecimiẽto, de reconocerſe todo à la primer cauſa de tan heroycos efectos.

Hecho don Alonſo juez, arbitro entre dos poderoſos Reyes, compone ſus diferencias. Muere el Rey de Aragon, y don Alonſo buelue à Napoles.

HAblauan algunos politicos de Italia deſta vltima accion de dõ Alonſo, oponiendoſe al cõmun ſentimiento, para que de eſte modo con la contradicion fueſſe mayor la alabança, ſiendo aſunto de las mejores plumas, que en las academias de aquel Reyno, y demas conuezinos florecian. Sus deudos en Valladolid aborrecian el hecho, por

por auer visto en este desengaño, que no le tendrian mas por amparo, que quanto fuessen virtuosos, y desluzian la grandeza de su resolucion, diziendo, que era aquello mas ambicion de aplauso popular, que intẽtò de obrar generosamente, que en todos tiempos tuuo la virtud sus contrastes, y el vicio quien diesse en su fauor respuestas libres. Los Reyes de Inglaterra, y Escocia, se auian confederado contra el de Irlanda, que viendose amenazado de tanto poder, acudiò al sagrado de otros Principes, y entre ellos al de el Rey de Aragon, y Napoles, don Alonso, que procurò por medio de su Embaxador ordinario, que en la Corte de Londres asistia, sossegar aquella tempestad, ordenandole, que dixesse

al

al Rey. Que para todas las cosas que se ofreciessen de su seruicio le hallaria can las armas en la mano, opuesto à las fuerças de sus enemigos, mas que dexando esto assentado como principio infalible, querria, que aduirtiesse, que las fuerças de el Imperio Aleman con vnas treguas que auian hecho por diez años con el Rey de Turcos estauan poderosas, y contra el indignadas, porque gozãdo entonces la Europa de vna paz vniuersal, era el primero que la interrumpia. Que ya que se resoluiesse à proseguir con su intento, procurasse justificar primero su causa, porque à la voz de ser injusta, mouia en su fauor el de Irlanda los animos de los Principes de la Christiandad, que le ofrecian dineros, y gente. Que de

sus

ſus diferẽcias ſe podia hazer vn juez calificado, por prudencia, y grandeza de Eſtados que los compuſieſſe, y que de no paſſar el de Irlanda por lo que determinaſſe, le faltaria el ſeguito de los que le amparauan, y ſe boluerian à ſu amiſtad y confederacion. El Rey de Inglaterra eſcuchò la platica muy guſtoſo, à que ſatisfizo en eſte modo: Que ſiempre auia creydo, que no tenia mayor ſeguridad, ni defenſa, que las armas de el Rey de Aragõ, y Napoles, y que para mayor guerra, q̃ la q̃ el tenia entre manos, baſtaua el juntar las dos mas valeroſas gẽtes de la Europa, Eſpañoles, y Ingleſſes. Que ſiẽdo Principe ſoberano, no deuia dar razõ de ſus intẽtos à otro ninguno, q̃ no fueſſe amigo ſuyo como el, porq̃ dõde no eſta-

ua

ua de por medio la amiſtad, eſta acciõ parecia rendimiẽto y obediẽcia. Que muchos de los Principes que ſe ofrecian à la protecion de el Irlandes. faltarian en la ocaſion, como ſiempre ſucede, y los que llegaſſen, ſiẽdo la guerra durable, ſe canſarian de ſeguir tan larga empreſſa, y ſin eſperança de fruto. Que no obſtante las razones referidas, y otras que paſſaua en ſilencio, por eſcuſar la prolijidad, huìa tanto, de que por ſu cauſa ſe virtieſſe la ſangre de los Fieles, alterando la quietud de la Europa, que ſe holgaria, de que le embiaſſe la perſona de el Cauallero Perfecto, à cuyo juyzio y determinacion eſtaria por ſu parte. La eleccion del juez aprouò tambien el de Irlanda, y puſo en ſus manos la fuerça de ſu juſti-

cia

cia y derecho ſolicitando vn Embaxador particular ſuyo, que partieſſe luego. Hallole eſta nueua à don Alõſo cerca dè ver cumplida en ſu caſa la eſperança de heredero, por eſtar doña Ines muy vezina al parto, y cõ pronoſticos, ò cõjeturas, dè que auia de ſer varon lo que parieſſe, por eſta cauſa, y ſer tambien principios del inuierno, ſe tratò de que aquellos Reyes ſuſpendieſſen las armas por quatro meſes, que ſeria el tiempo de la detencion de el Cauallero Perfecto, y ellos ſeguros de que vendria para entonces, en el interin tomaron aſsiento en ſus coſas. Don Alonſo tuuo las Paſquas de Nauidad alegres, aunque le naciò vna hija, porque ſe conformaua ſiempre con la voluntad de el cielo, pareciendole,

que

que ſus diſpoſiciones eran las mas conuenientes, y eſtimables. Hizieronſe muchas fieſtas por el nacimiẽto de aquella ſeñora en Italia, y Eſpaña. El Rey concediò grãdes mercedes à la recien nacida, y vna dellas fue ſer ſu padrino el dia de ſu Bautiſmo, eligiendo para Madrina à la Princeſſa de Sanſeuerino, muger de ſu ſobrino don Iuan de Moncada, tanto fue eſte fauor mas de eſtimaciõ, quãto el Rey ſe hallaua impedido de muchos achaques, y el rigor de el tiempo era tal, q̃ no le ayudaua para la mejoria. Los ſuperſticioſos, que quieren atreuidos limitar, ò eſtender los decretos de el cielo ſobre las vidas de los humanos, hizieron varios juyyios de el nacimiento de doña Luyſa, llamada aſsi por re-

nouar en ſu nombre la memoria de ſu abuela paterna, ſeñora de loables y auẽtajadas coſtumbres. Diſcurrieron vanamente, como deſpues ſe vio, en el efecto. Vn Aſtrologo ſabio y de maduro juyzio dixo, que auia nacido para tener Corona, y apeſar de los que le deſpreciaron entonces hizo deſpues el cielo verdadero ſu pronoſtico, como diremos à ſu tiẽpo y en ſu lugar. La primauera abriò la puerta de la nauegacion, quietando el mar, y ſus amenazas. La diſpoſicion de el buen tiempo, y el eſtar cerca el cumplimiento de el plaço, obligauan à don Alonſo, à que ſe partieſſe à Inglaterra, con no pequeño dolor ſuyo, por dexar en Napoles dos prendas tan amadas, y en el tiempo que parecia, neceſsitar mas

de

de ſu abrigo, porque aun que les quedaua el de el Rey, conforme à ſus muchos años, y achaques, ſe podia temer, que no auia de ſer durable. Mas como don Alonſo no fundaua ſus ſeguridades en las criaturas humanas, antes las tenia pueſtas en quien en todos tiempos es vno miſmo, conſtante, y permaneciente, ſe embarcò en la armada, para eſte efecto preuenida, à los primeros de Abril. Paſsò el mar ſin peligro, y llegò à los braços de el Rey de Inglaterra, que haſta entonces ſe contaua por infeliz entre los grandes Monarcas de la Chriſtiandad, por no auer tenido como los demas en ſu Corte al Cauallero Perfecto. Eſtuuo algunos dias deſcanſando de la nauegacion, y entretenido con la variedad de

muchas fiestas que à su persona se hizieron, y tanto como entretenido admirado de los generosos animos de los Caualleros Inglesses, en quien se hallauan juntas cortesia admirable, desestimacion de el ocio, y vn cõtinuo vso de las Armas, y Letras. Las diferencias entre los dos Reyes procedian de esta causa, que el Rey de Inglaterra tenia pretension, que el de Irlanda casasse vna hija vnica, y heredera de su Reyno con vn hijo segũdo suyo, alegando, que en años atras auia salido aquel Reyno de la Corona de Inglaterra, y se capitulò. Que siempre que en Irlanda huuiesse hija vnica, y en Inglaterra dos hijos, como al presente sucedia, le casasse con el Segundo, porque ya que el Reyno no boluiesse à la Corona,

por lo menos le gozaſſen los hijos de ſus Reyes, y que ſi haſta entonces no ſe auia hecho, era por no auer llegado el caſo, pero que ya era ineſcuſable, faltar à lo diſpueſto por los paſſados, ò defenderlo con las armas. El de Irlanda tenia vn ſobrino hijo de hermano ſegundo ſuyo, en quien veìa repreſentada la ſangre de ſus Abuelos, ſu nombre Eduardo, y ſentia por graue dolor, ſacar de ſu varonia aquel Reyno, de mas de que el mancebo era tan amable, que el pueblo le pedia, y la prima de el enamorada aborrecia la platica de otro qual quier matrimonio, que no fueſſe el ſuyo. El Rey de Dianamarca tio tãbien de Eduardo, y hermano de ſu madre, florecia cõ promeſas y obras las eſperanças de el mancebo. Eſte

era el estado que tenian las cosas de aquellos Reyes, y tan dificultoso el componellos, que se hallaua dõ Alõso como arrepentido, de auerse hecho dueño de semejante materia: cõsiderò con prudencia los caminos mas faciles para el remedio, y pareciole el mejor, hablar à Henrique hijo segundo de el Rey de Inglaterra, de cuya condicion facil y apacible se podia esperar mejorar efecto de la persuasion de sus razones, y dixole: Infelicidad es y grande, ò generoso Henrique, entrar Reynando vn Principe en vn Reyno estraño, contra la voluntad de los subditos, y de la misma señora en cuya compañia se ha de posseer el Imperio, si aun los Reyes que nacieron, y se criaron entre los propios vassallos, à quien há de

de regir, en haziendo violencias, ſon deſamados, parece, que todas las criaturas nos dan en ſi miſmas eſte exẽplo. Las eſtrellas reconocen al ſol, y los rios al mar, por ſer Reyes de ſu propio linage. El campo de las hormigas no obedece al miſmo ſuperior que las pintadas abejas. Las aues ciudadanas de el viento no aclaman por ſu Rey à ninguno de los animales terreſtres, ni eſtos en ſus profundas cueuas ſufren leyes de la mayor de las aues, aunque deſprecia las luzes de el mejor planeta. Aman los Irlandeſſes à Eduardo, mancebo de gentil eſpiritu, y perſona, porque le ven hablar ſu lengua, veſtir ſu trage, y exercitar ſus coſtumbres: pareceles que todos tienen en el parte, y que la parte que tienen en el, los ha de re-

gir, y gouernar, con que ſe perſuaden, que han de ſer Reyes de ſi miſmos, y gouernados por ſi propios. Mas ay que vueſtra pretenſion aun es de mas baxo metal, porque vos no vays à Reynar, ſino à viuir en compañia de vna muger que Reyna. Que importa que llegueis à ſer Rey de tantos hombres, ſi aueys de ſer de vna muger preferido, ſiendo tanto lo que os humillays en lo ſegundo, y tan poco lo que os auentajays en lo primero, ſupueſto q̃ naciſtes hijo, y nieto de grandes Reyes? Quanta miſeria trae conſigo eſte modo de Imperio las modernas hiſtorias nos lo auiſan con el exemplo ſucedido en Napoles, por cuya cauſa los Aragoneſſes eſtablecieron Monarquia en Italia, à peſſar de las mas valientes armas de

la

la Europa. Aun quando los hombres son dueños de sus mugeres, con natural y poderoso dominio, si ellas los aborrecen, ya con violento veneno, ya cõ supersticiosos hechizos les quitan la vida, siendo esto assi, q̃ podra temerse de la que Reynare sobre su mismo esposo, si de el se halla ofendida, y de los subditos mal aconsejada? Podreys vos remediar esto, si la paz, la guerra, la justicia, y el gouierno han de estar en las manos mismas de quiẽ formareys la quexa, y hallareys à vn mismo tiẽpo en vn sugeto el reo que os ofende, y el juez à quiẽ aueys de pedir la justicia? El Reyno de Irlãda, aun que illustre, es pequeño, y es mas lo que se auẽtura, que lo que se adquiere: Aun la grandeza de el Romano Imperio se podia renun-

ciar, por no verse en tan infelizes desprecios. Los mayores Principes de la Christiandad tomã las armas en defensa de vuestro contrario, como podreys vos echarle de su casa, si tantos estrangeros vienen à defenderle, y defendella? Quereys con esto poner en el riesgo de la fortuna la seguridad de el Rey vuestro padre, y que por daros vn Reyno auenture el que posee, y la quietud de vassallos tan amados y fieles? Cubrirase la mar de naues, y las armas Catolicas (que se auian de ocupar en el castigo de la soberuia de el Rey de los Turcos) siguiendo las dos parcialidades, con daño de la Religion Christiana, y aumento de los Infieles y rebeldes, se harã guerra à si propias. En esta empressa el primero, y mas

y mas ofendido es el cielo, mirad como ayudarà vueſtro intẽto, ſi en el viene ſu mayor injuria. Eſtas palabras lleuaron aun mayor fuerça en el modo, con que ſe dixeron, que en ſi miſmas, diſponiendo el animo de Henrique à la vtilidad comun. Los conciertos capitulados fueró en eſte modo. Que Eduardo ſobrino de el Rey de Irlãda caſe con ſu prima hermana Princeſſa, y heredera de aquel Reyno, con tal que los Reyes de Dinamarca, y Irlanda ſeñalẽ en ſus Eſtados, en partes ciertas, y ſeguras, à Henrique hijo ſegundo de el de Inglaterra, ſetenta mil ducados de renta, por ſus dias, para lo qual entreguẽ algunas fuerças de ſus Reynos, à Caualleros Ingleſſes, que eſten como en empeño, y ſeguridad. Que ayà de

ſer

ſer condicion, que Margarita hermana vnica de Eduardo caſe con Henrique, y que el renuncie en ella ſu legitima, para que el dote ſea mas honorifico. Que luego que ſe celebren las bodas entre el dicho Henrique, y Margarita hermana de Eduardo los jure à los dos por ſuceſſores en aquella Corona el Reyno de Irlanda, à falta de los hijos de Eduardo y ſu muger la Princeſſa de aquel Reyno, ſi murieren ſin ellos, por quitar con eſto las eſperanças à nueuos pretenſores, y auentajar ſu derecho. Viſtos por entrambas partes eſtos capitulos ordenados por don Alonſo, ſe juraron, porq̃ Eduardo, y ſus tios los Reyes de Dinamarca, y Irlanda dezian, que por ningun precio ſe compra caro vn Rey-

no

no, quando ſe alcança; ſin verter ſangre. Henrique tambien ſe conforma-ua conſiderando, que ya que renunciaua la acción proxima que tenia à Reynar, las cõdiciones eran de mucha autoridad para ſu perſona, y valian mas eſtos conciertos ſeguros que vn Reyno dudoſo. Para que lo tratado tuuieſſe mas preſto efecto, reſoluieron, verſe los tres Reyes, y porq̃ Margarita hermana de Eduardo ſe auia de traer de Irlanda, para caſarſe con Henrique, determinaron que las viſtas fueſſen en aquel Reyno. Partio pues con eſto el Rey de Inglaterra de Londres, acompañado de ſus dos hijos, y de don Alonſo, à quien ſeguian diez mil Infantes, y dos mil cauallos, para la ſeguridad de ſus perſonas Reales, que ſiempre los

los grãdes Prinçipes deſcuentan en rẽzelos, y ſobreſaltos los aplauſos de la alteza y Mageſtad. Entendiendo eſto el de Irlanda le embiò à ſuplicar deſpidieſſe eſta gente, porque aquello mas parecia, q̃ era yrle à conquiſtar el Reyno, que à viſitalle en el, y procurò luego armar gẽte, y preuenir de municiones las fortalezas, y caſtillos. Eſtos rumores mas pareciã de guerra y ſangre, q̃ de buena amiſtad, y los animos de los Irlandeſſes oſſados en qualquier peligro manejauan las armas, porq̃ los hallaſſe la ocaſiõ con el exercicio agiles, y fuertes. Antes de entrar en la raya de Irlãda mãdò el Rey de Inglaterra à la gẽte de ſu milicia, q̃ ſe detuuieſſe. Los Reyes de Dinamarca, y Irlãda, ordenaron lo propio à los ſuyos. Eſtaua arma-

armada vna tiẽda grande y eſpacioſa en el cãpo ſobre la miſma raya q̃ diuidia los dos Reynos, eſta tenia dos puertas, la vna miraua à la parte de Inglaterra, y la otra à la de Irlanda, por la que ſe deſcubria à la parte de Inglaterra entrò ſu Rey con ſus hijos, y don Alonſo: por la otra los Reyes de Dinamarca, y Irlanda: paſſaron entre los Reyes muy grandes corteſias dando el primer lugar al de Inglaterra. Cenaron aquella noche juntos, y con ellos don Alonſo, que Cauallero tã grande aun era de mayores honores digno. Otro dia ſe boluierõ à ver en la propia parte dõde, ſe le entregò à Hẽriq̃ la perſona de Margarita, por mano de ſu hermano Eduardo, y cõ ella vn eſcrito por dõde cõſtaua q̃ los auia jurado aquel Reyno:

en

en la forma que el lo pedia. Comieron aquel dia otra vez los Reyes jútos, sus hijos, y sobrinos, y tambien el Cauallero Perfecto, que gozoso agradecia al cielo, auerle hecho medio, para componer inquietudes tan graues. Efectuado esto, se despidieron aquellos Principes, dandose presentes ricos, y todos procurando señalarse, en los que à dõ Alonso le ofrecieron. Significaron con muchos encarecimiẽtos la felicidad de los Reynos de Castilla, por auer nacido en ellos don Alonso, y juntamente la buena eleccion de el Rey de Aragõ, y Napoles, en seruirse de tan prudẽte y valeroso Cauallero. Asseguraróle su fauor y amparo, para todas las ocasiones q̃ le quisiesse, agradecidos de que en tan largo camino, huuiesse

ſe padecido por ſu quietud tantas inquietudes, importunaronle mucho, que les pidieſſe algo, y el ſolo intercedio por algunos criados delos miſmos Reyes, y ſoldados pobres, que ſe admiraron de ſu modeſtia y templãça. El Rey de Inglaterra entrò en vn coche, y por honrar à ſu nuera, la dio el lado derecho. Los aſsientos de enfrente ocuparon el Prineipe de Gales, y Hẽrique ſu hermano, dõ Alõſo venia luego en otro con el gran Almirante de aquel Reyno, y otros ſeñores de mucha eſtimaciõ y autoridad, ſeguianlos gran numero de criados de el Rey, y otros corteſanos aquien auia traydo mas la curioſidad que el ſeruicio de ſu Principe. Haz anles retaguarda los doze mil hõbres de guerra, que en llegando à la

primer ciudad de el Reyno fueron deſpedidos, porque de alli adelante mas auiã de ſer de embaraço, que de ſeruicio. En eſta forma entraron en Londres, que con la reſtitucion de ſus naturales ſeñores boluio à cobrar ſu antiguo luſtre y grandeza, ſignificando con muchas fieſtas ſu alegria y gozo. Don Alonſo publicò vn torneo, aquel propio dia de la entrada con grande ſolemnidad, y preuiniendo las galas, quando le eſperauan lutos, tuuo aquella miſma noche vn pliego, en que ſu muger doña Ines de Mõcada le auiſaua la muerte de el Rey de Aragon ſu tio, que con gran perdida de la Chriſtiãdad, y comun ſentimiento de Eſpaña, y Italia auia paſſado de eſta vida à la eterna: llorauale don Alonſo diziẽ-

do

do: Que si con alguien auia de auer rompido la muerte sus leyes, ò por lo menos dilatado su execucion, era cõ aquel Principe magnanimo, que con mayor virtud, y esfuerço de coraçon que riquezas, alcançò la primer Corona de las de Italia. Que aunque el no auer sido testigo de tã graue dolor, como su muerte, pudiera serle consuelo, en el causaua mayor sentimiẽto, viendo, que en ocasion tan importante no se hallò à su lado, quien tanto le deuia, y tanto reconocello desseaua. Que conuenia no dilatar su partida, y assistir con su persona, y los de su parcialidad en Napoles, porque con la muerte de el Rey, ni los naturales se inquietassen, ni los estrangeros, que dezian tener justa (bien que engañada pretension

à eſte Reyno) cobraſſen brios. Con eſtas razones ſe retirò aquella noche, y à la mañana le embio el Rey el peſame con vn gentilhombre de ſu Camara, y deſpues à la tarde, acompañado de ſus hijos, y viſtiendo todos luto, mayor de el que en eſtas ocaſiones ſe acoſtumbra, fue à viſitalle, poniendo ſilencio à las fieſtas, y regozijos publicos, que ſe preuenian por las bodas de ſu hijo don Henrique. Quiſiera don Alonſo embarcarſe luego, por no dar ocaſion con las dilaciones à nueuos daños, pero detuuoſe dos dias, por hallarſe preſente à la celebracion de las honras de el Rey ſu ſeñor, que el de Inglaterra con grãde ſolemnidad preuenia en la Igleſia mayor de Londres, andando tan cumplido en las oſten-

oſtentaciones de eſte ſentimiento, que no ſe pudiera hazer mayor, en la muerte de vn Principe heredero de ſus Reynos, fineza grande, y digna de reconocimiento y alabança. Los demas ſeñores, à imitaciõ de ſu Rey, à quien en todas partes ſiempre ſiguen, en las buenas, ò malas acciones, acudieron à eſta demoſtracion con mucha fineza, y tanta que en Napoles, Zaragoça, Valencia, ò Barcelonaſe duda, que fueſſe mayor, ò hecha mas à tiempo, de modo que don Alonſo, tambien acompañado enſu dolor, no echaua menos à ſus deudos, ni à ſus amigos. Para lleuar la licencia de el Rey fue à pedirſela à Palacio, que deſpues de auerle hablado en diferentes materias, en que con el quiſo aconſejarſe, le importunò mu-

cho, para que pues con la muerte de el Rey don Alonſo auian ceſſado las obligaciones de aſsiſtir en la Corte de Napoles, ſe vinieſſe cõ ſu muger, y familia à la ſuya, ofreciendole tan auentajadas mercedes, que ſolo en el animo de eſte Cauallero, mas amigo de acudir al reconocimiento de las obligaciones paſſadas, que de empeñarſe por la ambicion en otras nueuas, hallara reſiſtencia. Embarcoſe al fin con deſconſuelo de aquella nobiliſsima Ciudad, y rompiendo las dificultades de el mar, nunca tan ſeguro, que no trayga las mas vezes el peligro à las eſpaldas de la bonança, con alguna variedad en los ſuceſſos, aunque jamas los lleuò declaradamẽte deſconfiados, llegò à la ciudad, ſepulcro de ſu Rey, y de el Prin-

cipe

cipe de los Poetas Latinos, porque entre tantas ſingulares grãdezas, como las ſuyas, no le falte el ſer tambiẽ depoſito de las cenizas de varones inſignes en Armas, y Letras. Vio à ſu muger, y à ſu hija buenas, con cuya viſta ſatisfizo à la cudicia de el animo, y de los ojos, y como eſpoſo amante, y padre tierno hallô en ellas diſculpa à la riſa, en que trocò ſus lagrimas, y grato deſcáſo para el eſpiritu y el cuerpo, y yo le doy à mi pluma, haſta que llamado de las demas acciones de el Cauallero Perfecto, en la ſegunda parte dè ſatisfacion có ellas, à los que con virtud, ò curioſidad, hizieren precio de mi eſtudio ſus deſſeos.

FIN.

BIBLIOTECA NAZ ROMA VITTORIO EMANUELE

EN MADRID,

Por Iuan de la Cuesta,

Año. M. DC. XX.